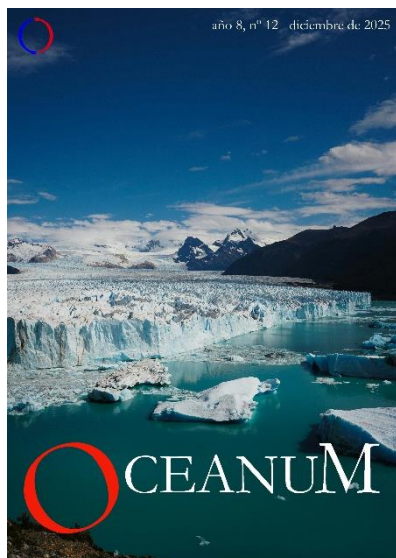




año 8, nº 12    diciembre de 2025



CEANUM



ISSN 2605-4094

**OCEANUM**

**Revista literaria independiente**

**Año 8, nº 12**

**Diciembre de 2025**

**Editada en Gijón (Asturias) por**

**Miguel A. Pérez García**

[revista@revistaoceanum.com](mailto:revista@revistaoceanum.com)

**Dirección:**

Miguel A. Pérez

[Miguel@revistaoceanum.com](mailto:Miguel@revistaoceanum.com)

**Comité editorial:**

Pravia Arango

Javier Dámaso

Osvaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

**Corrección de textos:**

Andrea Melamud

[correcciontextosam@outlook.com](mailto:correcciontextosam@outlook.com)

**Página web:**

[www.revistaoceanum.com](http://www.revistaoceanum.com)

[Sara@revistaoceanum.com](mailto:Sara@revistaoceanum.com)

**Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.**

**Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.**

**Suscripción a la revista:** [suscripcion@revistaoceanum.com](mailto:suscripcion@revistaoceanum.com)





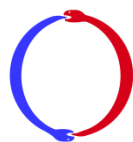
ODOS los diciembres tienen en común un cierto afán en resumir lo que ha sido el año natural —digo natural, como si la naturaleza hubiese forzado que el calendario terminase aquí...—, así que las publicaciones periódicas suelen hacerse eco del momento con un “lo que pasó en 2025”, “los acontecimientos del año”, “la película del año”, “el libro del año”, etc., como si no hubiese acontecimientos bien calentitos para llenar titulares sobre la faz del planeta o en las fronteras del país que corresponda. Con medio mundo patas arriba y el otro medio a la espera de su turno para el revolcón, no parece fácil elegir una noticia o suceso que marque el año que termina. La elección no será de ningún acontecimiento positivo —ya se sabe, “*no news, good news*”—, así que no se alarme con los resúmenes de los medios.

En *Oceanum* nos vamos a saltar la recapitulación literaria de 2025, que tampoco arrojaría hechos excepcionales, más allá del fin biológico de algún escritor, aunque no de sus letras, o quizá, del éxtasis momentáneo de un Nobel sin demasiada controversia, casi anodino —quizá eso sea lo mejor— y de un Cervantes sobrado de política y escaso de literatura. Luego, lo de siempre con la editorial que ustedes saben y el premio que ustedes saben: la náusea que no cesa, la crítica iracunda, la defensa imposible...

Frente a esos que convertimos en grandes titulares, quedan otros asuntos menores, aunque importantes según el punto de vista y lo que afecte a cada uno. Quizá ese sea el mejor resumen: eche un vistazo a lo que leyó —o a lo que escribió— en 2025. ¿Qué le gustó más? ¿Qué libro recomendaría? ¿Ha descubierto a algún autor nuevo u olvidado? Eso, eso es lo realmente importante. Así pues, sin salir del estricto contexto personal —e intransferible—, bien podría plantearse nuevos propósitos literarios para 2026... Desde quienes participamos en el proyecto de *Oceanum* solo podemos desearle que se cumplan.

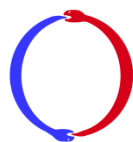
Y, ya metidos en deseos y pretensiones, ojalá sea un feliz año. Si nos dejan, claro.

Miguel A. Pérez



6	La galera			
	Entrevista a Iván Repila	Ginés J. Vera	6	
10	Dentro de una botella			
	Historia del hijo, Marie-Hélène Lafon	Pravia Arango	10	
	Epicuro de Samos: Felicidad y derecho más allá del placer	Diego García Paz	15	
	Las Cruzadas vistas por los árabes, Amin Maalouf	Pravia Arango	19	
23	Estelas en la mar			
	Escribir poesía en tiempos de Ozempic	Pilar Úcar	23	
	Montando belenes y palabras A propósito de un poema barroco de fray José Antonio de Hebrera, publicado en un pliego suelto	Aurora Egido	26	
40	¡Avante toda!			
	Andrés Otero, Editorial Garceta	Miguel A. Pérez	40	
49	Anaquido kalimat			
	Fatima Bouziane	عَنْاقِيدُ كَلِمَاتٍ فَاطِمَةُ بُوزِيَانِ	Encarnación Sánchez	49
	“Frío”: una poética del vacío Crítica literaria a la narrativa breve de Fatima Bouziane	Víctor Hugo Pérez Gallo	52	
	Ensayo del poema “Entre el ayer y el hoy”	Abdo Tounsi	56	
63	L'imperceptible écume			
	Fabrice Farre	Miguel Ángel Real	63	
68	Outros mares			
	Catro (Cuatro), del poemario Area (Arena) Valdediós	Manuel López Rodríguez Augusto Guedes	68 71	





<b>74</b>	<b>Espuma de mar</b>		
	Premios y concursos literarios		75
	Con un toque literario	Goyo	78
<b>80</b>	<b>Gran Sol</b>		
	El obispo leproso (fragmento)	Gabriel Miró	80
<b>118</b>	<b>Nuevos horizontes</b>		
	Notas marroquies	Oswaldo Beker	119
	El poder de la palabra	Ginés J. Vera	122
	El nido	Goyo	128
	Pluma, Tinta y Diario	Miguel Quintana	131
<b>158</b>	<b>Créditos de fotografía e ilustración</b>		



## Entrevista a Iván Repila



**Ginés J. Vera**



CABA 2025 y no quería terminar el año sin compartir la entrevista que me concedió el escritor Iván Repila (Bilbao, 1978), a quien tuve la suerte de conocer en persona, en Valencia, años atrás. Repila es escritor, editor y gestor cultural. Ha trabajado para diversos organismos e instituciones nacionales e internacionales en la producción, coordinación y dirección de congresos, encuentros y festivales de teatro, música y danza. Es autor de las novelas *Una comedia canalla*, *El niño que robó el caballo de Atila*, *Prólogo para una guerra* y *El aliado*. En esta ocasión, le entiendo por su última novela *El jardín del diablo* (Seix Barral). Aprovecho

para desear a todos los lectores una estupenda salida e inicio de año nuevo.

Me gustaría empezar por preguntarle por qué ha dividido *El jardín del diablo* en cinco partes.

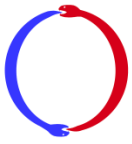
No suelo elaborar planificaciones muy elaboradas en mis novelas, diría que estoy más cerca de la brújula que del mapa. Esto significa que me dejo llevar, en consecuencia, por las necesidades narrativas del texto, de los personajes y de las tramas. Las cinco partes que componen esta obra me parecieron cinco viajes (entendido el término en sentido físico y simbólico) que debía realizar el protagonista para llegar a la resolución final.

No sé si rayando en lo personal, puedo preguntarle por un posible fondo de esta obra. Me refiero a que se me antoja planteada como una carta de un padre a su hija. Para evitar esa intrusión por mi parte, digamos que le preguntaría por la necesidad de escribir o narrarles algo a nuestros hijos. Leemos, por ejemplo: “Si todo pudiera decirse, vivir carecería de sentido, ¿no crees?”.

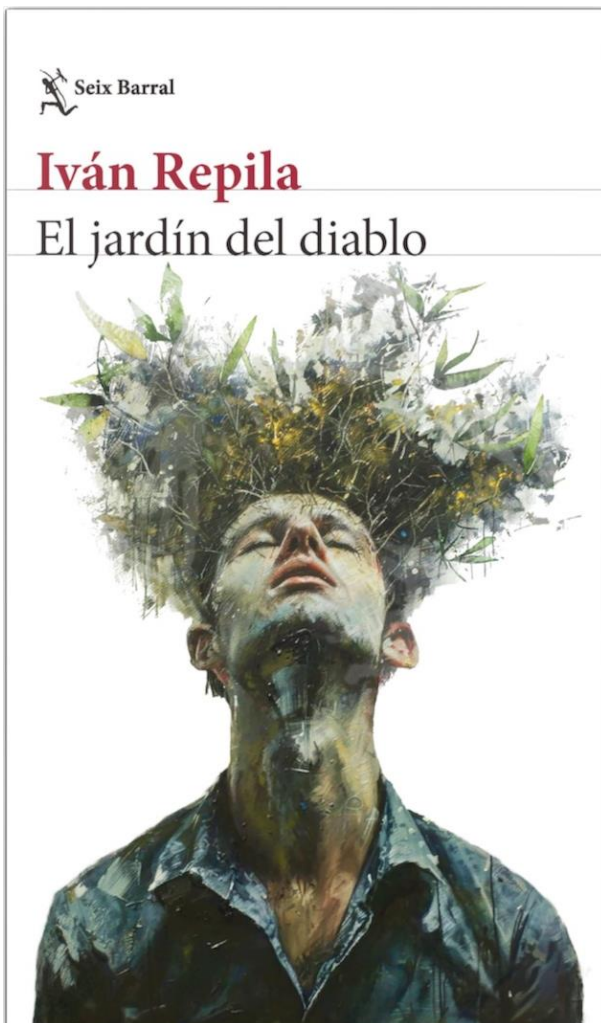
Yo quería jugar en dos planos. El primero, el de la historia evidente de Volva y su viaje. El segundo, para mí más importante, el del viaje que todos realizamos desde la infancia (el jardín) hasta la edad adulta, con todas las pérdidas que eso conlleva. Pérdidas de imaginación, de ilusión, de ocio, de magia. Y sí: creo que seguimos contando historias, escribiendo novelas, creando en general, porque si fuéramos capaces de transmitir el enorme misterio de existir y coexistir, esa aventura, ya estaría todo dicho y podríamos cerrar el libro. Punto final, ¿no?

“La muerte lleva muchas máscaras y suele confundirnos”, leemos en *El jardín del diablo*. Siendo esta novela tan vitalista desde lo humano e incluso desde lo medioambiental, se la lanzo para que nos la comente.





Sin querer entrar en temas religiosos o de fe, la muerte es un proceso maravilloso e interminable. Somos alimento y materia para crear vida y materia. Probablemente, de mi carne seca crecerán mariposas y plantas y gusanos y hongos. Y todo estará conectado, como estamos conectados tú y yo con la materia primigenia del universo. Es imposible no tener esto en cuenta.

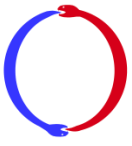


Creo que hay un gran componente de crítica social a nuestra relación con el entorno, con la naturaleza. Algo que hilo con un pasaje en el que leemos que “los animales no tienen profetas. Los árboles no tienen profetas. La naturaleza no tiene profetas”. Va en la línea de que “los humanos tergiversamos la experiencia de estar vivos porque necesitamos significarla, narrarla, dirigirla”. ¿Nos lo comenta?

Los seres humanos somos egoístas porque creemos, erróneamente, que el planeta nos pertenece y que podemos hacer uso de él a nuestro antojo. Se nos olvida siempre que somos absolutamente dependientes del resto de las especies, y ese olvido es catastrófico, porque conlleva nuestra desaparición. Los seres no humanos comprendieron hace millones de años la complejidad de la coexistencia, y ejecutan sus ritmos y sus desarrollos sin necesidad de un discurso teórico: conviven en la armonía de la supervivencia equilibrada. Nosotros somos el desequilibrio, lo exagerado, lo innecesario. Tengo amigos que consideran que es necesario comer carne todos los días. Y este es el ejemplo más sutil. Cuando los datos confirman que esta tendencia autodestructiva es inviable y no resistirá unas pocas décadas, los seres humanos intentamos justificarnos con artículos, teorías, lo que sea, para recordarnos que lo que hacemos no está tan mal. Nos encanta narrarnos para disculparnos, como si eso aliviara el enorme daño que infligimos a la naturaleza. Y esto va más allá del anticapitalismo, la deceleración o el animalismo: esto es pararnos de una puta vez, mirar a nuestro alrededor y cuidar la vida, toda la vida, sin jerarquías.

También me parece que *El jardín del diablo* como *La peste* de A. Camus nos recuerda el veneno del nihilismo. Quizás lo he detectado, por ejemplo, en un pasaje donde leemos que “todo lo que somos es el resultado de una suma de esfuerzos colectivos, de aciertos y de errores, y la naturaleza nos ha provisto de herramientas para hacerlo mejor, para convivir mejor, para escucharnos”.

Vuelvo a la idea del egoísmo o de la superioridad específica. Qué absurdo, y lo desarrollo en ese pasaje. Los seres humanos hemos aprendido tanto, tanto, de los seres no humanos, de las plantas, de las aves, de los insectos, que me resulta devastador no considerar que llegar hasta aquí no es un trabajo



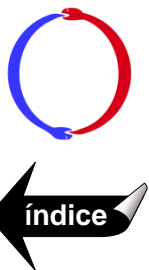
en común. Y no solo eso: dependemos de ellos. Deberíamos mostrar agradecimiento y respeto, y no dejar que la inercia sea devorar todo lo que nos rodea porque, bueno, porque podemos. Si Dios existe, está aquí y es el micelio.





*Historia del hijo*  
Marie-Hélène Lafon





Pravia Arango

y el resultado es algo muy interesante y vistoso. Un libro que exige lectura y relectura. El rompecabezas que nos propone Marie-Hélène Lafon contiene muchas piezas que encajan con precisión cartesiana. Valeria, ¿qué método crees que ha usado para montar este libro?

El que suele usar en casi todos los suyos: ella lo llama un trabajo de taller, para acercarlo al trabajo de alguien que cose, descose, alisa, limpia, corta, amasa, hace y deshace, una y otra vez, incansablemente. Este método lo usa sobre todo para la lengua (la parte esencial del cómo), pero también para las vicisitudes de los personajes (el qué). La lengua la obsesiona, y más de una vez ha dicho que trabaja los textos en voz alta, y con todo el cuerpo, para así dar con el ritmo adecuado de las frases. Para ella la escritura es una cuestión de ritmo, de respiración y los textos son el resultado de esa implicación total, corpórea, durante las largas horas en las que teje y desteje lo que alguna vez ha llamado “materia verbal”.

Ahora que tenemos reciente el robo de joyas de El Louvre. De todas, ninguna encaja con el libro: todas son demasiados ostentosas y de relumbrón. Para mí es una miniatura muy refinada que requiere casi un ojo miope para disfrutarla por entero, ¿no te parece?

Sus textos son auténticos trabajos de orfebre: suelen ser breves, filigranas delicadísimas que suscitan emociones de enorme profundidad. No hay nada decorativo en ellos. Todo es esencial, despojado pero expresivo, y muy sensorial. Los olores, los colores, las texturas, las descripciones de los cuerpos, todo está ahí, respirando en cada página.

Hay un sí / no, un haz / envés con el padre y el hijo que me ha encantado. Me explico. El padre sueña con ser héroe de la I Guerra Mundial, pero no llega a tiempo; es el hijo el héroe de la II Guerra Mundial. Es más, si la guerra supone el despegue exitoso del hijo, también es el



ABLO con Valeria Bergalli, editora de Minúscula que en 2022 publica la novela del título, traducida por Lluís Maria Todó.

Si en muchas ocasiones se dice que en literatura no es qué se cuenta, sino cómo —sobre esto hay muchas opiniones—, *Historia del hijo* es un ejemplo perfecto de cómo. Si ponemos las secuencias narrativas en abecé, estamos ante una novela decimonónica al uso: madre soltera, hijo de prostituta, hijo con padre desconocido y madre de doble fondo, niño que muere en un accidente doméstico, criada que enloquece, hijo triunfador y padre perdedor; en fin, carretera más transitada que la Vía de la Plata. No es el caso. La autora hace *patchwork* con lo anterior



ostracismo y la anulación del padre. ¿Cómo ves este juego de espejos, Valeria? Seguro que lo aclaras mejor y nos pones más ejemplos.

Lafon dice que lo real, lo que existe, es inagotable y que el choque con lo real produce la chispa que alimenta sus textos. Asegura que no inventa nada, pero sí que lo reinventa todo y que en ese prefijo está la clave. *Historia del hijo* es el resultado de reinventar una historia que le contaron. Hay todo un siglo en menos de cien de páginas y también relaciones complejas, padres e hijos, madres e hijos, hermanos, hermanas.

El olfato. Un sentido que funciona en la novelita como fuente de metáforas estupendas: “huele a viento y al frío filo de los cuchillos, huele a la nieve cuando se pone azul por la noche en la linde del bosque”. ¿También valoras las sinestesias?

Lo decía antes: la carnalidad de los textos de Lafon es conmovedora. Siempre me lo pregunto, ¿cómo textos tan despojados pueden ser tan sensuales? A Lafon hay que leerla con todos los sentidos alerta.





Más. Y más de palabras. Las expresiones lingüísticas como “quien duerme ya cenó” menudean y mucho como elemento de identidad de las personas en el libro..., ¿consideras que las palabras son lo último que recordamos en el olvido de nuestros muertos? Me refiero a eso de *decía mi abuela Josefa, decía mi tío Víctor...*

Las palabras lo son todo. Con ellas se construye la literatura. Y Lafon es de los escritores que llegarían al fin del mundo por dar con la palabra adecuada.



Más que la historia del hijo parece la historia del huérfano. No, no. Corrijo sobre la marcha. Se me ocurre que tal vez la novela sea la respuesta al interrogante que encontramos implícitamente en el título. Cuando empezamos a leer no conocemos la historia de André Léoty y, al final, aquella estampa en penumbra se ilumina detalladamente.

Novela muy corta, apenas ciento y pico páginas, pero densa y profunda como una sima

abisal. Para mí la novela gana al ser breve; se concentra, se hace compleja, y sube la calidad. ¿Puede ser?

La brevedad no está reñida con nada, y menos con la calidad. Al contrario, en manos sabias esa calidad se intensifica, y las emociones que suscita también. Toda la obra de Lafon, de la que hemos publicado cinco maravillosos títulos hasta ahora (*Los países, Nuestras vidas, Historia del hijo, Flaubert for ever, Las fuentes*), va en esa dirección que apuntas. Y varios otros títulos de nuestro catálogo también.

Editorial Minúscula, la editora de esta novela, ya tiene veinticinco años, un puñado de premios y un criterio heterodoxo —para entendernos— a la hora de editar. El libro de Lafon ha llegado a mis manos como una recomendación y préstamo (con vuelta) de una amiga lectora. ¿Cómo ha llegado a vosotros para que hayáis decidido editarlo?

Los libros son seres vivos, en muchos casos son ellos quienes deciden dónde alojarse. Me gusta pensar que los de Lafon se sienten en casa en nuestro catálogo y, más especialmente, en la colección Paisajes narrados. Nacida en el Cantal y emigrada a París de joven para estudiar, Lafon sitúa la mayoría de sus obras en la región rural del Cantal para narrar las profundas transformaciones del mundo campesino y las vicisitudes de quienes lo habitan y de quienes deben marcharse. Es interesante cómo observa las vivencias resultantes. Los personajes se mueven entre la pertenencia y el desapego. Pero su mirada nunca es nostálgica. Con todos estos elementos, la primera vez que leí algo suyo (*Los países*, su libro quizá más autobiográfico) quedé prendada. Estoy constantemente buscando libros así, libros que sacuden y sean resultado de la máxima ambición estilística.

¿Qué resonancia habéis encontrado en los lectores con este “librín”? Yo lo veo como una





miniatura literaria de muchos quilates. Miniatura, minúscula, novelita... ¡vaya!, se me ha pegado lo “pequeñín”.

Nuestra experiencia es la siguiente: quien comienza a leer a Lafon quiere seguir leyéndola. Quiere leer todo lo que Lafon escribe.

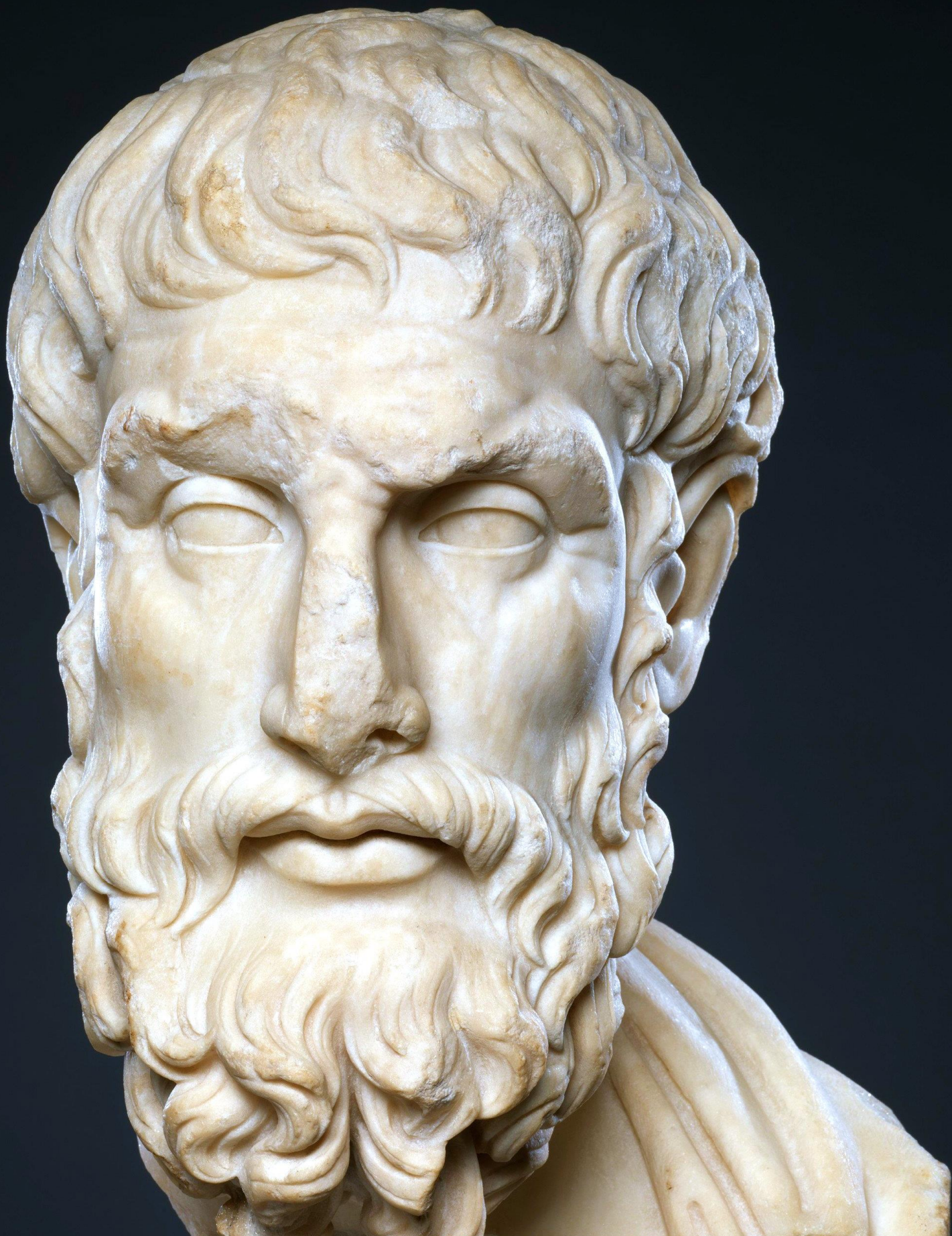
Algo que quieras añadir sobre la editorial. Todo tuyo, Valeria. Sin limitación de espacio y sin censura, por supuesto.

Estoy muy agradecida a nuestros lectores por permitirnos, desde hace ya más de un cuarto de siglo, buscar y publicar libros como los de Lafon. Sin su apoyo no sería posible. A lo largo de los años, si nos mantenemos en el ámbito de los textos breves, aunque no sean los únicos que publicamos, hemos tenido la suerte de publicar algunos títulos que presentan cierta afinidad con los de Lafon. Pienso en *Un poco de azul en el paisaje*, de Pierre Bergounioux; *La isla*, de Giani Stuparich; *Un altar para la madre*, de Ferdinando Camon; *Verde agua*, de Marisa Madieri, y otros.

Muchas gracias. Ahora algo de música francesa.

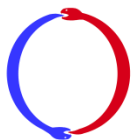






**Epicuro de Samos:**  
Felicidad y derecho más allá del placer





Diego García Paz



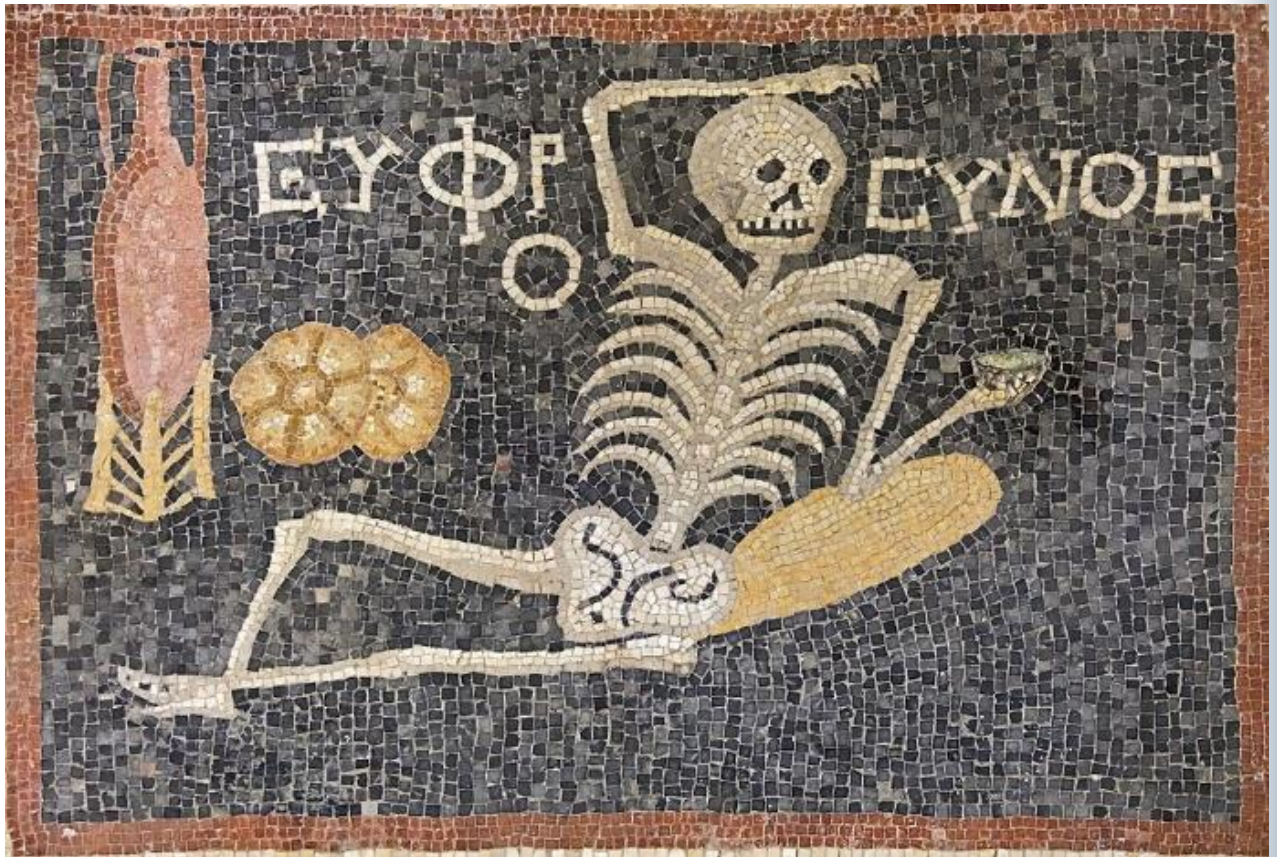
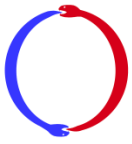
**PICURO** (341 a.C. – 271/270 a.C.) fue un muy relevante pensador de la Grecia clásica, quien innovó de una forma decisiva en la evolución de la filosofía de su tiempo, criticando las tesis de los maestros Platón y Aristóteles. En la actualidad, desde una consideración muy reduccionista de sus postulados, se identifica al pensamiento epicúreo como el paradigma de la búsqueda de la felicidad, a través del placer y la renuncia al dolor. Sin embargo, la dimensión del pensamiento de Epicuro es mucho mayor que este extremo y ciertamente tiene una gran riqueza y complejidad, dando lugar a una completísima línea filosófica que abarca y se extiende a todas las vertientes del ser humano, y entre ellas al derecho, y es esta la cuestión a la que quiero referirme.

Epicuro desarrolló su pensamiento asentándose en tres pilares: epistemología, física y ética. Las

tres facetas guardan entre sí una relación progresiva, de modo que, a través de la experiencia sensible, de los sentidos, el ser humano percibe la realidad (epistemología); dicha percepción le permite comprender las reglas que fundamentan la vida (física) y tras ella, unos principios superiores que hacen posible la armonía de la realidad con el hombre, hasta alcanzar un estado de tranquilidad o de madurez interior que le permite llevar una vida plena y feliz, la denominada *ataraxia* (ética). Epicuro es esencialmente un empirista; a diferencia de Platón, no cree en el mundo de las ideas, sino en la experiencia proporcionada por los sentidos como la única realidad existente, y es a través de dichas sensaciones cómo el ser humano puede ser consciente de su propia existencia y de la necesidad de configurar un esquema o sistema rector de su vida en convivencia. Es aquí donde surge el concepto epicúreo de ética, con unos perfiles singulares. En las relaciones intersubjetivas, siendo preciso establecer normas que hagan posible la vida social, la ética personal tiene un papel decisivo. Se trata de un conjunto de principios, o valores, que nacen de la individualidad de cada sujeto, y no proceden de un ámbito metafísico. Es esta la nota esencial del nuevo concepto de ética establecido por Epicuro.

A diferencia del concepto metafísico de ética, y de su paralelo el mundo jurídico, esto es, el denominado *derecho natural*, para Epicuro cada individuo crea sus propios fundamentos éticos, para sobre ellos entender la necesidad de vincularse a un sistema normativo que posibilite la vida social. Es decir, no se trata de principios que, en cierta forma, sobrevuelan a la generalidad de los sujetos y que tengan un origen extraordinario (aquí puede denotarse la separación de Epicuro respecto de Platón, al negar una posición idealista de los principios éticos, en el sentido de externos al individuo), sino que son generados a través de la experiencia individual y del razonamiento acorde con tal experiencia sensible.

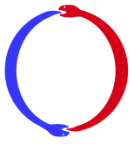




En este punto, surge otro de los elementos decisivos de la filosofía epicúrea aplicada a lo jurídico: la reciprocidad. En este planteamiento filosófico, el individuo concibe su existencia sobre la base de procurarse la felicidad y evitar el sufrimiento, y por ello su ética se materializa en no causar un daño gratuito a su semejante, siendo así que los demás sujetos que conviven en la misma sociedad, a cambio, también evitan generarle un daño, dando lugar así a una comunidad en la que el respeto al bien común, en definitiva, al interés general, es resplandeciente, y con ello se llega a una situación de armonía y felicidad sociales. A diferencia de Aristóteles, por lo tanto, no se trata de que el establecimiento de un derecho sobre las bases de la ética pública proceda del carácter político o naturalmente social del ser humano, o del hecho de su necesidad de vivir en sociedad, sino que el fundamento de la ética aplicada al derecho procede de un concepto individualista de la existencia. El ser humano no crea una ética porque viva en sociedad, sino porque su propia y exclusiva búsqueda de la felicidad individual

le lleva a ello, pues el no sufrir daño y el no procurarlo a los demás le atañe y le afecta a título personal, dejando fuera cuestiones de tipo colectivo o social. Por esta senda, si bien individualista, se llega también al cumplimiento del interés general, pues la existencia de reciprocidad en las relaciones sociales implica el respeto a los bienes supraindividuales y, en definitiva, a la plasmación de la acción de la verdadera justicia.

No deja de ser revelador que el planteamiento básico de la ética epicúrea, que consiste en no procurar daño al semejante para alcanzar la felicidad propia, tiene un paralelismo sorprendente con la máxima cristiana (erigida en su mandamiento supremo) de amar al semejante como a uno mismo. La diferencia se encuentra en el componente trascendental del segundo: amar implica un sentimiento incondicional y generoso, sin esperar nada a cambio y sin esperar tampoco que el semejante proceda de idéntico modo; en cambio, en la filosofía de Epicuro la base para esta forma de actuar no es



altruista, sino asentada en la búsqueda, primero, del bien propio, y es esta búsqueda de la felicidad individual (que es, en fin, algo común a todos los individuos) lo que justifica el alcance obligatorio de la evitación del daño recíproco, por medio del establecimiento de un derecho, y con ello, como una consecuencia, el respeto y la defensa de intereses y bienes supraindividuales.

Aquellos individuos que, dotados de una naturaleza reflexiva, alcancen a comprender que la ética es un elemento necesario para desarrollar su vida en sociedad, serán conscientes de que el derecho que rige la convivencia procede de unos principios que están más allá del mero positivismo, dando lugar a una noción elevada del ser humano; y aquellos individuos que, por su carácter o debilidad no lleguen a dicho entendimiento, actuarán también con reciprocidad meramente por el temor a la sanción que, en caso de incumplimiento, les venga establecida desde el derecho.

Por lo tanto, es de ver que incluso en una tesis filosófica como la de Epicuro, que se ha querido, tal vez por desconocimiento, encorsetar en el ámbito elemental de la búsqueda del placer y el rechazo del dolor,

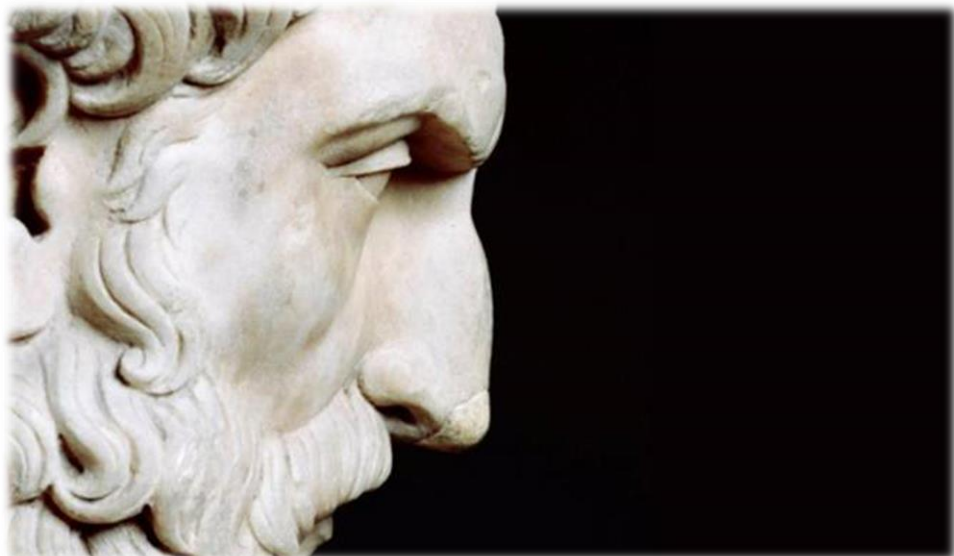
brilla el factor superior de la humanidad, la ética, de origen individual y proyección colectiva, como fundamento constructivo del derecho y, en definitiva, de la verdadera justicia.

El placer es el bien primero. Es el comienzo de toda preferencia y de toda aversión. Es la ausencia del dolor en el cuerpo y la inquietud en el alma.

El más grande fruto de la justicia es la serenidad del alma.

Lo justo según la naturaleza es símbolo de lo útil para no causar ni recibir mutuamente daño. Aquellas leyes consideradas justas que dan testimonio de lo conveniente en las necesidades de las relaciones recíprocas constituyen lo justo, tanto si son iguales para todos, como si no. Pero, siempre que se dicta una sola ley que no contemple lo conveniente en las relaciones recíprocas, ésta ya no posee la naturaleza de lo justo.

El sabio no se esforzará en dominar el arte de la retórica y no intervendrá en política ni querrá ser rey.







*Las Cruzadas vistas por los árabes*  
Amin Maalouf





Pravia Arango

escucha de “Carrusel deportivo” por un oyente con “nipepuntoipunto” de fútbol. El oyente se entera del que gana y pierde, y poco más; es incapaz de encajar a los jugadores en sus equipos o de conocer a los goleadores. Se quedará, eso sí, con anécdotas irrelevantes: gesto de alguien cuando mete un gol, gritos del locutor..., pues así he leído este libro. Con lectura infantilizada. De ahí que me haya quedado con la historia de la secta de los asesinos, el sistema de comunicación por palomas, la muselina (viene de Mosul) y la escalona (de Ascalon) o el sistema judicial árabe que constaba de requisitoria, defensa y testimonios frente al “juicio de Dios” de los frany.

Ya. Ya sé que estoy en barbarie frente a cultura. A ver si puedo girar.

**U**N conocido marino mercante me cuenta anécdotas estupendas sobre barcos y demás. Pues bien, me habló de un amigo que escuchaba radio Pirenaica en los tiempos del franquismo con la excusa — llena de sentido común— de que había que conocer los planes del enemigo.

Bueno, pues así las cosas, vamos con *Las Cruzadas vistas por los árabes*. Doy visión general y de trazo grueso. La invasión de los francos fue posible gracias al dicho: “Donde hay dos árabes, hay tres opiniones”. Lo anterior, junto a una cultura refinada y poco salvaje, permitieron que los cruzados celebrasen victorias sobre los árabes donde no faltaba el canibalismo. Para el lector lego en historia general y en cruzadas en particular, los tres primeros apartados del libro se parecen a la



Quedémonos, pues, con la cultura, con el cultivo del espíritu. De ahí viene una palabra de mi tierra “cucho” para el cultivo de la tierra. A



ver si me pongo en modo culto —a mi manera, ya saben—. Hmmmmmm.

Detente, cierzo muerto.  
Ven austro, que recuerdas los amores;  
aspira por mi huerto  
y corran tus olores,  
y pacerá el amado entre las flores.

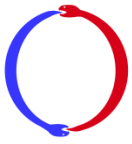
Olores, tus olores, mis olores. Hmmmmmm.  
Gracias, Juan de la Cruz, onda pillada.

*Las Cruzadas vistas por los árabes* se dividen en cinco apartados, aparte de las secciones de notas y fuentes, mapas, cronología, índice de notas y demás. La cuarta parte con el título de “La victoria” se centra en dos personajes muy conocidos: Nur al-Din y Saladino. El último reconquista Jerusalén y ofrece un momento estelar para el mundo árabe. Saladino, el héroe, se nos muestra como alguien frugal, generoso, excelente negociador y poco apegado al lujo y el dinero. En efecto, gracias a este tipo de líderes que no solo cohesionan al pueblo, sino que cuentan con “baraka” se puede llevar a cabo la gesta. En el apartado “La tregua”, Maalouf nos habla del encuentro imposible entre Saladino y Ricardo, Corazón de León, así como de las hazañas de al-Adel (el Justo) y al-Kamel (el Perfecto).

En *Historia perfecta*, Ibn al-Atir nos habla de tres grandes —con esto nos ponemos en el último apartado— calamidades: la matanza de los hijos de Israel por Nabucodonosor, la destrucción de Jerusalén y el azote mongol de Gengis Khan que sustituye el “peligro rubio” por la aterradora dinastía a la que se debe la destrucción de la biblioteca de Alamut, que dificultará para siempre el conocimiento a fondo de la doctrina y actividades de la secta de los asesinos. En cuanto a la expulsión definitiva de los francos, frany o cruzados, dos batallas son cruciales: la toma de Hattina por Saladino y la batalla de Ain Habut, que va a permitir la

reconquista de tierras arrebatadas por los mogoles o mongoles.

Y así llegamos al epílogo, que me parece tan esclarecedor que lo copio / resumo. “¿Puede llegarse a afirmar que las cruzadas supusieron el origen del auge de Europa occidental y el fin de la civilización árabe? Sí, con matices. Primero, los musulmanes ya habían perdido desde el siglo IX el control de su destino, pues el florecimiento cultural del s. VII ya es agua pasada porque los depositarios del poder y los héroes no son árabes; son turcos (Zangi, Nur al-Din...) y kurdos (Saladino, Al-Adel...). Segundo, los árabes son incapaces de crear instituciones estables y resultan impermeables a las ideas llegadas de Occidente. Para ellos, las cruzadas desembocaron en siglos de decadencia y oscuridad que llegan a nuestros días. El Oriente árabe sigue viendo en Occidente un enemigo natural. Sirva una anécdota. Cuando Ali Agka decide matar al Papa, lo hace, entre otros motivos, porque lo considera un comandante supremo de las cruzadas. También les dejo el resumen del epílogo que hace ChatGPT. “Amin Maalouf reflexiona sobre las consecuencias profundas y duraderas que dejaron las cruzadas en el mundo árabe. Explica que, aunque para Occidente las cruzadas terminaron como un episodio histórico lejano, para los árabes representaron un trauma colectivo que marcó su memoria y su identidad. Maalouf señala que los cronistas árabes de la época no interpretaron las cruzadas como una simple serie de guerras religiosas, sino como una agresión extranjera prolongada, caracterizada por la brutalidad, la traición y la inestabilidad política. Esta mirada se transmitió a lo largo de los siglos y alimentó una percepción dolorosa y persistente del “otro” occidental. El autor destaca que el fracaso final de los francos no produjo una auténtica victoria árabe. Aunque lograron expulsar a los cruzados, el mundo islámico quedó fragmentado, vulnerable y marcado por divisiones internas, guerras intestinas y un declive que abrirá el camino a



futuras invasiones como la mogola y luego la europea moderna. Finalmente, Maalouf subraya que las cruzadas, vistas desde la perspectiva árabe, no son una epopeya gloriosa, sino una oportunidad perdida: un periodo en el que pudieron haber surgido reformas políticas o sociales, pero en cambio proliferaron la discordia y el atraso relativo. El epílogo invita a comprender que gran parte de la desconfianza histórica entre Oriente y Occidente tiene raíces en este episodio y que revisarlo desde ambas miradas es esencial para superar mejor malentendidos”.

Más. Hoy quiero y debo celebrar medio siglo de *Horses*. Para ello los dejo con el tema más conocido de Patti Smith...





# Escribir poesía en tiempos de Ozempic





Pilar Úcar Ventura

Poesía desde Homero a Manrique, de Quevedo a Bécquer, de Florencia Pinar a Gloria Fuertes, De Idea Vilariño a Delmira Agustini.

Escribieron poesía con el auxilio de las musas, con la inspiración del momento y del sentir personal. Se concitaron Melpómene, Erato y Clio, Talía y Euterpe en un contubernio de risas satíricas y lamentos fúnebres, de elocuencia cómica y ritmos bucólicos.



Sin Ozempic.



SCRIBIR para comunicar, para sanar, para compartir, para uno mismo y para los demás; para pasar a la historia, y quién sabe si a la eternidad, o para guardar

todo en un USB que la posteridad, más cercana y familiar, descubrirá.

Escribir porque hay algo que contar, porque hay que sentir con los demás o porque conviene no refrenar el impulso de reconocerse.

Escribir poesía en la madurez vital con trazos de adolescencia prolongada; sin rubor ni temor de Dios: escribir poesía, aunque para algunos solo lo hacen las abuelas, a modo de pasatiempo cultureta, más femenino que varonil, es el Ozempic que se inyectan las estrellas.

En estos momentos de escualidez física y mental, triunfan frases más o menos poéticas, de rango solemne y atisbo sentencioso: *Vive la vida a tope, Disfruta la vida, o A vivir que son dos días.*

La autora que suscribe estas páginas es más del siguiente imperativo: “Deja a la vida en paz”, que no sé si provoca una mueca de disgusto o falsea la realidad propia y ajena, con el deseo de firmar un pacto por la inmortalidad y la eterna juventud, incluso aunque los únicos firmantes de ese pacto sean líderes lamentables y perniciosos para perpetuar años de longevidad. No así la poesía: hay quien afirma que los avatares históricos, las gestas heroicas (valga el pleonismo) se olvidan antes que muchos versos de antaño, embriones de belleza, auténticos amantes benefactores en una promiscuidad



literaria que no facilita la farmacopea por muy celebrada que sea.

Escribir poesía durante los años púberes o en la soledad senil de la que hablaba Góngora permite cambiar y transformarse en cuerpo y alma y no por inoculación del pinchazo prometedor, sino para recordar qué es la lealtad, el desamor y la ilusión. La escritura lírica no engaña y sí engancha, no niega y siempre afirma, es decir, acepta y consiente con una mirada complacida de quien lee sin tapujos, a corazón abierto.

Quien escribe poesía realiza una ofrenda generosa, visible en el ara de rituales sociales sin imposición y sin dirigir voluntades ni esperar aplauso, ni resultados milagrosos. Tal vez mejore los niveles de azúcar en la sangre y pueda reducir el riesgo de eventos cardiovasculares serios; quizá puede ayudar a las personas, lectoras, a perder peso, a hacer su travesía cotidiana más liviana.

Rimar en asonante descoloca, imita una prosa en líneas cortas y cortadas, abruptas, de un lado al otro de la página; hacerlo en consonante ubica y posiciona, parece que da mayor y mejor sentido al poema de la vida.

Ni de viejas ni de “jovenas” (así, llana gráficamente esta palabra, como la pronunciaba mi abuela), escribir poesía consiste en jugar con las palabras, marearlas hasta hacerlas caer en una casilla incorrecta para que tomen aire y vuelen, con ganas y decisión, con elegancia. De eso se trata escribir poesía: elegir o escoger lo selecto y lo distinguido en la apariencia y en el comportamiento. Las palabras de la escritura poética refieren al aspecto, a la forma y la estructura y, por supuesto, al contenido, al meollo.

Algunas se evaporan y enmudecen, otras, más valiosas lo llenan todo de un poder inmise-

ricorde que atrapan y entrampan, atosigan y sosiegan.

Escribir poesía supone frotar la lámpara maravillosa y que aparezca el genio o la “genia” para llevar al lector a un mundo imaginado, no necesariamente imaginario, un universo anhelado pleno de esperanza humana, sin riesgo de ataque cerebral, ni saciedad estomacal.

Escribir poesía, ahora y siempre. Inyección literaria sin efectos adversos.





## Montando belenes y palabras

A propósito de un poema barroco de fray José Antonio de Hebrera, publicado en un pliego suelto





Aurora Egido

Artículo publicado en BILRAE, nº 26, 2025



Si ahondar en la historia de las representaciones parateatrales y artísticas de la Navidad, basadas en los Evangelios canónicos y apócrifos o en otras fuentes escriturarias y patrísticas, lo cierto es que los belenes, tan ligados a esa fiesta, entraron en España por influencia italiana a finales del siglo xv, extendiéndose por la Corona de Aragón y el resto de la península hasta llegar a América en los siglos xvi y xvii. No es por ello extraña la existencia de un belén (*circa* 1480) en la Iglesia de la Anunciación o de la Sang en Palma de Mallorca, obra de los hermanos de origen napolitano Pietro y Giovanni Alamanno, o la de otros testimonios, como los de 1468 y 1502 en la catedral de Valencia.

Con gran arraigo en los conventos femeninos, los belenes se asentaron tempranamente en Perú, México, Argentina y Filipinas no solo en el ámbito conventual y eclesiástico, sino en los palacios de la nobleza y en los oratorios

particulares de la burguesía, como ocurría en España y Portugal. En su desarrollo y difusión, tuvieron un papel fundamental los hermanos franciscanos, al igual que las clarisas, dado que, desde el siglo xiii, la Regla de Santa Clara impulsó en sus conventos la devoción del nacimiento de Jesús en el pesebre.

El tema debe vincularse a los tropos litúrgicos de Navidad extendidos por Europa durante la Edad Media, como el *Officium pastorum*, celebrado en la catedral de Huesca en el siglo xii, o el *Ordo Stellae* de la catedral de Toledo, relacionado con los Magos y la Epifanía. En el siglo xiii, Alfonso X el Sabio ya dijo en las *Siete partidas* (1, 6, 35) que los clérigos podían hacer representaciones sobre «la nascencia de Nuestro Señor Jesu Christo, en que muestra cómo el ángel vino a los pastores e cómo les dixo era Jesú Christo nascido».

A ello cabe añadir la representación del *Auto de los Reyes Magos*, compuesto a finales del siglo xii y conservado en un código de principios del xiii en la catedral de Toledo, donde, como señaló Ángel Gómez Moreno, se fundieron sutilmente el Antiguo y el Nuevo Testamento. Sin olvidar la *Representación del nacimiento de Nuestro Señor* de Gómez Manrique y el anónimo *Auto de la huida a Egipto*, aparte de los villancicos y otros géneros afines recogidos en los cancioneros. Pensemos también en las *Coplas de Vita Christi* (1482) de fray Íñigo de Mendoza y en las *Coplas del Nacimiento* (1502) de fray Ambrosio de Montesinos, ambos pertenecientes a la orden franciscana. También debemos considerar la temprana incorporación de los tropos en Cataluña, así como la *Vida de Jesucrist* (1403) del franciscano Francesc Eiximenis y la *Vita Christi* (1497) de la clarisa Isabel de Villena.

En el ámbito cortesano, destacaron las *Églogas de Nacimiento* (1496) de Juan del Encina y las dos *Églogas de Navidad* (1514) de su discípulo Lucas Fernández. Se trata, sin duda, de un



asunto desbordante en el que también abundan las colectáneas, como el *Vergel de flores divinas* de Juan López de Úbeda (1582), con diálogos pastoriles y poemas navideños en distintos metros.

La *Representación del nacimiento de Nuestro Señor* (1458-1468), que Gómez Manrique escribió para las clarisas del monasterio de Calabazanos en Palencia a instancias de su hermana María, vicaria del cenobio, es un buen ejemplo de la relación del tema que nos ocupa con la orden franciscana. La obra, que tal vez llegó a representarse en ese convento, como ha señalado Nicasio Salvador, ofrece no solo una clara vinculación con la lírica tradicional, la cancioneril y las representaciones eclesiásticas de la Navidad, sino con las cortesanas, a las que estaban acostumbradas las monjas de la familia de Gómez Manrique. Otro ejemplo fundamental, respecto a la conexión con esa orden, es el *Auto de la huida a Egipto*, ya que el manuscrito proviene de las clarisas de Santa María Bretonera en Belorado (Burgos), donde se depositó en 1512, siendo también posible que los distintos cuadros sobre la Sagrada Familia fueran representados por las monjas.

Lope de Vega, autor de *Los pastores de Belén* (1612), regaló a su hija Clara, que profesaría en las Trinitarias Descalzas, un belén hecho con figuras de cera; material que empleó más tarde Eugenio Gutiérrez de Torrijos, ubicando las escenas navideñas en muebles-relicario. De cera fue también el que Pizarro llevó al Perú en 1540 para su hija Francisquita, aunque otros se fabricaron con terracota, madera, porcelana, azúcar o plata de Guanajuato, con adornos florales semejantes a los que se fabrican hoy en día en tierras mejicanas. De arcilla roja era el que en 1594 sirvió para fines catequéticos al jesuita Gaspar de Monroy en Humahuaca, y también los hubo de barro pintado, con sus figuras dispuestas en armarios con dos puertas, en Perú. Las órdenes religiosas de franciscanos, agustinos, dominicos y jesuitas los utilizaron

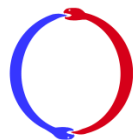
como un medio de evangelización, propiciando un arte popular, que se desarrolló con materiales y ropajes autóctonos por toda América y que iría evolucionando hasta los fabricados con plástico, plastilina o mazapán en fechas recientes.

Las escenas navideñas forman también parte de la historia de los tapices y se recrearon en cuadros, retablos y figuras exentas por pintores y escultores como Berruguete, Diego de Siloé, Martínez Montañés, José Riaño, Luisa Roldán o Francisco Salzillo, que fabricó un belén con cerca de un millar de piezas para el marqués de Riquelme. Dichas figuras tuvieron inicialmente un carácter simbólico, que luego fue cada vez más realista y costumbrista, por no decir anacrónico, existiendo ciertas diferencias entre la escuela castellana y la andaluza.

La corte española mostró una evidente atracción por los belenes napolitanos tanto en la época de los Austrias como en la de los Borbones. Ángel Pena menciona, entre otros, el conservado en las clarisas de Monforte de Lemos (Lugo), procedente del regalo que el conde de Monterrey, virrey de Nápoles entre 1631 y 1637, hizo a su hija, recoleta agustina en Salamanca.

En el convento madrileño de las Descalzas Reales, fundado por Juana de Austria, hija menor de Carlos V y princesa de Portugal, se conserva todavía un belén de coral, plata y bronce del siglo XVI, junto a otras obras artísticas de tema navideño. No en vano fue una fundación de las clarisas franciscanas que provenían del Colegio de Santa Clara de Gandía, muchas de las cuales eran familia de san Francisco de Borja y tenían una estrecha conexión con Italia. El duque de Béjar regaló a ese convento un belén en 1730, lo que confirma la continuidad de una tradición vinculada a esos conventos de monjas.





La casa de Borbón fue muy del gusto por los belenes fabricados en Nápoles desde Felipe V. El rey Carlos III, a su vuelta de esa ciudad en 1759, instaló en el palacio real uno con imágenes de porcelana hechas en Capodimonte, lo que intensificó su uso aristocrático. El tiempo los iría ubicando sin embargo en las casas de la burguesía y en las más humildes a partir del siglo XIX, cuando proliferaron los belenes portátiles, guardados en escaparates o vitrinas y presentes ya en el siglo XVIII. Se completaba así una tradición que había dibujado sus figuras en relieves y miniaturas con anterioridad.

Los belenes se asentaron, artística y literariamente, con múltiples variantes, como el que va a ser objeto de nuestra atención. Tenemos noticia de él gracias a un pliego suelto, conservado en la Biblioteca Nacional de España (sig. VE/1200/43), que contiene un poema titulado «Pintura al fresco, del santo Belén, que forma en su Oratorio todos los años, mi señora Doña Iosepha Esmir, Bayetola, y Cassanate». Publicado sin lugar ni fecha por fray Joseph de Hebrera Esmir (Ambel, 1652-Zaragoza, 1719), como se verá más adelante en la edición facsímil que presentamos, es un claro testimonio de la amplia existencia de los belenes en esa época. La difusión del tema a través de un medio popular y noticiero como el pliego de cordel favorecería, sin duda, su lectura inmediata.

El autor, figura relevante de la orden franciscana, teólogo, cronista y hagiógrafo, escribió, entre otras obras, un *Jardín de la Elocuencia* (Zaragoza, Diego Dormer, 1677) con el que pretendió enseñar retórica a los oradores, poetas y políticos de su tiempo. Según han señalado Félix Monge y Andrea Baldissera, el abultado repertorio que ilustra sus argumentos se nutrió de las obras de Caramuel, el padre Matienzo, Sebastián Alvarado de Alvear, Jiménez Patón y Baltasar Gracián, que habían ejemplificado sus ingeniosos tratados retóricos o poéticos con ejemplos de los Argensola, Lope de Vega,

Góngora, Quevedo y el príncipe de Esquilache, entre otros.

En la amplia bibliografía de Hebrera, no faltaron unos *Opúsculo poéticos* (1678) traducidos del italiano, además de sermones y panegíricos dedicados a miembros de la orden franciscana o de la realeza, como los de 1679 por las bodas de Carlos II con María Luisa de Orleans y los de 1690 con motivo de las fiestas por la llegada a Zaragoza de su segunda esposa María Ana de Neoburgo, según señalaron Latassa y Gómez Uriel en la *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses* (1885). No obstante, como apuntó Simón Díaz (BLH, xi), los dos opúsculos aparecieron publicados a nombre del capitán don Pedro de Hebrera y Esmir, hermano de fray José Antonio, lo que no quita que fuera este su verdadero autor.

La *Crónica Real Seráfica del Reino y provincia de Aragón y de la regular observancia de Ntro. Padre San Francisco* (Zaragoza, Diego de Larumbre, 1703) muestra la devoción de fray José Antonio por la Virgen del Pilar, a la que va dedicada una obra que abarcaba todo el reino de Aragón. En ella, y en la segunda parte, publicada en 1705, Hebrera ofreció no solo la historia del convento zaragozano de san Francisco al que su autor pertenecía, sino la fundación del de las clarisas. La aprobación de fray Antonio Pérez señala en los inicios del libro: «Años ha, que el Reyno de Aragón nombró a nuestro Autor por Chronista suyo», lo que, a falta de fecha en el pliego suelto que analizamos, sitúa este con posterioridad a 1690, año en el que fray José Antonio fue nombrado cronista de Aragón *ad honorem*. Pero, dado que el pliego alude a que Hebrera era predicador general y cronista de la orden franciscana en la provincia de Aragón, cargo para el que fue nombrado en 1681, podemos situar su publicación en una fecha indeterminada y posterior a esta. Téngase en cuenta que el archivo del Real convento de San Francisco se perdió en la Guerra de la Independencia y desconocemos muchos datos al respecto.



El belén que doña Josefa Esmir instalaba anualmente en su oratorio particular dio lugar a que fray José Antonio publicara un poema en endecasílabos y heptasílabos de tintes gongorinos, donde describió el «retrato misterioso» de los primeros años de la vida de Cristo plasmado en sus imágenes. El hecho de que se atribuyera a san Francisco de Asís la factura del primer nacimiento simbólico, formado por una mula y un buey dentro de una cueva cercana al castillo del Greccio la noche de Navidad de 1223, hacía lógica la factura de esos versos por parte de un franciscano, que además conocería la *Leyenda Mayor de San Francisco* escrita por san Buenaventura.

La presencia de franciscanos y clarisas en Zaragoza fue muy fructífera, a partir de la creación del Convento de San Francisco en 1219 bajo el patrocinio del infante Pedro de Aragón, así como del de las clarisas de Santa Catalina, fundado en 1234 a instancias de la esposa de Jaime el Conquistador, que contó además con el apoyo del arzobispo don Hernando de Aragón. Sabemos también que, aparte de otras representaciones litúrgicas, que tuvieron lugar en Huesca y en otros lugares de Aragón, en la catedral de la Seo zaragozana, se representó en 1487 ante los Reyes Católicos y los infantes Juan e Isabel una *Nativitat*.

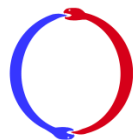
Aragón contó además con una amplia tradición bucólica, plasmada por Antonio Geraldino, quien incluyó, en su *Bucolicum Carmen* (1485), algunas églogas de asunto navideño. En ese ámbito religioso, cabe recordar también la tradición de los tropos, así como la de villancicos dialogados y cantados en la catedral del Pilar, muchos de los cuales se publicaron en pliegos sueltos en la segunda mitad del siglo XVII, al igual que los cantados en la Seo o en la catedral de Huesca. En 1633 y 1674, José Muniesa acompañó al órgano el canto del romance «Niño cuyos ojos bellos», además de otros villancicos polifónicos y «canzonetas»,

que a veces acompañaron las agrupaciones de ministriles en el templo del Pilar y en el de la Seo.

La presencia artística relacionada con el misterio de la Navidad en tierras aragonesas nos llevaría demasiado lejos. Bastará recordar el retablo mayor en alabastro policromado de la Seo de Zaragoza, dedicado al Salvador, donde aparece en el centro la Adoración de los Reyes Magos, obra gótica de Hans de Suabia. En esa catedral, hay además otras sobre el mismo tema distribuidas en distintas capillas, con pinturas de los siglos XV a XVII, como las de Fontaner de Usés, Jerónimo de Mora y Juan Galván. Sin olvidar las de la capilla del Nacimiento, elaboradas por Roland de Mois, Jerónimo Ferrer y su esposa Ana Clavero.

A su vez, el monumental retablo alabastrino del altar mayor de la basílica del Pilar, obra de Damían Forment (1509 y 1518) y otros artistas, dedicado a la Asunción de la Virgen, presenta también numerosas escenas relacionadas con el nacimiento de Cristo. Estas y las existentes en otros templos y conventos zaragozanos, incluido el ya desaparecido de San Francisco, serían conocidas tanto por fray José Antonio Hebrera y Esmir como por doña Josefa Esmir y Casanate.

Los Esmir pertenecían a un conocido linaje aragonés de hidalgos e infanzones. Varios de ellos fueron señalados juristas, como Victorián Esmir y García Casanate y su hermano Josef, que además fue autor de algunas composiciones poéticas. Según ha señalado Daniel Ochoa Rudi, su presencia eclesiástica en tierras aragonesas configuró un círculo de poder en el ámbito político y social, que contó, entre otros, con Esteban Esmir, obispo de Huesca. Su declive comenzaría tras la Guerra de Sucesión, por el apoyo que la familia prestó a los austracistas, desapareciendo posteriormente su presencia en el cabildo zaragozano.



Por otro lado, entre los linajes capitulares, la familia Casanate destacó también en la figura de ilustres religiosos, que fueron autores de tratados de retórica y dialéctica, como Melchor Casanate y Rojas. Su relación con Nápoles fue bastante estrecha, dado que Matías Casanate fue regente de su Consejo Real y que Jerónimo Casanate y Dalmau, nombrado cardenal en 1673, había nacido en Nápoles. Por otro lado, no podemos olvidar al almirante y humanista Pedro Porter y Casanate, descubridor del Golfo de California, al que Gracián citó en su *Agudeza y arte de ingenio*. La presencia de los Casanate en la parcela del Derecho la acreditó Luis Casanate (1560-1635), fiscal del Consejo de Aragón. En cuanto al linaje de los Bayetola o Bayatola, cabe recordar que doña Jacinta Bayatola fue dama de la corte de Felipe IV y que doña Josefa Esmir y Bayetola estuvo entre sus meninas. Es evidente además su vinculación a la saga de magistrados y juristas zaragozanos, como fue el caso de Matías de Bayetola y Cavanillas (1558-1654).

La dueña del belén descrito en el pliego que analizamos, doña Josefa Esmir Casanate y Bayetola, era nieta del vicecanciller del Consejo de Aragón Matías Bayetola y Cavanillas y se casó muy joven en 1659 con su tío carnal, el jurista zaragozano don José Esmir Casanate y Bayetola, que había quedado viudo y sin descendencia. Según Daniel Ochoa, ese matrimonio fue arbitrado como un modo de solucionar las divisiones internas de la familia respecto a la herencia familiar. Cabe añadir que Fray José Antonio de Hebrera llegó a publicar su libro *La vida de san Antonio de Padua* (Zaragoza, Pascual Bueno, 1683) bajo el nombre del hidalgo Victoriano Esmir Bayetola y Casanate, padre de doña Josefa.

La «Pintura al fresco, del santo Belén» que Hebrera publicó en un pliego suelto forma parte de una amplia tradición literaria, desarrollada en el Siglo de Oro en Aragón por los hermanos Argensola, fray Jerónimo de San José, Juan de

Moncayo, Ana Francisca Abarca de Bolea, José Navarro o Vicente Sánchez, quienes, como señaló Domínguez Lasierra, cantaron temas navideños en sus versos. El asunto sirvió a los géneros literarios más diversos en la época, según muestra la *Navidad de Zaragoza* (1654) de Matías de Aguirre: una novela miscelánea, recientemente editada por María Pilar Sánchez Laílla, en la que su autor entreveró varias comedias. Y otro tanto ocurrió, en la ladera dramática, con el *Auto del nacimiento de Christo Nuestro Redentor* (1652) del cronista y presidente de la Academia de los Anhelantes Juan Francisco Andrés de Uztarroz.

En ese sentido, los versos heptasílabos y endecasílabos de Hebrera, con divisiones estróficas irregulares ajenas a la libertad de la silva, son, en realidad, un ejemplo más de la influencia de Góngora en Aragón y de cómo el culteranismo tardío se reflejó sin las complejidades conceptuales, elocutivas y métricas del autor del *Polifemo* y de las *Soledades*. Su autor trató de mostrar en él la fructífera utilización de esa combinación de métrica a la hora de convertir la éckprhesis en la relación de una obra pictórica y escultórica donde se reflejaba el belén que doña Josefa había recreado en su espacioso oratorio. Este no era un caso aislado en la ciudad, pues Hebrera lo definió como «uno de los más primorosos de Zaragoza». El hecho de plasmarlo en un pliego suelto, que se regalaría seguramente durante las fiestas navideñas, apuntalaría sin duda la fama de su autor y, por ende, la de la propietaria del belén.

Fray José Antonio dio señales precisas de que esa representación belenística ofrecía, en cuadros y bultos, distintos episodios relativos al nacimiento de Jesús sacados del Antiguo y del Nuevo Testamento, comenzando por la lucha de David contra Goliat, que consideró un anuncio profético del tierno niño que iba a vencer al monstruo. A esa premonición, le seguiría el misterio de la Inmaculada Concepción plasma-





do «en bulto», donde el airoso semblante de María le permitió a nuestro fraile hacer un inocente juego de palabras, pues, a su juicio, sería una desgracia, para ella, «ser fea, y ser imagen de la Gracia».

Hebrera se ocupó luego de la presentación de la Virgen en el templo, dibujado «al vivo», así como de su humilde desposorio, sin teas imperiales, con san José. En su relación poética, no faltó tampoco la secuencia del misterio de la Encarnación del Verbo, ni la visita de María a su prima Isabel, madre del Bautista. Pero el poeta franciscano, después de dar cuenta de esas imágenes pictóricas y escultóricas, se centró sobre todo en el retrato del «portalillo o cuevecilla», donde el tierno y ceñido Jesús aparecía sobre las pajas como un grano de trigo. La relación de las figuras del portal navideño mereció su particular atención, retratando a los castos y alegres esposos san José y María junto a «dos brutos», cuya presencia acusaba el olvido de los hombres. Pero el foco de mayor atención fue sin duda el niño Jesús, comparado a un sol en el que se podía mirar, como en un espejo, el mismísimo sol de justicia. Fray José Antonio encareció también el aliño y arte de la aseada gruta, comparada venusamente con una concha que albergaba la perla del niño Dios. En ese amplio y desparramado belén, acusó también la presencia de los tres reyes «con su pompa lucida/ con su tren, comitiva y equipaje». Todo ello, dispuesto en perspectiva sobre una montaña, que contrastaba con un llano, donde a estos les esperaba una ventera para darles cobijo.

Pero lo más curioso, sin duda, es la presencia de otras secuencias relacionadas con la Natividad y que eran comunes en los belenes antiguos, como la de la Virgen junto a Simeón en su visita al templo para purificarse como cualquier mujer vulgar. Y, en particular, la colocación en «sitios diferentes» de otras figuras vinculadas a ese misterio, como la aparición de las madres de los infantes inocentes, ya degollados, llorando

desconsoladas su muerte a manos de un «Herodes fiero,/ más que los tigres crüel, contra un cordero».

Hebrera dio también testimonio de cómo doña Josefa no se había olvidado de que estuviera presente en su belén la escena de José junto a María y el Niño montados sobre un «manso bruto» y guiados por un ángel camino de Egipto, ni de la historia del niño perdido y hallado por su madre en el templo dando lecciones a los doctores. Desde el punto de vista afectivo, el fraile franciscano se detuvo con particular deleite en la descripción de la casa de san José, que, aunque pobre, estaba guarnecida de ángeles, lo que la hacía semejante a un suntuoso palacio, y donde aparecía aserrando un leño mientras María hacía su costura.

El belén estaba distribuido por todo el oratorio de doña Josefa, con cuadros alusivos en las paredes y figuras colocadas sobre aras y mesas, que representaban distintas clases sociales, oficios y razas. Fray José Antonio las describió en movimiento a lo largo de una variada enumeración, donde aparecían, como en un microcosmos,

Varios divertimientos

De danças de Gitanas, y Gitanos,

Dueñas, Pajes y Enanos,

Lavanderas, Estanques, Aguadores,

Coches, Sillas, Calesas, Cazadores,

mil Damas y Galanes,

que expresan sus distintos ademanes

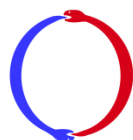
y sobre todo un bello Molendero,

que labra chocolate muy entero

y dos Negras sentadas en dos sillas,

en una mesa, haciendo las pastillas.

La presencia de los gitanos en el contexto navideño de ese belén zaragozano no debe ser desestimada, pues Lope de Vega los había hecho aparecer en su *Auto del nacimiento del*



*hijo de Dios*, refiriéndose a la alegría propiciada por sus bailes y cantos durante la Navidad, al igual que lo hicieron otros escritores del Siglo de Oro como Calderón.

Fray José Antonio terminó su poema en forma de despedida a un supuesto amigo lector, al que había tratado de comunicar algo tan inefable como la representación artística del nacimiento del Redentor. Sus versos, al abrigo del tópico horaciano del *ut pictura poesis*, reflejaban así las dificultades de dibujar a lo humano un “santo Belén”, que consideraba un precioso tesoro.

En el terreno léxico, quizás no esté de más aludir a que no fue *belén*, de Bethlehem, nombre de la población donde nació Jesús, sino *nacimiento* el término más usado inicialmente a la hora de representar por medio de figuras el Evangelio de San Lucas 2:1-7 y el de San Mateo 1:18-25. Téngase en cuenta que, según el *Diccionario etimológico* de Corominas-Pascual, *nacer* fue un cultismo usado ya por Gonzalo de Berceo y que *natalicio*, *natalidad*, *Natividad* aparecieron en castellano hacia 1440, mientras que *Nadal* fue el nombre normal de la Navidad en el dominio catalán y en Galicia.

Respecto al término *belén* descrito por fray José Antonio Hebrera, cabe recordar que, identificado con el mencionado topónimo, lo había empleado anteriormente doña Luisa María de Padilla, amiga de Gracián. En su palacio de Épila, próximo al monasterio de monjas de la Concepción, fundado en 1621 por ella y por su esposo, don Antonio Jiménez de Urrea, V conde de Aranda, escribió varias obras especulares y morales. En una de ellas, titulada *Nobleza virtuosa* (Zaragoza, 1637), aconsejó a las doncellas que no fueran a ver comedias. Doña Luisa pensaría posiblemente en las que se representaban en la casa de comedias zaragozana, ubicada en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, donde se pusieron en escena las obras de Lope, Calderón y otros drama-

turgos, hasta que el 12 de noviembre de 1778 cayó pasto de las llamas, como reflejó un óleo de Goya, ahora de propiedad particular. La condesa sugirió además que las damas de la nobleza escribieran y representaran obras por y para ellas mismas en sus casas palaciegas, añadiendo este curioso consejo:

En la niñez, si os inclináis a muñecas, reducid este gusto a hazer altares, monumentos y Bethelenes, vestir imágenes de nuestra Señora y niños Jesuses. Esto es dar a la edad su pasto mezclado con provecho.

Y eso hicieron también infinidad de monjas, tejiendo en sus celdas, para sus «niños Jesuses», suaves pañales en Navidad o telas moradas por Semana Santa, cuando los cubrían con corona de espinas, cruces y clavos, como se ve en los conservados en el monasterio madrileño de las Descalzas Reales o en la ciudad-convento de Santa Catalina en Arequipa. No en vano la tradición literaria había fomentado, desde la Edad Media, el ciclo del Nacimiento y el de la Pasión, uniéndolos en ocasiones, como hizo Lope de Vega en *Los pastores de Belén*, ya mencionados, donde unió sutilmente la tradición de los dos tropos. La obra iba dedicada a su hijito Carlos Félix, como si se tratase de un *Nuevo Catón cristiano* o *Christus*, es decir, de una cartilla donde el niño pudiera aprender a leer el alfabeto del catecismo y a entender que:

Las pajas del pesebre,  
Niño de Belén,  
hoy son flores y rosas,  
mañana serán hiel.

En ese arsenal de villancicos navideños del Siglo de Oro, que entrañaban una amarga referencia a la pasión de Cristo, brillaron con particular relieve los que sor Juana Inés de la Cruz escribió entre 1676 y 1691:

Pues mi Dios ha nacido a penar,



déjenle velar.

Pues está desvelado por mí,  
déjenle dormir.

En ellos, incluyó las «clausulas tiernas/ del mexicano lenguaje», para que fueran cantados en la Santa Iglesia Metropolitana de México, aparte de los que escribió para la Catedral de Puebla de los Ángeles, consagrada por el obispo Juan Palafox, tan ligada, por cierto, a la historia de Aragón.

Esa conexión merecería cierta atención, dado que los *Poemas de la única poetisa americana* *musa décima Soror Juana Inés de la Cruz*, se publicaron en Zaragoza por Manuel Román en 1692, en fechas cercanas al pliego que nos ocupa. El libro, con aprobaciones suscritas en Madrid, pero dedicado al infanzón y alférez aragonés don Miguel de Larraz, recogió el curioso romance al «Nacimiento de Christo», donde el misterio de la Inmaculada Concepción de María se explicaba con una curiosa comparativa en la que sor Juana aludía a la peculiar forma de fecundación por partenogénesis de las abejas. Estas, ejemplo de la imitación compuesta desde Séneca, ofrecían además la posibilidad de comparar el nacimiento de Jesús con las libaciones de la rosa por parte de un insecto que podía fecundar sin necesidad alguna de aguijón:

Si es por fecundar la rosa.  
es ociosa diligencia,  
pues no es menester rocío  
después de nacer la abeja.

La orden de los franciscanos y las clarisas, afincada en la península ibérica a partir del siglo XIII y más tarde en la América hispana, fomentó por doquier los belenes. Cabe recordar al respecto que los franciscanos llegaron al Virreinato de Nueva Granada en 1519 y al Perú en 1532, extendiéndose luego por Santo Domingo, Lima, Venezuela y Puerto Rico; o

que los llamados Doce Apóstoles de la Nueva España eran de origen franciscano.

Pero fueron sobre todo las monjas clarisas las que, al igual que en España, fomentaron esa tradición conventual en tierras americanas, como prueba el belén del convento de Santa Clara en Quito (siglo XVII). Ángel Martínez Cuesta se ha referido, entre las primeras, a las cuatro beatas de la Concepción, que llegaron a México en 1540 para educar a las hijas de los caciques. A ellas se fueron añadiendo otras muchas con el paso del tiempo en la capital azteca, como las concepcionistas del convento de Regina Coeli en 1570 o las clarisas en 1573. Estas se asentaron también en Cuzco, Ayacucho, Trujillo y Quito entre 1560 y 1596, y eran, en algunos casos, descendientes de conquistadores. Esa tradición continuó con el tiempo, según muestra el belén dieciochesco, de madera tallada y policromada, perteneciente a las Religiosas Franciscanas del Rebaño de María en Guatemala, que se conserva actualmente en el Museo de las Cortes de Cádiz.

El poema de fray José Antonio de Hebrera es un ejemplo más de cómo el breve espacio de los pliegos sueltos (ahora en los portales *Mapping pliegos*, BNE y *Janus*, entre otros) acogió durante siglos numerosos villancicos, seguidillas, tonadillas, coplas, décimas, *cansós*, *coblas* y coros pastoriles, que difundieron los temas navideños por el mundo hispano y portugués. A la popularización de ese tema sacro, que, según hemos visto, tuvo su asiento material y artístico en las recreaciones bele-nísticas, contribuyeron los efímeros pliegos de cordel, como el publicado por el franciscano José Antonio de Hebrera, que trató de celebrar y difundir el belén de doña Josefa Esmir en su oratorio zaragozano.

Las palabras nacen, evolucionan y hasta pueden morir en un momento dado, al igual que ocurre en la naturaleza con las hojas de los árboles, como dijo Horacio en su *Arte poética*. El uso,





por parte de Hebrera, del término *belén*, al igual que había hecho anteriormente la condesa de Aranda al hablar de *bethelenes*, por referencia culta al topónimo, en lugar del más temprano y extendido de *nacimiento*, nos ha llevado a rastrearlo en algunos diccionarios sin ánimo de exhaustividad.

La historia de la lengua mostró y sigue mostrando, respecto a los sinónimos de *belén*, los usos bien conocidos de *pesebre*, en castellano y gallego, o *pessebre* en catalán; semejantes a las voces italianas *presepio* o *presepe*, utilizadas, entre otros, por Manzoni en un poema navideño. *Lo Zingarelli. Vocabolario della lingua italiana* (2012), como siglos antes Nebrija, lo hace derivar del latín *praesaepium*, *praesepe*: ‘1. Stalla, mangiatoria spec, quella in qui fui posto Gesù. 2. Ricostruzione tradizionale della nascita di Gesù fata nelle case e nelle chiese durante il periodo di Natale con la grotta e con figure di materiale vario che rappresentano i protagonisti della narrazione evangelica della natività e quelle della legenda popolare a essa connessa’. Por otro lado, *Le Petit Robert de la Langue Française* (2023) define ‘*naissance (de Jésus, de la Vierge, de Saint Jean Baptiste)*’ y ‘*La nativité de la Vierge*’, pero también se refiere a ‘*Une nativité*’ como ‘*tableau, sculpture représentant Jésus dan la crèche avec Joseph et Marie*’.

Carlos Clavería, en su detallada «Contribución semántica de *belén*» (1959), ya señaló numerosas carencias en la historia de un término que espera todavía aportaciones nuevas. A la zaga de los trabajos de Cuervo, Weise, Grases, K. Young y otros filólogos, su estudio ofreció un amplio panorama de referencias sobre los usos del vocablo *belén*, incluidos los equivalentes a *alboroto*, *fiesta* o *alegría bullanguera* en español y otras lenguas. Sus amplias referencias a las églogas, a los cancioneros y a la literatura costumbrista del siglo XIX ofrecen un amplio panorama, que se enriquece también al analizarlo como palabra «flamenca» o gitana.

Clavería recordó además varias comedias sobre el tema, caso de *El belén de los belenes*, *Revista en verso escrita en tiempos de los escribas y fariseos y traducida por Eduardo Sojo* (Madrid, 1869). La obra se publicó en curiosa coincidencia temporal con el *Diccionario* de la RAE, que, según veremos, recogió ese año el vocablo *belén* como representación artística con figuras del nacimiento de Jesús, pero también con el sentido de confusión y alboroto. Se trata de una pieza curiosa, casi un precedente del esperpento valleinclanesco, que comienza en la pastelería de Barrabás, donde Sojo puso en la picota de la risa a los políticos de su tiempo a través de personajes bíblicos. La pieza termina con Pilatos, el susodicho Barrabás y Caifás sacando cajas de turrón y mazapán para montar barricadas frente al pueblo con toneles de ron de Jamaica aportados por Judas.

Y, en relación con la Real Academia Española, no deja de ser curiosa una obra de quien fue uno de sus directores entre 1866 y 1875, don Mariano Roca de Tagores. Amigo de la poesía religiosa y del romancero, publicó *El Belén. Periódico publicado la Noche Buena de 1857 por la tertulia literaria del Marqués de Molins* (Madrid, 1886), donde el vocablo aparecía como signo de diversión, juerga y jolgorio, remachando unos significados que se repitieron también, según veremos, en otros autores de esa época.

Volviendo la vista atrás, Sebastián de Covarrubias no recogió ni *belén* ni *nacimiento* ni *portal de Belén* en su *Tesoro de la Lengua castellana o española* (Madrid, Luis Sánchez, 1611), pero definió *Navidad* (*latine Nativitas per antonomasiam*), como ‘el día sacratissimo en que Nuestro Redentor nació en las entrañas de la Virgen María, quedando virgen, in *Betheleen Judae*’. Y no se olvidó de los Magos ‘que vinieron guiados de la estrella, de hacia las partes orientales a Belén, a adorar al niño Dios’. El *Diccionario de la lengua castellana* (Real Academia Española 1822) definió *nacimiento*



como ‘Representación del de nuestro señor Jesucristo en el portal de Belén, lo cual suele hacerse formando un portalito, y adornándole de las imágenes de los que se hallaron en él, y las figuras correspondientes á este misterio’. Esa definición, que venía de atrás, según veremos, se arrastró con variantes mínimas en los diccionarios posteriores de la Real Academia Española, que irían añadiendo significados nuevos.

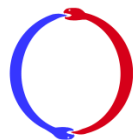
En los inicios de esa trayectoria lexicográfica, el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) de la Real Academia Española mostró el camino a seguir en la definición del sustantivo *nacimiento*: ‘por antonomasia se entiende el de Nuestro Señor Jesu Christo en el Portal de Belén, la cual suele hacerse formando un portalito, y adornándole de las imágenes de los que se hallaron en él, y las figuras correspondientes a èste misterio’. Pero el vocablo *belén* brilló sin embargo por su ausencia en los diccionarios académicos de la lengua castellana publicados en el siglo XVIII (1780, 1783 y 1791), así como en los de 1803, 1817, 1822, 1832, 1837, 1843 y 1852, que siguieron manteniendo la definición de *nacimiento*, con mínimas variantes en los siguientes.

Sin embargo, la edición 11.<sup>a</sup> del *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia Española, publicado en 1869, ofrecería entre otras novedades, la de definir el término *belén* como equivalente a *nacimiento*, ‘en el sentido de representación del de N. S. Jesucristo’. Pero además añadió una nueva acepción: ‘Se dice de un sitio en que hay mucha confusion y de la confusion misma’, lo que se completaba con la locución adverbial *Estar en belén*, ‘fr. fam. Estar embobado, en babia’, lexicalizando el topónimo.

A partir de ahí, el vocablo *belén* se asentó en las ediciones posteriores con iguales o parecidos términos. El *Diccionario* académico de 1884, en su 12.<sup>a</sup> edición, tan lleno, por otra parte, de

voces de habla popular, recogió el sentido figurado y familiar de ‘Estar, ó estar bailando en Belén = Estar embobado, en Babia’. Y así lo plasmaron también las ediciones de 1899, 1914 y 1925. Sin embargo, la 16.<sup>a</sup> edición, publicada en 1939, añadiría un nuevo matiz, al hacer *belén* equivalente a ‘Negocio o lance ocasionado a contratiempos y disturbios’, y recogería además ‘meterse en belenes’. El mimetismo continuó en las ediciones de 1947, 1956, 1970, 1984, 1992 y 2001, aunque la 23.<sup>a</sup> edición de 2014 abrevió la definición y dio ya como desusado «estar en Babia».

Según hemos visto, los usos coloquiales habían ampliado, desde el *Diccionario* de 1869, el significado de *belén* a territorios muy distintos al sentido sacro de *nacimiento*. No es extraño, por ello, que el *Diccionario histórico de la lengua española* (RAE, 1933-36, ii), además de recoger el sentido figurado de *belén* como ‘Representación del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo en el portal de Belén’, y precisar que ‘*Belén*, en España designa la representación que por Nochebuena suele hacerse del nacimiento del Señor’, definiera también el sentido familiar de *belén*, como ‘sitio en que hay mucha confusión y desorden’. Se trataba de una acepción que venía ilustrada, en este caso, con citas emanadas de las obras de Cuervo, Tamayo y Baus, Bretón de los Herreros, Rodríguez Marín o Emilia Pardo Bazán, al igual que ocurría con «estar bailando uno en Belén», equivalente a ‘estar embobado’. El vocablo *belén* siguió dando de sí respecto a otros sinónimos y conceptos, según constata la mencionada 23.<sup>a</sup> edición del *Diccionario de la lengua española*, publicado por la RAE y por la ASALE, que, además de remitir a *nacimiento*, lo definió como ‘Sitio en que hay mucha confusión’ y lo hizo equivalente a *desorden*, *complicación*, *dificultad*, *enredo*. Se recogía, con ello, una larga tradición, que lo había hecho ya coloquialmente sinónimo de *desorden*, *alboroto*, *embrollo*, *bullas*, *tumulto*, *enredo*, *lío*, *zapatista* o *burundanga*, entre otras acep-



ciones. Esa edición, que recogió *belenismo* y *belenista*, consideró sin embargo desusado el significado de la locución adverbial *estar en Belén*, por *estar en Babia*.

María Moliner, en su *Diccionario de uso del español* (1966), definió *belén*, equiparándolo a *nacimiento*, como ‘Construcción que suele instalarse en las casas, iglesias, etc., con motivo de las fiestas de Navidad, en que se imita de una manera realista un paisaje con figuras de pastores, ovejas, los Reyes Magos con sus camellos, etc., y en que el elemento principal es el establo llamado *portal*, con las figuras de Jesús recién nacido en el *pesebre*, la Virgen, San José, la mula y la vaca’. La edición de 1998, además de definir *belenista*, *pesebrista* y *estar en Belén* (estar distraído o atontado), recogió, en la segunda acepción de *belén*: ‘estar en casa o sitio en que hay muchas cosas en desorden. Barullo. Asunto que se presenta complicado y expuesto a disgustos. Lío’. A su vez, el *Diccionario ideológico de la lengua española* (1942) de Julio Casares, que doña María tuvo al lado del de la Academia al escribir el suyo, ya había mostrado en *nacimiento* el sentido figurado y familiar de *belén* como ‘sitio en que hay mucho desorden’.

De ‘asunto complicado o desagradable’ lo definieron Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos en el *Diccionario del español actual* (1999, 2011 y 2023). Ellos recogieron también el uso de *armar* o *montar belenes*, así como el de «estar en Belén con los pastores», equivalente al ya desusado «estar en Babia» o «estar en las nubes», mostrando su equivalencia a *confusión*, *asunto complicado* o *desagradable*. Se trataba de términos y locuciones que ya habían aparecido, en buena parte, en los diccionarios académicos de la segunda mitad siglo XIX y que repetirían de un modo u otro hasta la saciedad muchos otros posteriormente. Seco, Andrés y Ramos ofrecieron también, en su *Diccionario fraseológico documentado del español* (2018), las mismas formas en torno a

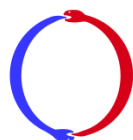
*belén*, remitiendo a autores como Camilo José Cela. En ese sentido, habría que recorrer igualmente la tradición que, desde el siglo XIX, no solo ha ofrecido comedias, sino películas, como la de *Se armó el belén*, dirigida por José Luis Sáenz de Heredia, con Paco Martínez Soria de protagonista.

Entre los recursos lexicográficos que ofrece la página web de la Real Academia Española, el lector podrá encontrar las cédulas del *Corpus del Diccionario Histórico General de la Lengua Española* (CDH), donde la palabra *belén* aparece descrita en un abanico de 115 lemas relacionados con las figuras del nacimiento navideño, pero también con el significado de *jaleo*, *alboroto* y *confusión*. En ese corpus, abundan también los ejemplos de «montar y armar belenes» o «estar en belén con los pastores». La mayoría de ellos proceden de autores de los siglos XIX y XX, como los ya mencionados, además del padre Coloma, Ganivet, Benavente, Valle-Inclán o Gironella, entre otros.

También habría que considerar las cédulas que identifican el término *belén* como andalucismo equivalente a *pamplinas* y otras voces, avaladas con ejemplos de coplas acarreadas por Antonio Machado Álvarez, conocido como Demófilo. Sin embargo, ese mismo *Diccionario Histórico General* recoge otras papeletas procedentes del *Vocabulario de Aragón* (1924) de Juan de Moneva y Puyol, cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca de la RAE, que, al igual que las procedentes del *Diccionario de voces aragonesas* (1884) de Jerónimo Borao, definen *belén* como aragonesismo.

Aparte de esos y otros autores citados, en el mencionado corpus académico no faltan las cédulas referentes al uso de *belén* en América con el significado de *nacimiento*, junto a los de *meterse en belenes*. Sobre todo, en México, donde *belén* equivale a «meterse en camisa de once varas»; o en Venezuela, donde aparece la





forma «estar en Belén con la maraca». En el caso de Argentina, «ser un belén» es «ser un tonto» y, en Cuba, es sinónimo de alboroto y confusión, al igual que en otros lugares; sin que falten, en Costa Rica, los «belenes de la política». Por otro lado, no deja de sorprender la existencia de *belén corrido*, un baile «afronegro» atestiguado en Puerto Rico, que confirma la enorme extensión de la voz *belén*, incluida la cédula que, en 1962, lo registra como ‘fiesta o agasajo que se hace a los nenes para que no lloren’.

La vigencia de «meterse en belenes» equivalente a «meterse en camisa de once varas», que ofreció el *Nuevo diccionario de americanismos e indigenismos* (1998) de Marcos A. Morínigo, apuntaló, una vez más, la extensión de significados figurados y familiares en tierras americanas, que atestiguan también otros diccionarios posteriores de esas tierras; incluido el del vocablo *pasito*, sinónimo de *belén* en Costa Rica. El *Diccionario de americanismos* (ASALE, 2010) no recogió, sin embargo, como tales ni *belén* ni *nacimiento*.

Según hemos visto, el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) de la Real Academia Española, mostró el camino a seguir en la definición del sustantivo *nacimiento*, pero no definió el término *belén*, que sin embargo estaba asentado con anterioridad entre los hablantes, como prueba, entre otros testimonios, el curioso pliego suelto de fray José Antonio de Hebrera a finales del siglo XVII. Los académicos ilustrados no se olvidaron además del diminutivo afectivo *portalico* al definir *portalejo*; un término que avalaron con la autoridad de la *Vida de Cristo* de Cristóbal de Fonseca cuando dijo: «Fueles al cabo forzoso acogerse a un portalejo o mesoncillo, hecho a manera de cueva, que estaba en las barbacanas de Belén». El primer diccionario académico recordaba así el Evangelio de San Mateo, 2, cuando manifestó que «Desde su nacimiento professó nuestro Redentor, no tener casa ni

hogar en este mundo», dando fe de cómo, en ocasiones, el sintagma puede convertirse en paradigma social.

Por sus connotaciones religiosas, literarias, artísticas y musicales, los belenes formaron y siguen formando parte de nuestra historia, tan llena de desorden y confusión. El análisis del vocablo *belén* merecería sin duda atención más detenida que la presente a la hora de analizar cómo un topónimo se fue extendiendo sobre un arco de significados tan sencillos como complejos a lo largo del tiempo. Pero también prueba hasta qué punto los hablantes hacen maravillas y hasta milagros con las palabras, elevándolas a lo divino o rebajándolas a lo humano hasta hacerlas familiares en el uso común, montando belenes.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, Matías de. *Navidad de Zaragoza*, estudio y edición de María del Pilar Sánchez Laílla, Zaragoza, Larumbe, 2020, 2 vols. Versión digital: <https://zaguan.unizar.es/record/97047>
- Albuquerque García, Luis, «Fray José Antonio Hebrera y Esmir», *Diccionario Biográfico Español. Real Academia de la Historia*.
- Baldissero Andrea, «Poetas y poesía en el Jardín de la elocuencia de fray José Antonio de Hebrera (primera exploración)», *Bulletin Hispanique*, 117, 1, 2015, pp. 171-186.
- Bernales Ballesteros, Jorge, *Historia del Arte Hispanoamericano*, Madrid, Alambra, 1987, vol. ii.
- Calahorra, Pedro, *Música en Zaragoza, siglos XV-XVII*, Zaragoza, Herald de Aragón, 1972, vol. i.
- Castán, Miguel Ángel, *Insaculados en las Bolsas de los oficios de la Diputación del Reino de Aragón en el siglo XVII*, Zaragoza, IFC, 2016 (con referencias a los Esmir, Casanate y Bayetola).
- Castro y Castro, Manuel de, «Monasterios hispánicos de clarisas desde el siglo XIII al XVI», *Archivo Iberoamericano* 49, 1989, pp. 79-122.
- Clavería, Carlos, «Contribución semántica de *belén*», *Hispanic Review* 27, 3, julio, 1959, pp. 345-60.
- Domínguez Lasierra, Juan, «Retablillo clásico para la Navidad de Aragón», *Heraldo de Aragón*, 23 de diciembre de 1979.
- Egido, Aurora, *La poesía aragonesa del siglo XVII. Raíces culteranas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979.



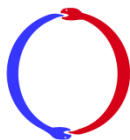
- , *Bosquejo para una historia del teatro en Aragón desde los orígenes al siglo xviii*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1987.
- , «La literatura en Aragón: de los orígenes a finales del siglo xviii», *Enciclopedia Temática Aragonesa*, Zaragoza, Moncayo, 1988, vol. vii.
- , «La Nobleza virtuosa de la condesa de Aranda, Luisa María de Padilla, amiga de Gracián», *Archivo de Filología Aragonesa*, liv-lv, 1998, pp.9-41.
- Fantoni y Benedi, Rafael, «Caballeros hijosdalgo en las cortes del reino de 1702-1704 residentes en Zaragoza», *Emblemata* 1, 1995, pp. 119-133.
- Gómez Moreno, Ángel, «La clave del *Auto de los Reyes Magos*», *eHumanista*, 2010, pp. 376-384.
- Gómez Zorraquino, José Ignacio, *Patronazgo y clientelismo. Instituciones y ministros reales en el Aragón del siglo xvi y xvii*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2017, pp. 284-5 y 638-644.
- Hebrera y Esmir, José Antonio, *Breves noticias del buen hablar, Lucas retóricas y epítome de tropos y figuras con exemplares en prosa y verso, para poetas y oradores, conforme a los maestros clásicos*, Zaragoza, Convento de Predicadores, 1676 (ms. inédito, que se hallaba en el archivo del convento zaragozano de Predicadores y que desapareció en la Guerra de la Independencia).
- , *Jardín de la elocuencia. Flores que ofrece la retórica a los oradores, poetas y políticos*, Zaragoza, Herederos de Diego Dormer, 1677.
- , *Opúsculos poéticos y triunfo de los justos. Tratado en verso*, Zaragoza, Herederos de Pedro Lanaja, 1678.
- , *Demostraciones del reino de Aragón en el primer casamiento del católico Rey de España el Sr. D. Carlos II*, Zaragoza, Pascual Bueno, 1679.
- , *Efigie histórica por la ciudad de Zaragoza en el segundo casamiento del Rey Católico de España el Sr. D. Carlos II*, Zaragoza, Pascual Bueno, 1690.
- , *Jardín de la elocuencia*, prólogo y edición de Félix Monge Casao, Zaragoza, La Académica, 1969.
- , *Crónica de la Provincia Franciscana de Aragón*, ed. facsímil, con prólogo de Luis Falcón Aller, Madrid, Dédalus, 1991.
- Lucea, María del Pilar, y Fantoni y Benedi, Rafael de, «Índice de matrimonios de nobles: títulos del reino e hidalgos en algunas parroquias de Zaragoza, siglos xvi y xvii», *Hidalguía*, lxi, 2014, pp. 367, 78 y 286.
- Martínez Cuesta, Ángel, «Las monjas de la América colonial», *Thesaurus*, 1, 1995, pp. 572-626.
- Ochoa Rudi, Daniel, «Un linaje al servicio de la iglesia y el cabildo metropolitano de Zaragoza (siglos xvii-xviii)», *Los caminos de la Historia Moderna. Presente y porvenir de la investigación*, Ofelia Rey y Francisco Cebreiro, coord., Universidade de Santiago de Compostela, 2023, pp. 563-79.
- Ordovás Esteran, Javier, *Los cronistas aragoneses de la Edad Moderna. Apuntes biobibliográficos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2019.
- Pena, Ángel, «El gusto por el belén napolitano en la corte española», *Reflexiones sobre el gusto*, ed. de Ernesto Caballero *et alii*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, pp. 257-276.
- Pérez Cuadrado, Juan, *El belén en Hispanoamérica*, San Sebastián, Caja Guipuzcoa, 1991.
- Salvador Miguel, Nicasio, «Gómez Manrique y la Representación del nacimiento de Nuestro Señor», *Revista de Filología Española*, xcii, 1.ª, 2012, pp. 135-180.
- San Francisco de Asís, *Escritos. Biografías, Documentos de la época*, ed. de José Antonio Guerra, Madrid, BAC, 1980.
- Sevilla García, María José, «El belén hispanoamericano», *Náyades* 298, pp. 65-70.
- fray joseph de hebrera y esmir
- «Pintura al fresco, del santo Belén, que forma en su Oratorio todos los años, mi señora Doña Iosepha Esmir, Bayetola, y Cassanate»
- Edición facsímil del pliego suelto localizado en la Biblioteca Nacional de España (sig. VE/1200/43).





Andrés Otero  
Editorial Garceta





Miguel A. Pérez

tendencias son un ejercicio de cocina que producen el resultado que se busque, del mismo modo que el buen cocinero es capaz de hacer un plato decente con cualquier ingrediente comestible. Sin embargo, los números no aparecen solos, sino que son una consecuencia. Si hacemos un ejercicio de *screening* —como dicen los anglosajones—, es decir, alejar el foco para ver todo el panorama, sin detenernos en los detalles, observamos que el sector editorial ha recuperado los niveles previos a la pandemia (2019) y, en el último año con datos (2024), se ha ganado un 2,6 % respecto del anterior.



Datos tomados de  
Nota resumen del Ministerio de Cultura



Enemos la suerte de contar con la amabilidad de Andrés Otero Reguera que nos dedica un tiempo a responder en directo a las preguntas de *Oceanum*. Andrés Otero es cofundador de Editorial Garceta, una de las editoriales más importantes del ámbito científico-técnico en España.

Siempre que acudimos a buscar opiniones y propuestas al sector editorial, subyace la situación del libro en el contexto geográfico en el que nos movemos, en este caso, España, un contexto cuyo análisis arroja luces y sombras. La situación del libro en el país se resume anualmente en los datos que publica el Ministerio de Cultura, tanto en su [nota resumen](#), como en las [frías estadísticas](#) que la sustentan. Es cierto que los números son solo eso, números, y que, a veces, las conclusiones y

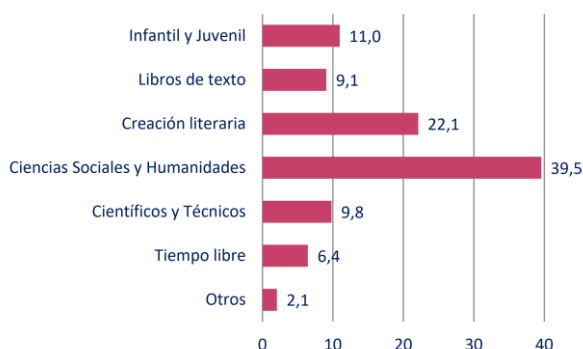
En líneas generales, la apariencia es de un sector que se mantiene sin avances. Otro dato curioso es que el libro de papel mantiene su pujanza frente a los libros en otros soportes. La revolución que iba a constituir el libro electrónico no aparece. Ni aquí ni en ningún otro ámbito geográfico. Debe de ser que nos gusta el papel.

Dentro de este conjunto, nos podemos preguntar qué representa el libro científico-técnico. Las mismas fuentes anteriores proporcionan la respuesta: casi el 10 % de los libros publicados en España están dentro de este sector. Podría parecer un dato corto, pero no lo es, sobre todo si tenemos en cuenta que la



creación literaria constituye el 22 %, donde está incluido el nefasto fenómeno de la autopublicación, que arroja sobre el mercado títulos y títulos sin control ni filtro alguno.

En definitiva, el libro científico y técnico tiene una gran importancia cuantitativa dentro del sector editorial y de ello vamos a hablar con Andrés Otero, una persona que conoce ese mundo, puesto que trabaja en él desde hace mucho tiempo.



Tomado de [Nota resumen del Ministerio de Cultura](#).

Andrés es licenciado en Ciencias Biológicas en la especialidad de Bioquímica y Biología Molecular por la Universidad Autónoma de Madrid, pero nos confiesa: “He acabado (mejor sería decir que comencé y sigo) en el mundo editorial pues en aquellos años no había muchas oportunidades laborales en ese sector. Toda mi carrera profesional se ha desarrollado en el ámbito de las editoriales internacionales y dentro de ellas en el área universitaria”. En 1991, inició su carrera en el sector editorial en McGraw-Hill. En 1995, pasó a Prentice Hall como editor hasta que, en el año 2000, Pearson Educación adquirió Prentice Hall y pasó a formar parte de esta compañía como gerente editorial. En 2001, inicia una nueva fase como director editorial y de producción de Ediciones Paraninfo para desarrollar su área universitaria.

En 2009, tras nuevos movimientos empresariales, como la compra por Cengage Learning y la venta de la parte española a Ediciones Nobel,

pone en marcha, junto a una compañera, Editorial Garceta, centrada en la publicación de libros universitarios y profesionales.

Está claro que a Andrés Otero no le asustan los retos. El sector está difícil, según se desprende de sus propias palabras: “Los datos generales del sector editorial indican una recuperación en los últimos años, con una facturación de 3 037 millones de euros en 2024, un 6,3 % de crecimiento respecto de 2023 y superación de los niveles previos a 2008, según datos de la FGEE [Federación de Gremios de Editores de España]. Sin embargo, las ventas de libros técnico-científicos han caído entre el 12 y el 15 % en volumen desde 2020, aunque la facturación se mantiene gracias a subidas de precios (el precio medio era de 31,2 euros en 2019 y ha subido a unos 35 euros en 2024) debido a la inflación.

En lo que respecta a las editoriales, esto se traduce a que el sector editorial técnico ha perdido sobre un 20 % de su diversidad editorial desde 2019. Se estima que entre los años 2020 y 2025, en España al menos han desaparecido (o han sido absorbidas por fusiones), entre 10 y 15 editoriales especializadas, según extrapolaciones de la FGEE. Asimismo, la FGEE reporta que las editoriales independientes técnicas (menos del 10 % del total) son las más vulnerables, con un 15 % de cierres netos en pymes del sector entre 2020-2024.

En lo que hace referencia a las librerías técnicas, por ejemplo, ha cerrado sobre un 30 % de las situadas en campus universitarios, desde 2020, lo que afecta a la distribución editorial”.

El contexto editorial en el subsector no era muy halagüeño cuando se creó Editorial Garceta...

En el año 2009, decidimos poner en marcha Editorial Garceta, ante el panorama al que estábamos asistiendo. Las grandes editoriales



estaban saliendo del mercado universitario español. McGraw-Hill había cerrado su departamento universitario en 2007 y Cengage Learning lo hizo en 2009 y Pearson Educación en 2010. La idea surgió al detectar una oportunidad de negocio ante el abandono de las grandes editoriales internacionales del mercado universitario y profesional español. Se había creado un vacío, así que decidimos emprender esta... ¿aventura?

¿No resulta inquietante esa huida de las grandes editoriales?

No es verdad que las editoriales multinacionales se fueran porque sí. Se estaba viendo un descenso progresivo de las ventas del libro universitario. Luego, los costes de las estructuras editoriales que había en esas empresas eran altísimos porque había una cantidad de personal inmenso. Y entraban las nuevas tecnologías, cada vez con más fuerza. No estaban preparadas, había que invertir en ellas... ¿Entonces? Bueno, pues aprovechando todas estas circunstancias, emprendimos esta aventura.

¿Sabes si el panorama internacional era semejante al español o el nuestro era un caso específico y fue eso lo que provocó la huida de las grandes multinacionales?

En el resto de los países de Latinoamérica, que es de donde más información tengo, todo iba más o menos por la misma línea; de hecho, en la actualidad, tanto McGraw-Hill como Cengage Learning y Pearson Educación tienen cerradas sus áreas universitarias en todos los países de Latinoamérica, aunque me he enterado hace poco de que Cengage estaba pensando abrir —o que acababa de hacerlo— una pequeña oficina en México, dedicada a la parte universitaria. Realmente, están todos fuera del mercado universitario.

Además de lo que comentabas antes, ¿hubo algún factor que determinase esta situación?

Haber, hay... Hay una serie de factores que han hecho que el panorama que tenemos las editoriales científico-técnicas sea complicado.

En primer lugar, ha habido una digitalización acelerada de los contenidos, lo que permite un acceso masivo, ilícito o no, a los mismos. Han aparecido recursos gratuitos en línea, lo que va en detrimento de nuestro trabajo nuestro. La pandemia supuso una aceleración extraordinariamente rápida de la implantación de cursos online y de uso de materiales digitales. Las editoriales intentan adaptarse a nuevas formas de comercializar los contenidos, lo cual es otra complicación. Entonces, se produce una transición hacia formatos digitales e híbridos, pero luego, no tienen una demanda importante y no generan beneficios suficientes dado que la inversión necesaria es muy alta.

En segundo lugar, las editoriales de libros técnicos universitarios tenemos un problema de presión muy grande por la obsolescencia rápida de contenidos. Cada pocos años tienes que hacer nuevas ediciones porque si no, el libro queda desactualizado y ya no sirve como soporte de los cursos.

Otro problema que hemos visto desde hace mucho tiempo: cuando se empezaron a adquirir plataformas digitales por parte de las universidades se pedía a los profesores que las dotaran de contenido. Los profesores subían todos los materiales de sus cursos a ella, contenidos teóricos, diapositivas, ejercicios, prácticas... Lo subían todo. Entonces no se necesitan ya libros. Aquí está todo lo que se imparte a los estudiantes...

Una situación difícil, ¿no? En este contexto, ¿cómo se te ocurre persistir en el tema creando una editorial específica de este ámbito precisamente?





Claro, es complicado. No sé cómo llamarlo... Es una especie de “selección natural”, es decir, si eres capaz de ir buscando esos nichos de mercado donde todavía los libros se tienen en cuenta, donde se trabaja con ellos... Pero claro, hay muchas editoriales que se quedan por el camino. Algunas, pues vamos encontrando la forma de convivir con todo esto y de continuar por nuestro camino. Y por eso sobrevivimos.

Además, supongo que el principio de la editorial tuvo que ser complejo, ¿no? Porque no solo el panorama era un tanto hostil, sino que, además, había que generar contenidos desde cero para poder tener una oferta suficiente.

No fue demasiado problemático para nosotros porque, tanto yo como mi socia, con la que montamos la editorial, llevábamos desde los años noventa del siglo pasado en el mundo universitario. Teníamos gran cantidad de contactos, quizá porque habíamos desarrollado nuestra labor de una manera adecuada. Muchos autores se querían venir con nosotros y, en ese aspecto, nos costó menos de lo previsto ponerla en marcha.

No obstante, los dos o tres primeros años fueron los más complicados, hasta que ya tuvimos un cierto catálogo y empezamos a darnos más a conocer. Y salimos adelante.



[www.garceta.es](http://www.garceta.es)

Y ahora Garceta está en una situación cómoda. ¿Cómo van los números (si se puede decir, claro)?

La parte financiera la lleva la compañera, pero te puedo dar una idea aproximada. El año que viene serán 18 años... Hemos perdido unos años, íbamos bastante mejor cuando llegó la pandemia y sufrimos bastante, como todos. Después, hemos vuelto a empezar a remontar otra vez despacio, más despacio que antes. Sí que es verdad que no hemos dado pérdidas ningún año de los dieciocho que llevamos. Todos los años siempre hemos dado beneficios.

Este sector editorial no es un sector donde se generen grandes beneficios ni donde se obtengan grandes ingresos. Es un sector que va poco a poco... Yo creo que sabiendo hacer las cosas, subes un poquito cada año, que es de lo que se trata. Sobre todo, porque los factores que comentábamos antes lastran cada vez más el mundo del libro de una forma o de otra. Es, sin duda, un sector muy vocacional.

Y ahora llega la inteligencia artificial...

La aparición de la IA es un factor limitante. Ahora la IA es lo que está en boga; cualquier estudiante le pregunta lo que quiera y parece que sobra el profesor, así que los libros, ni te cuento.

Los profesores, sobre todo, lo sufren mucho. Me cuentan que emplean una buena parte de la clase para intentar convencer a los alumnos de que lo que les ha dicho la IA sobre este o aquel tema no es correcto. Sí, va por ahí, pero no es correcto. Así que pierden mucho tiempo con estas explicaciones.

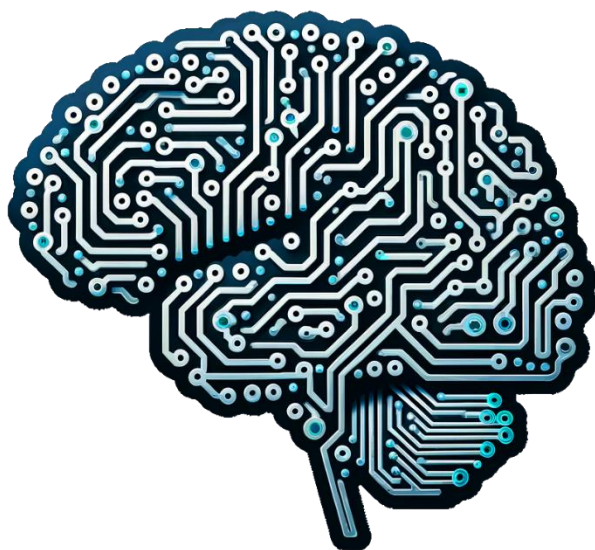
La IA que todo el mundo conoce y con la que interacciona no es más que un agregador de contenidos sofisticado. Busca y hace un refrito a partir de lo que en Google y Wikipedia. Poco más. Generan un resultado con la misma fiabilidad que tiene todo lo que aparece en Internet.



Efectivamente, todo hay que ponerlo entre comillas porque no sabes muy bien de dónde sale esa información ni si se puede aplicar perfectamente a lo que estás estudiando en ese momento.

Nosotros creemos que el libro es una herramienta mucho más potente porque tiene unos contenidos bien estructurados, actualizados y revisados. Eso hace que el libro tenga una calidad muy alta, algo de lo que carecen los contenidos de la IA.

Además, creo que, en algún momento, las universidades deben dar una vuelta al uso de las plataformas de que disponen. Encuentras que se sube gran cantidad de material, pero es un material que no está revisado ni consensuado con nadie, así que no se sabe qué grado de fiabilidad tiene.



Todo autor de un libro técnico sabe que cuando se pone manos la obra y va a presentar el resultado a una editorial prestigiosa, tiene que revisarlo concienzudamente. Cuando la editorial lo recibe, lo pone en manos de sus correctores, que le dan un buen repaso al libro y encuentran erratas. Posteriormente, los editores damos otro repaso al libro y encontramos también “cosas”. ¡Y el libro no está cerrado al cien por cien! Al cabo de unos

meses, has encontrado todavía dos erratas aquí o allá.

Frente a todas estas revisiones, lo que se hace en las plataformas es subir todo directamente. Entonces, ¿qué grado de fiabilidad tiene eso?

Menos aún en la parte técnica, que es la más compleja porque lleva más matemática, más ingeniería, todo es más complicado... Quizá en áreas de humanidades o de ciencias sociales no sea tan crítico, pero en áreas científicas y técnicas es muy muy importante.

Con todo esto, puedes pensar que la situación no es buena, pero nosotros estamos intentando dar valor al libro, explicar el alto valor añadido que tiene un libro independientemente del formato. Cada vez que publicamos un libro lo damos a conocer lo mejor posible e intentamos hablar del alto valor añadido que supone para los estudiantes disponer de un libro en comparación con otro tipo de materiales como los que hay *online*, tanto si vienen de la IA como de otras fuentes.

¿El problema es no disponer de una referencia más o menos universal?

No, tampoco tiene por qué ser universal. Pero sí que sería bueno que hubiese muchos profesionales que la hayan admitido como referencia. Eso da validez a cualquier información. Si no, tiene la misma validez que la de un bulo. No se puede decir nada sobre ella y hay que ponerla en duda siempre.

Un dato que, en mi opinión, debería hacer meditar a los responsables educativos es lo que se observa en las guías académicas de las asignaturas, sobre todo en las carreras técnicas. Es muy habitual encontrar como libro recomendado para seguir la asignatura obras del siglo pasado que, además, ya están descatalogados y cuya adquisición es ya imposible. No están siquiera disponibles ni en librerías ni en bibliotecas. Esto nos habla de la



falta de rigor en la revisión de las bibliografías que se ofrecen a los estudiantes y, desde luego, de la falta de autores y editores, que siempre han sido uno de los pilares de la educación de nuestros estudiantes.

Otro hecho sorprendente es que las bibliotecas universitarias se están transformando en salas de estudio sin libros. De hecho, la adquisición de libros en papel e incluso la consulta en formato digital ha decrecido mucho y se han convertido en salas para el trabajo en grupo.



“Bolonia” y los trabajos... Individuales, en grupo... Los estudiantes tienen que hacer tantos trabajos que no tienen tiempo para estudiar.

Desde la perspectiva editorial, el plan Bolonia aparecía como un revulsivo a la disminución de las ventas de libros técnicos y científicos, pues uno de los principios que establecía era que el estudiante debía llegar a clase con el material leído por adelantado para poder contribuir a los debates en el aula. Esto, *a priori*, iba a suponer que debían estudiar el tema o, al menos, llevar

leídos los apuntes del profesor. Pero, salvo excepciones, esto no es así y se sigue aplicando la misma metodología previa al plan Bolonia de impartición de clase magistral, lo que ha supuesto un fiasco para el sector editorial, pues no se han cumplido las perspectivas que se tenían en esta reforma.

Y la proliferación de grados con todas las particularizaciones habidas y por haber...

Una de los aspectos que han caracterizado y siguen caracterizando los planes de estudio de la universidad española son sus continuos cambios, modificaciones y adaptaciones, lo cual, unido a la proliferación de grados universitarios y a la falta de homogeneidad en los planes de estudio de estos entre diferentes universidades, provoca desigualdades de nivel técnico y de contenidos y, por ende, dificulta poder crear libros que tengan implantación en varias universidades. Esto también propicia que se escuchen opiniones de empresas que solicitan titulados con determinados conocimientos que son necesarios para su desempeño profesional y de los que carecen al acabar sus estudios.

Para complicar más la situación, han aparecido multitud de universidades privadas, que ofrecen cursos homologados a los de las universidades públicas, pero cuyos contenidos son muy diferentes y, a menudo, de menor nivel técnico y con un aprendizaje basado casi exclusivamente en la práctica. Un hecho llamativo es que, en muchas de estas universidades, no hay información pública de quiénes son los profesores que imparten las materias ni de qué titulación y méritos presentan para ello.

¿Qué otros problemas encontráis los editores de libros técnicos?

Uno de los problemas es la falta de autores. Cuesta muchísimo encontrar autores. Creo que eso tiene que ver mucho con las agencias de





habilitación del profesorado universitario que han dejado de valorar toda la parte de la docencia y se centran en la investigación, que es lo que importa para su carrera profesional. Entonces, si los libros han bajado en ventas y el autor no tiene una remuneración adecuada al esfuerzo que hace y, por otra parte, no le cuenta para su carrera profesional, es muy complicado encontrar autores que quieran dedicar una parte de su tiempo para desarrollar libros de texto que puedan ser importantes para los estudiantes universitarios.

A esto hay que añadir un hecho destacado, la llegada de nuevas generaciones de profesores a las universidades que no han estudiado con libros, por lo que no tienen la experiencia del libro como fuente de contenido para el estudiante.

### ¿Tiene futuro el sector?

Lo que se deduce de todo lo anterior es que el sector está en un momento difícil, donde hay que buscar formas nuevas de motivar al estudiante —y creemos que sobre todo al profesor— y convencer del alto valor añadido que tiene disponer del libro (independientemente de su formato) para la formación y posterior desempeño profesional del estudiante. Los profesores que trabajan sobre libros de texto reportan que sus estudiantes salen mejor formados en esas materias y a estos les resulta más sencillo adquirir los conocimientos tanto teóricos como prácticos necesarios. Un dato a destacar es que en áreas donde se publican más libros técnicos tienden a ser áreas donde el libro se vuelve a reintroducir para el estudio de las materias y se consigue aumentar las ventas y encontrar también nuevos autores. Te voy a dar un dato concreto: tenemos publicado un libro de microeconomía del Premio Rey de España de Economía y catedrático de la Brown University que solo vende el 0,1 % del mercado potencial (área donde no tenemos demasiados libros publicados); mientras que un libro de Ingeniería

Aeroespacial vende alrededor del 20 % del mercado potencial (área donde tenemos un catálogo extenso de libros).

Además, está demostrado que un libro es la forma más sencilla y rápida de encontrar contenidos técnicos fiables y de calidad, pues no siempre los resultados de la IA los proporcionan de forma eficiente.

Asimismo, somos conscientes de que hay que buscar nichos de estudios donde el libro tenga un valor añadido mayor y las formas alternativas de comercialización que sean necesarias, pues de ello dependerá poder seguir creciendo y asegurar la continuidad de este sector.

### El libro, ¿en papel?

Ahora todo es formato digital y se habla mucho del formato digital a todos los niveles, pero a nosotros, curiosamente, nadie nos pide los formatos digitales. Tenemos nuestros libros disponibles en formato papel y, si alguien nos lo pide, se los podemos ofrecer en formato digital, pero aquí, en España solo piden formato digital algunas bibliotecas universitarias. Ese es el único sitio donde sí que te piden el formato digital.

### En este contexto, ¿qué planes tiene la editorial Garceta para el futuro?

Nuestro objetivo como editorial técnica de ámbito universitario y profesional es convertirnos en la editorial científico-técnica de referencia de libros en habla hispana. Es un objetivo muy ambicioso, pero creemos que se puede lograr con dedicación y esfuerzo. De hecho, ya lo hemos conseguido en parte en España en algunas áreas como las de ingeniería civil, eléctrica, aeronáutica, mecánica, en la ciencia de datos, etc., donde somos un referente.



Para ello, contamos con un amplio conjunto de autores de primer nivel y gran prestigio en la universidad española y con herramientas para difundir estos libros en todo el mercado de habla hispana.

Nuestra idea es que la editorial se convierta en un repositorio de libros técnicos para que estudiantes y profesionales encuentren todos los contenidos que necesiten para su formación y para el desarrollo de sus labores profesionales, a semejanza de los repositorios que existen de *papers* académicos de investigación.

¿Y los objetivos de Andrés Otero? Supongo que ligados a Editorial Garceta, ¿no?

Por mi parte, como socio fundador de Editorial Garceta, mi propósito es conseguir que la empresa que ayudé a crear siga creciendo con un doble objetivo: seguir aumentando el número de autores de primer nivel que se incorporen a nuestro proyecto y que nuestro fondo editorial pueda extenderse lo más posible, también en el continente americano, para que siga convirtiéndose en un catálogo de referencia en español y dejar como legado una empresa editorial global en Hispanoamérica que ayude a la formación de las futuras generaciones de estudiantes y profesionales.

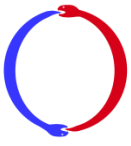
Que así sea, Andrés. Muchas gracias por el tiempo que le has dedicado a los lectores de *Oceanum*.



Fatima Bouziane

فاطمة بوزيان





Encarnación Sánchez Arenas

قاصة من شمال المغرب  
من مواليد مدينة الناظور  
بدأت الكتابة القصصية مع بداية التسعينيات  
نشرت نصوصها القصصية في الجرائد والمجلات والملاحق الثقافية المغربية والعربية /الاتحاد الاشتراكي  
، العلم، المنظمة ، القدس ، الزمن، ألواح، أفق ، نزوى،،  
نشرت مجموعتها القصصية الأولى سنة 2001 بعنوان همس النوايا ومجموعة ثانية بعنوان "هذه ليلتي"  
(2008)

- شاركت في انطولوجيا القصة القصيرة الصادرة عن وزارة الثقافة سنة 2005

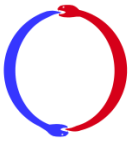
- عضو في اتحاد كتاب المغرب
- عضو مؤسس لنادي القصة القصيرة بالمغرب
- عضو في نادي الكتابة والإبداع بالحسيمة
- شاركت في عدة ملتقيات للقصة القصيرة وفي ملتقيات مثل ملتقى المرأة والكتابة بأسفي
- حاصلة على عدة جوائز تقديرية

Narradora del norte de Marruecos, nacida en la ciudad de Nador. Comenzó a escribir relatos a principios de los años noventa y ha publicado sus textos en numerosos periódicos, revistas y suplementos culturales marroquíes y árabes, entre ellos: *Al Ittihad Al Ishtiraki*, *Al Alam*, *Al Mounadama*, *Al Quds*, *Al Zaman*, *Alwah*, *Ofoq* y *Nizwa*...

Publicó su primera colección de relatos en el año 2001, titulada **"El susurro de las intenciones"**, seguida de su segunda colección, **"Esta es mi noche"**, en 2008. También ha participado en la *Antología del relato corto* publicada por el Ministerio de Cultura de Marruecos en 2005.

- Miembro de la Unión de Escritores de Marruecos.
- Miembro fundadora del Club de Relatos Cortos en Marruecos.
- Miembro del Club de Escritura y Creatividad de Alhucemas.

Ha participado en varios encuentros dedicados al relato corto, así como en encuentros literarios, como el "Encuentro de la Mujer y la Escritura en Safi". Ha recibido numerosos premios de reconocimiento por su trayectoria narrativa y sus contribuciones literarias.



## بَرْدٌ

شَعَرْتُ بِقَشَعْرِيرَةٍ تَخْتَنِقُ لِعُبُورِهَا الْمَسَامَ.. النَّوَافِدُ مَغْلَقَةٌ، الْأَبْوَابُ كَذَلِكَ،  
وَالضِّيَاءُ الطَّافِحُ عَلَى الزُّجَاجِ يُوحِي أَنَّ الشَّمْسَ كَانَتْ هُنَاكَ فِي الْأُفُقِ  
مُشْرِعَةً كَمَا يَلِيقُ بِالرَّبِّيعِ.  
الْجَسَدُ مُحَنَّطٌ تَقْرِيبًا بِمَلَابِسٍ ثَقِيلَةٍ، وَمُذِيعَةُ النَّشْرَةِ الْجَوِّيَّةِ تُعْلِنُ أَنَّهَا سَحَبٌ  
خَفِيفَةٌ وَعَابِرَةٌ...

أَحَاطَتْ نَفْسَهَا بِشَالٍ صُوفِيٍّ، ظَلَّتِ الْقَشَعْرِيرَةُ ذَاتُهَا تَسْكُنُ الْمَسَامَ!!  
أَطَلَّتْ عَلَى أَعْمَاقِهَا، أَبْوَابُ الْقَلْبِ مَفْتُوحَةٌ، وَالرَّجُلُ الَّذِي خَرَجَ مِنْهَا يَدُقُّ  
أَبْوَابَ قَلْبٍ آخَرَ.

## Frío

Sintió un escalofrío atravesar sus poros. Las ventanas estaban cerradas, las puertas también, y la luz que se derramaba sobre el cristal sugería que el sol estaba allí, en el horizonte, brillando como corresponde a la primavera.

El cuerpo estaba casi momificado envuelto en ropa pesada y la meteoróloga anunciaba nubes ligeras y pasajeras...

Se envolvió en un chal de lana, pero el mismo escalofrío seguía habitando sus poros.

Se asomó a sus profundidades: las puertas del corazón estaban abiertas y el hombre que había salido de ellas tocaba las puertas de otro corazón.



Víctor Hugo Pérez Gallo

## “Frío”: Una poética del vacío

### Crítica literaria a la narrativa breve de Fatima Bouziane



Bajo el cierzo de Zaragoza, entre la sensibilidad magrebí y la tersura de una prosa que bordea lo poético, Fatima Bouziane presenta en el cuento “Frío”, una breve pero intensa incursión en la narrativa simbólica contemporánea. A pesar de su brevedad, el relato condensa un universo entero de significaciones existenciales, emocionales y culturales.

#### 1. Introducción: frío en la intimidad de lo no dicho

En apenas unas líneas, el cuento “Frío” de Fatima Bouziane condensa una experiencia emocional radical: la sensación de vacío corporal y existencial que deja el abandono afectivo. Como una estampa de realismo lírico, el texto despliega una atmósfera mínima, casi fantasmal, desde donde el cuerpo femenino se

erige como frontera entre lo íntimo y lo simbólico.

Fatima Bouziane, escritora de ascendencia magrebí, logra en este microrrelato una poética que oscila entre la corporeidad y la evocación espiritual. Su trabajo se inscribe en una tradición literaria que bebe tanto de lo introspectivo como de lo poscolonial, lo femenino y lo simbólico. Si bien el cuento puede leerse como una breve meditación sobre el desamor, su alcance va más allá, resonando con los modos en que el cuerpo de la mujer se convierte en espacio de inscripción de lo emocional y lo social.

Lo que a primera vista parece un fragmento de diario íntimo —una mujer abrigada, que experimenta un escalofrío pese al sol primaveral— se convierte en una alegoría sutil sobre la pérdida, el apego, la apertura emocional y las dinámicas de entrega y vacío. Su potencia reside precisamente en su contención.





## 2. Análisis literario: un cuento en clave mínima

El texto de Bouziane es un microrrelato de cinco breves párrafos que trabaja a través de una estructura en espiral. Cada párrafo retoma el motivo del frío como signo de una carencia interior. No hay diálogo, no hay personajes con nombre ni historia explícita: todo se reduce al cuerpo y a su entorno inmediato.

La sintaxis es sencilla, pero está cargada de imágenes sensoriales. La autora evita cualquier grandilocuencia emocional y se apoya en la sugerencia. Observamos:

- **Primera oración:** “Sintió un escalofrío atravesar sus poros” ya nos sitúa en la interioridad corporal.
- **Juego entre clima y emoción:** la contradicción entre el calor exterior (primavera, sol) y la sensación de frío remite al desajuste entre el mundo físico y el mundo afectivo.

La escritura recuerda en su economía estilística a los textos de Raymond Carver o incluso a los cuentos de Clarice Lispector en su fase más contenida, como en “Felicidad clandestina”. Pero, mientras Carver escribe desde el desgarramiento norteamericano masculino, Bouziane escribe desde un registro íntimo femenino del Magreb, donde el cuerpo actúa como semiótica viviente.

## 3. Lectura simbólica y fenomenológica. El frío como signo

El título ya condensa el núcleo metafórico del texto. El frío no se refiere al clima, sino al vacío afectivo. Fenomenológicamente, el frío aparece como una percepción intersubjetiva del mundo que se filtra por los poros. No es solo una

ausencia de calor físico, sino una atmósfera que invade la percepción.

En las tradiciones del Magreb, como también en muchas culturas orientales, el frío tiene connotaciones espirituales: puede significar alejamiento del otro, pérdida de sentido vital, incluso presencia espectral. En “Frío”, este fenómeno se asocia con:

- La clausura: ventanas cerradas, puertas cerradas.
- El cuerpo paralizado, abrigado hasta la momificación.
- El contraste con el mundo natural que sigue su curso.

### El cuerpo como frontera simbólica

El cuerpo de la protagonista está recubierto de prendas, pero eso no impide que el escalofrío “habite” sus poros. Esta metáfora articula un principio profundamente fenomenológico: el cuerpo no es un contenedor cerrado, sino una membrana permeable entre el yo y el mundo. Maurice Merleau-Ponty (1945/2012) ya indicaba que la percepción corporal es el lugar de inscripción del mundo vivido. En Bouziane, el cuerpo registra un abandono afectivo que ni el tiempo, ni el abrigo, ni la lógica pueden neutralizar.

El último párrafo introduce una apertura metafórica potente: “Las puertas del corazón estaban abiertas y el hombre que había salido de ellas tocaba las puertas de otro corazón”. Aquí se representa el tránsito del amor como un desplazamiento físico: el cuerpo del otro no está, pero su movimiento sigue resonando.

Este pasaje finaliza el cuento con una nota de resignación digna. La protagonista no detiene el curso del amor ajeno, pero tampoco se muestra derrotada. Es una herida abierta, pero sin escándalo. El silencio tiene aquí una dimensión ética.



### **Katherine Mansfield y el temblor de lo íntimo. Su relación con Bouziane**

La neozelandesa Katherine Mansfield, en cuentos como “The Garden Party” o “Miss Brill”, también construye mundos interiores desde una observación mínima. Como Bouziane, Mansfield trabajaba con los detalles sensoriales para dejar entrever tragedias emocionales. Miss Brill, por ejemplo, también experimenta el frío al final del cuento, al descubrir su insignificancia. La diferencia es que Mansfield lo asocia con una epifanía existencial, mientras que Bouziane lo conecta con un tránsito amoroso.

### **Marguerite Duras y la economía del deseo**

En obras como *Moderato Cantabile*, Duras elabora atmósferas enrarecidas donde el deseo es aludido, pero no dicho. El cuerpo femenino aparece como una figura atravesada por la espera, el deseo no consumado y el silencio. En Bouziane hay una resonancia durasiana: la mujer calla, siente, experimenta, pero no habla. El silencio aquí no es opresión, sino intensidad condensada.

### **Clarice Lispector: lo inefable del cuerpo**

Lispector, en cuentos como *Amor* o *La imitación de la rosa*, también emplea metáforas corporales para hablar del afecto. El cuerpo es sitio de transformación, y el lenguaje apenas roza lo que sucede. Bouziane no alcanza la rareza metafísica de Lispector, pero comparte su orientación: narrar desde el temblor, no desde el concepto.

### **Raymond Carver y la soledad sin épica**

En textos como “Catedral”, Carver despliega una poética de la pérdida sin adornos. Bouziane, aunque más lírica, se hermana con Carver en la contención emocional. Ambos

escriben sobre momentos en que el cuerpo y la emoción no encajan con el entorno, y lo hacen sin moralismos ni explicaciones.

## **5. Consideraciones poscoloniales y de género**

### **Una escritura del umbral**

El cuento de Bouziane se puede leer también como una escritura de frontera: entre lo magrebí y lo occidental, entre lo femenino y lo universal. La autora no explicita su origen cultural, pero su apellido y estilo remiten a una sensibilidad poscolonial.

El uso del francés o del español por escritoras del Magreb ha sido muchas veces un acto de transgresión simbólica: narrar desde el idioma del colonizador, pero con una sensibilidad ajena a su lógica racionalista. En este sentido, “Frío” se ubica en esa zona de interlengua donde la experiencia emocional femenina aparece despojada de referencias culturales explícitas, pero cargada de resonancias colectivas.

### **El cuerpo femenino como inscripción política**

Aunque no hay violencia directa, ni opresión explícita, el cuento puede leerse en clave feminista. La mujer aparece sola, enfrentada al vacío de una ausencia masculina. No llora, no suplica, no se entrega al lamento. Se limita a sentir. Esa dignidad del sentir es una forma de resistencia. No hay dramatismo, sino introspección.

Desde las teorías del afecto, podríamos decir que el frío actúa como una afectividad residual que queda en el cuerpo tras la pérdida de una relación. Es un afecto que no tiene forma clara, pero que condiciona toda la percepción del entorno. La autora lo representa con un lenguaje limpio, contenido, casi ritual.



## 6. Conclusión: la herida íntima como forma estética

“Frío” es un cuento breve, pero de alta intensidad simbólica. Su poder reside en la contención, en la forma en que lo mínimo se vuelve signo de una gran pérdida. No hay lágrimas, ni conflicto externo, ni nombres, ni historia visible. Todo ocurre en un cuarto cerrado, en un cuerpo que tiembla, en un corazón que ha sido atravesado.

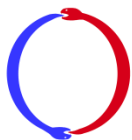
Fatima Bouziane construye con este relato una poética del vacío, del abandono sin reproche, de la memoria afectiva que persiste como un escalofrío en la piel. La comparación con autoras occidentales sirve para ubicarla dentro de una tradición universal de la introspección y el dolor íntimo, pero su sensibilidad magrebí y su escritura depurada le confieren una voz propia.

En tiempos donde la narrativa muchas veces se rinde al exceso de trama, a la espectacularización del trauma o al morbo emocional, el estilo de Bouziane apuesta por el silencio, la brevedad, la imagen justa. En ese gesto, profundamente ético y estético, el texto se convierte en una joya mínima: una herida que no sangra, pero que late en cada palabra.





Ensayo del poema  
“Entre el ayer y el hoy”



Abdo Tounsi



### Entre el ayer y el hoy: la memoria eterna de palestina

Un viaje poético a través de la memoria, la identidad y la permanencia del pueblo palestino, donde el pasado y el presente se entrelazan como las raíces de un olivo milenario de esta tierra.

Su palabra clave en árabe **“Somoud”** marca la resistencia de todo un pueblo.

### Los narradores de la memoria

Entre las sombras del tiempo que pasa inexorable, permanece inmutable la voz de un pueblo que no olvida. Sus labios, curtidos por el sol y la nostalgia, siguen contando las historias de sus héroes.

**“Tenían y aún tienen memoria que narra las historias de sus héroes”.**

La memoria colectiva palestina, ese tesoro transmitido de generación en generación, resiste como testimonio vivo de una identidad que se niega a desvanecerse en las brumas del olvido.

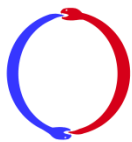


### La mirada que perdura

La esperanza reside en esas miradas que, a pesar del dolor, continúan brillando con la promesa de un futuro más luminoso para las nuevas generaciones.

**“Tenían y aún tienen ojos que brillan al ver las sonrisas de sus hijos”.**

Sus ojos, ventanas del alma palestina, continúan brillando con la misma intensidad cuando contemplan las sonrisas de sus pequeños, a pesar de las sombras que intentan eclipsar su luz.



## El orgullo inquebrantable

Sus frentes, altivas como los montes de Galilea, continúan señalando hacia el cielo con un orgullo que ni el más cruel de los vientos ha podido doblegar. Es el orgullo de quienes saben que su existencia misma es un acto de resistencia.

**“Han tenido, y aún tienen, frentes señalando orgullo”.**

Este orgullo, lejos de ser vanidad, es la dignidad de un pueblo que ha aprendido a caminar erguido incluso cuando el suelo bajo sus pies tiembla con la amenaza constante del desarraigo.



## La unión familiar

Los vínculos familiares actúan como red de protección emocional, preservando la identidad colectiva incluso en la diáspora. Estos lazos trascienden fronteras geográficas y políticas.

**“Tenían y siguen teniendo sentimientos que unen a sus familias”.**

En el silencio de la noche, sus oídos siguen percibiendo la melodía más hermosa: el latido constante y esperanzador de los corazones de quienes aman, una sinfonía que ninguna adversidad ha podido acallar.



## La palabra como resistencia “somoud”

Entre el ayer y el hoy, la palabra palestina sigue siendo cincel que esculpe su verdad en la roca dura de la historia. Cada poema, cada relato, cada canción es un acto de afirmación existencial.

**“Tuvieron y aún tienen palabras escritas con determinación”.**

La literatura palestina, ese río caudaloso que fluye desde tiempos inmemoriales, sigue nutriendo las raíces de un árbol cuyas ramas se extienden hacia un cielo que, a pesar de todo, permanece azul en sus sueños.



## Olivo: símbolo de permanencia

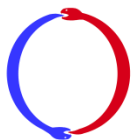
El olivo palestino, testigo silencioso de la historia, sigue dando frutos a pesar de las tormentas, recordándonos que la vida persiste incluso en las condiciones más adversas. Cada gota de aceite es testimonio de una cultura que se niega a ser borrada, que encuentra en sus tradiciones milenarias la fuerza para continuar su camino hacia un horizonte de justicia y reconocimiento.

**“Tuvieron y aún tienen almazaras que exprimen sus aceitunas”.**

Las almazaras exprimen del fruto ese aceite que es más que un alimento: es símbolo, es historia, es conexión con una tierra que lleva en sus entrañas las raíces de miles de olivos y de historia árabe de ancestrales palestinos.







## Los aromas de la memoria

En cada cocina, en cada hogar que aún resiste, flotan los aromas inconfundibles de las recetas ancestrales. El pan recién horneado, las especias que danzan en el aire, el aceite de oliva que brilla como oro líquido... Aromas que son anclas a una tierra que permanece en el corazón incluso cuando los pies no pueden pisarla.

**“Han tenido, y aún tienen, los aromas de las comidas de sus madres”.**

Cada plato preparado con las manos de una madre palestina es un acto de preservación cultural, una forma de resistencia que alimenta no solo el cuerpo, sino también el alma y la memoria colectiva.



## El poema de la existencia



El ayer: un poema que resuena en la memoria colectiva como el latido constante de un corazón que se niega a detenerse. **“Tenían y aún tienen un poema que habla de su estatus”.**

La transición: a través de décadas de resistencia y nostalgia, el nombre persiste, inalterable, en los labios de quienes lo pronuncian como una oración, como un conjuro contra el olvido. **“Se llamaba Palestina, y sigue llamándose Palestina”.**

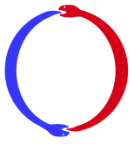
El hoy, una metamorfosis sublime: la tierra y el pueblo se funden en una simbiosis perfecta. Ya no es sólo que Palestina sea su patria; ahora, en este presente de dignidad reclamada, **“... ellos son la patria de Palestina”.**

## Hogar eterno

**“Palestina era su hogar, y hoy ellos son el hogar de Palestina”.**

- La transformación profunda: de habitar un territorio a convertirse en guardianes de su memoria y esencia.
- Las personas se transforman en el territorio vivo, en depositarios de la cultura y la identidad que persiste más allá de fronteras físicas.
- Las historias transmitidas de generación en generación tejen el tejido de la identidad palestina, manteniendo viva la conexión con su tierra y su cultura.



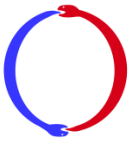


## La eternidad de un pueblo

Entre el ayer y el hoy, el pueblo palestino ha demostrado que su existencia trasciende fronteras físicas y temporales. Su identidad, como el agua que encuentra siempre su camino entre las rocas, fluye a través de generaciones, nutriendo la esperanza de un mañana donde la justicia y la paz no sean solo palabras escritas en tratados olvidados.

**“Palestina era su patria, hoy ellos son la patria de Palestina”.**

En esta verdad poética reside la esencia de una resistencia que no se mide en armas ni en tratados, sino en la persistencia de una memoria colectiva que se niega a ser ignorada del libro de la historia.



## بَيْنَ الْأَمْسِ وَالْيَوْمِ

بَيْنَ الْأَمْسِ وَالْيَوْمِ..

كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ ذَاكِرَةٌ تَحْكِي قِصَصَ أَبْطَالِهِمْ  
كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ عُيُونٌ تَلْمَعُ بِرُؤْيَايَ بِسْمَاتِ أَطْفَالِهِمْ  
كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ مَسَامِعُ تُصْغِي لِدَقَّاتِ قُلُوبِ أَحِبَّيْتِهِمْ  
بَيْنَ الْأَمْسِ وَالْيَوْمِ..

كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ صَفَحَاتُ تَسْرُدُ تَارِيخَ أُمَّتِهِمْ  
كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ جِبَانًا تَعْلُو عِزَّتَهُمْ  
كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ رَوَائِحُ طَهْيِ أُمَّهَاتِهِمْ  
بَيْنَ الْأَمْسِ وَالْيَوْمِ..

كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ كَلِمَاتُ تُكْتَبُ بِعِزَائِهِمْ  
كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ أَحَاسِيْسُ تَجْمَعُ عَوَائِلِهِمْ  
كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ مَعَاصِرُ تَعَصُرُ زَيْتُونِيهِمْ  
بَيْنَ الْأَمْسِ وَالْيَوْمِ..

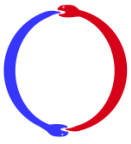
كَانَتْ وَلَا زَالَتْ لَهُمْ قَصِيدَةٌ تَرْوِي مَكَائِنَهُمْ  
كَانَتْ تُسَمَّى فَلَسْطِينُ وَصَارَتْ تُسَمَّى فَلَسْطِينُ  
كَانَتْ فَلَسْطِينُ لَهُمْ مَوْطِنًا وَالْيَوْمَ هُمْ مَوْطِنُ لِفَلَسْطِينِ

\*\*\*\*\*

عَبْدُ الْوَهَّابِ التُّونِسِيُّ

الْخَامِسَ عَشَرَ مِنَ الشَّهْرِ الْأَوَّلِ لِعَامِ الْفَيْنِ وَأَرْبَعَةَ وَعَشْرِينَ





## Entre el ayer y el hoy

Entre el ayer y el hoy...

Tenían y aún tienen memoria que narra las historias de sus héroes.

Tenían y aún tienen ojos que brillan al ver las sonrisas de sus hijos.

Tenían y aún tienen oídos que escuchan los latidos de los corazones de sus seres queridos.

Entre el ayer y el hoy...

Han tenido, y aún tienen, páginas que narran la historia de su nación.

Han tenido, y aún tienen, frentes señalando orgullo.

Han tenido, y aún tienen, los aromas de las comidas de sus madres.

Entre el ayer y el hoy...

Tuvieron y aún tienen palabras escritas con determinación.

Tuvieron y aún tienen sentimientos que unen a sus familias.

Tuvieron y aún tienen almazaras que exprimen sus aceitunas.

Entre el ayer y el hoy...

Tenían y aún tienen un poema que habla de su estatus.

Se llamaba Palestina, y sigue llamándose Palestina.

Palestina era su patria, hoy ellos son la patria de Palestina.

Abdo Tounsi – 15 de enero 2024



Fabrice Farre



Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**



ABRICE Farre (1966) es autor de veinte poemarios publicados por diversas editoriales, entre ellos: *Le chasseur immobile*, (Le Citron gare, con pinturas de

Sophie Brassart), *Toucher terre*, (Pré-Carré), *Loin le seuil*, (La Crypte), *Partout ailleurs*, (p.i.sage intérieur), *Avant d'apparaître*, (Unicité), *Implore* y *Des équilibres* (con fotografías de Philippe Agostini), publicados por Bruno Guattari, o *Les chants sans voix* (2012), *N'ai-je* (2016) y *Poupée russe* (2017), publicados por Encres vives.

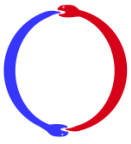
Su obra ha aparecido, entre otras, en las revistas *Arpa*, *Margelles*, *Place de la Sorbonne*, *Revue Alsacienne de Littérature*, *Phoenix*, *Souffle inédit* y *OuPoLi*, así como en numerosas antologías.

Ha participado en libros de artistas y en la corrección de textos de poetas italianos y rumanos, y ha traducido a varios autores franceses, italianos y españoles.

[Fabrice Farre en Wikipedia](#)







## Poemas de *Carte de séjour*, Encres vives, 2025

### POUR TOI

Pour toi le rouge-cerise sous l'arbre chargé de fruits  
tout occupé à ta somnolence, oublieux  
de ses taches blanches fleuries d'abeilles  
du temps ordinaire.  
L'aveugle frappe en toi, de son bâton,  
et voit mieux que quiconque le visage  
de qui viendra. Sa présence  
n'est suivie d'aucune ombre, même  
minime ; elle gronde en contrebas, en épelant ton nom.  
Pour toi toute la beauté, pour toi le monde double.



### PARA TI

Para ti el rojo-cereza bajo el árbol cargado de frutos  
tan ocupado en tu letargo, ajeno  
a sus manchas blancas florecidas por las abejas  
del tiempo ordinario.  
El ciego te golpea con su bastón,  
y ve mejor que nadie el rostro  
del que vendrá. A su presencia  
no le sigue sombra alguna, por pequeña  
que sea; retumba más abajo, deletreando tu nombre.  
Para ti, toda la belleza, para ti, el mundo se duplica.

## CRÉATURE

L'animal retourne sur ses pas, la souche  
se ranime, démasquant l'arbre qui dormait.  
Les feuilles fourmillent, les branches  
se redressent, l'essaim d'étourneaux, un temps  
enseveli, verdit et chante à tue-tête. Là,  
sous le dôme fortuit, la créature inattendue  
est le poème. Il ne manque que la forêt,  
elle tient dans un bourgeon dont la fleur à venir  
espère la parole, même mensongère.

## CRIATURA

El animal vuelve sobre sus pasos, el tocón  
cobra vida, desenmascarando al árbol dormido.  
Las hojas pululan, las ramas  
se enderezan, el enjambre de estorninos, antes  
sepultado, reverdece y canta a pleno pulmón. Allí,  
bajo la cúpula fortuita, la criatura inesperada  
es el poema. Solo falta el bosque,  
cabe en un capullo cuya futura floración  
espera la palabra, aunque sea falsa.





## SANS LIEU

Cannage d'ombre sur le pré, as-tu remarqué  
que de l'oblique du brin tressé, on peut imaginer  
le prolongement d'un chemin ?

Le clair-obscur sous le jeu du soleil, imprime  
chaque jour le lieu en déplacement; la frontière  
est variable et la présence, imperceptible.

En cet espace, toi et moi avons une langue  
déclinée sans fin — saurions-nous dire ce que  
nous pourrions décrire autrement ? — et

nous passons, reconnus

parle hasard, aperçus furtivement parmi

les herbes, recueillis, enfin,

dans le sac des questions

où se trouve la place que nous recherchons.

## SIN LUGAR

Rejilla de sombras en el prado, ¿has notado  
que desde la inclinación de la brizna trenzada se puede imaginar  
la prolongación de un sendero?

El claroscuro del juego solar imprime  
cada día el lugar cambiante; el confín  
es variable y la presencia, imperceptible.

En este espacio, tú y yo tenemos un lenguaje  
infinitamente declinado —¿sabríamos decir lo que  
podríamos describir de otro modo?— y

pasamos, reconocidos

por el azar, vislumbrados furtivamente entre

las hierbas, recogidos, al fin,

en el saco de preguntas

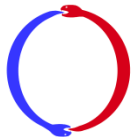
donde se encuentra el lugar que buscamos.





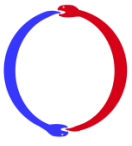


Catro (Cuatro)  
del poemario *Area (Arenas)*



**Manuel López Rodríguez**

Procuro o soño entre a herba. Medra  
o poro no contacto co  
coitelo. Se  
dunha parte es a superficie orográfica  
da outra es o continente que se ha erguer  
dunha fosa  
abisal (alí  
nace e ergue a testa  
toda  
criatura). Permito  
a erosión,  
o beizo de abaixo en contacto co dente. Permito  
a erosión. Es, en efecto, a terra que se despraza ao chou  
por enriba dun mar que nunca hei  
coñecer. E  
ras a rosa en outono  
co recendo rosa e o café no pelo.



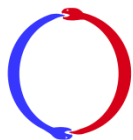
Busco el sueño en la hierba. Crece  
el poro en el  
contacto con  
cuchillo. Si  
eres de una parte la superficie orográfica  
eres de la otra el continente que emergerá  
de una fosa  
abisal (allí  
nace y yergue la cabeza  
toda  
criatura). Per  
mito la erosión,  
el labio de abajo en contacto con el diente. Permito  
la erosión. Eres, en efecto, la tierra que se desplaza a su suerte  
por encima de un mar que nunca  
conoceré. E  
ras la rosa en otoño  
con aroma rosa y café en el pelo





# Valdediós





Augusto Guedes

As portas que pechan  
os ollos queren entender...  
...e miran mudas un calendario  
case infinito

Arañeiras dun tempo  
feitas de pedra, sangue e sal,  
pedra tallada  
con todas as voces,  
con bágoas e sorrisos  
dun onte que non cesa

Mañá,  
as escumas do vento  
que rezan destinos azuis  
no bordo das estradas  
tinguiranse de verdes  
no val de Boides

Las puertas que cierran  
los ojos quieren entender...  
... y miran mudas un calendario  
casi infinito.

Telarañas de un tiempo  
hechas de piedra, sangre y sal,  
piedra tallada  
con todas las voces,  
con lágrimas y sonrisas  
de un ayer que no cesa.

Mañana,  
las espumas del viento  
que rezan destinos azules  
en las cunetas de las carreteras  
se teñirán de verdes  
en el valle de Boides.



E as pedras no seu soñar eterno  
contarán os pequenos segredos  
no seu discurso lento e pausado.  
Segredos que atesoramos  
tras esas portas pechadas  
nas noites do almario.

¡Valdediós,  
que o po do camiño  
garde a túa pegada e  
que o vento non borre  
a túa sombra na terra,  
nin esqueza a túa historia!

E Valdediós...  
debullla a súa pequena estrofa  
e soña co mar,  
mentres o sol ilumina  
os camiños do val,  
enchendo todos os murmurios  
cunha oración  
que afasta todas as néboas.

Entón, Valdediós respira...

Y las piedras en su soñar eterno  
contarán los pequeños secretos  
en su discurso lento y pausado.  
Secretos que atesoramos  
tras esas puertas cerradas  
en las noches del almario.

¡Valdediós,  
que el polvo del camino  
guarde tu huella y  
que el viento no borre  
tu sombra en la tierra,  
ni olvide tu historia!

Y Valdediós...  
dibuja su pequeña estrofa  
y sueña con el mar,  
mientras el sol ilumina  
los caminos del valle,  
llenando todos los murmullos  
con una oración  
que aleja todas las nieblas.

Entonces, Valdediós respira...



Espuma de mar





Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

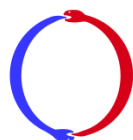
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

El Premio Libro Europeo, en su edición de 2026 ha sido concedido al escritor extremeño **Javier Cercas** (6/4/1962). Este premio, dotado con 10 000 euros, se creó en 2007, puede decirse que por Jaques Delors. Está impulsado por la asociación Esprit d'Europe con el fin de promover los valores del proyecto comunitario, ya sea a través de ensayos o de novelas, como confirman los títulos que aparecen en el palmarés. Es la segunda ocasión en que una obra de Javier Cercas recibe este galardón; la primera fue en 2016, por *El impostor* (Literatura Random House, 2014). El día 10 de diciembre recibirá el galardón en el Parlamento Europeo por su obra sobre el papa, *El loco de Dios en el fin del mundo* (Random House, 2025), que se ha impuesto a las otras obras finalistas de esta convocatoria, *Etty Hillesum* (Balans, 2022), de Judith Koelemeijer, otra vista sobre el Holocausto a través de la biografía de la autora holandesa, asesinada en Auschwitz en 1943 y *Wenn Russland gewinnt*, de Carlo Masala, una novela que plantea un escenario sobre el que se lleva hablando mucho tiempo y que es evidente en su título (*Y si Rusia gana*): en 2028 Rusia ataca a los países bálticos y Europa no está preparada militarmente después de la derrota de Ucrania.



Javier Cercas, uno de los escritores más conocidos y más premiados de España, sobre todo desde la publicación de su éxito *Soldados de Salamina* (2001), fue nombrado miembro de la RAE en 2024, ocupando la silla 'R', vacante tras la muerte de Javier Marías en 2022. Su currículum internacional sigue creciendo, lo que ha provocado que figurase en las quinielas de los Premios Nobel del último año.





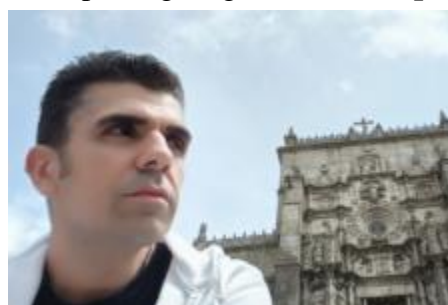
NOVELA		Convocatorias de concursos que cierran en enero de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Plataforma Neo	10	40 000 a 70 000 palabras	Plataforma Editorial (España)	2 000
Francisco Ayala	31	25 000 a 40 000 palabras	Fundación Sierra Elvira, con la colaboración de la Fundación Francisco Ayala y Ediciones Traspies (España)	6 000
Editorial Maluma	31	200 a 400	Editorial Maluma (España)	7 000
Ribera Del Duero	31	100 a 150	Consejo Regulador Ribera del Duero (España)	25 000

## Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA		Convocatorias de concursos que cierran en enero de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Cartas de amor Bihotzaren Hitzak	15	≤ 700 palabras	Ayuntamiento de Barakaldo (España)	550
Relatos Breves	15	3 a 7	Asociación Casa de Jaén en Córdoba (España)	500
Gerald Brenan	15	5 a 10	Ayuntamiento de Alhaurín el Grande (España)	3 000
Costa Tropical	30	2 a 5	El Batracio Amarillo / ¿Y tú qué escribes? (España)	2 000
Max Aub	30	5 a 15	Fundación Max Aub (España)	6 000
Fundación Pintor Julio Visconti	30	30 a 40	Fundación Pintor Julio Visconti (España)	750
Helénides de Salamina	30	≥ 7	Universidad Popular de Casar de Cáceres (España)	1 000
Ribera Del Duero	31	100 a 150	Consejo Regulador Ribera del Duero (España)	25 000

## Poesía

Es un placer publicar que nuestro compañero en *Oceanum*, el poeta gallego **Manuel López Rodríguez** (11/2/1978) ha añadido otro galardón a su destacado palmarés. En esta ocasión ha sido el Premio de poesía Fiz Vergara Vilariño, un certamen literario dotado con 6 000 euros de premio que fue creado en el año 2000 a iniciativa de la Asociación Cultural Ergueitos con el patrocinio del concejo de Sarria, como homenaje al poeta de Santalla Fiz Vergara Vilariño. La

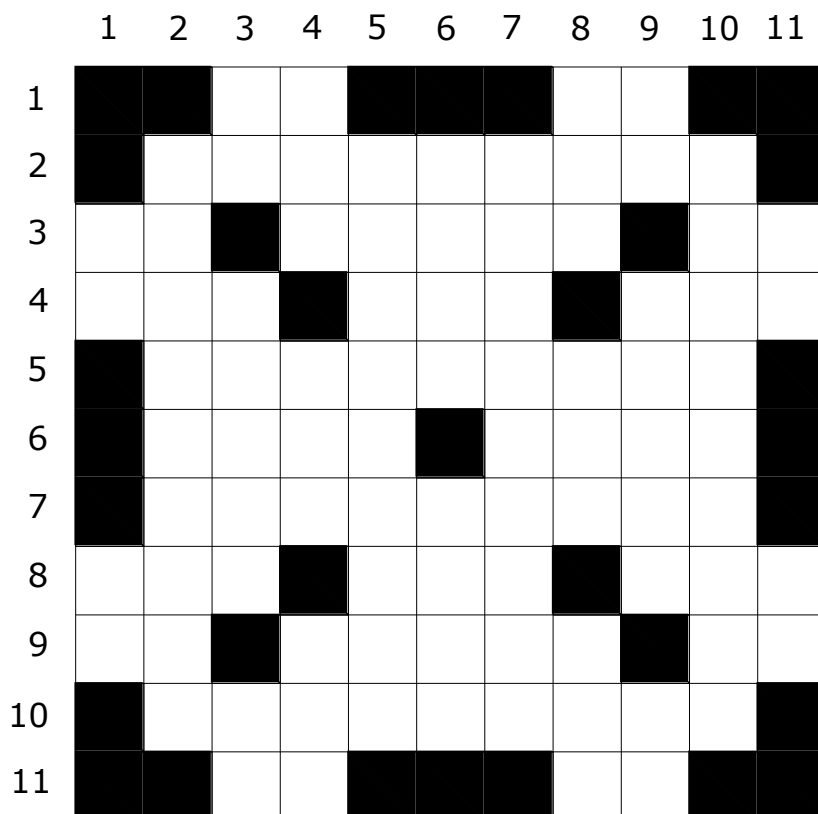
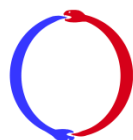




obra ganadora se titula *Ambiente* y sigue en la lista de premiados a Helena Salgueiro, ganadora del pasado año con *Amor Palimpsesta*.

La poesía de **Manuel López Rodríguez**, que nuestros lectores pueden seguir en nuestra sección bilingüe “Outros mares”, dedicada a la literatura en gallego, ha recibido numerosos reconocimientos. Ha sido ganador del Premio de poesía Suso Vaamonde (2008), del Premio López Ardeiro de Poesía (2019), del Premio de Poesía Eduardo Pondal (2020), del Premio de poesía Concello de Carral (2020), del Premio Literario Arume para a infancia (ex aequo, 2021), del Premio de poesía Avelina Valladares (2021), del Premio de poesía Manuel Lueiro Rey de 2022 por *Baixo terra. No ar*, del Premio de poesía Xosé María Díaz Castro (2022), del Certame de poesía Francisco Añón (2022), del Certame Rosalía de Castro (2022), del Premio de poesía Xosé María Díaz Castro (2022), del Premio de poesía Avelina Valladares de 2022 por *O cemiterio. A néboa*, del Premio de poesía Johán Carballeira de 2023 por *831-Urb*, del Premio de poesía Avelina Valladares de 2023 por *Fío*, del Premio de poesía Eusebio Lorenzo Baleiró de 2023 por *Palabras do sur* y del Premio Albariza de Artes, 2025 por *Esperta!*, además de varios accésits, menciones y otros premios.

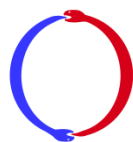
POESÍA		Convocatorias de concursos que cierran en enero de 2026		
Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
La mujer	26	1 folio	Asociación de Mujeres “Luna” (España)	250
Costa Tropical	30	2 a 4	El Batracio Amarillo / ¿Y tú qué escribes? (España)	2 000
Pulchrum	31	≤ 100	O_LUMEN (España)	400



## Solución

**HORIZONTALES** **1** Dos consonantes recalcitrantes. Antigua nota musical. **2** Obra de Bocaccio. **3** Pronombre reflexivo. Un árbol. Fenómeno, genio. **4** Preposición de lugar, pero sin vocales. Populosa ciudad de Brasil. El arte, para los antiguos romanos. **5** *La....*, novela de F. de Rojas. **6** Superior de algunos monjes. En cierto sentido, un tipo de mono. **7** Porcentaje deducido de un salario. **8** Sistema en tiempo real. .... *gratias*, expresión religiosa. Prefijo griego para nuevo. **9** Otro de la familia de la 3H. Ironía. Abreviatura de unidad de peso. **10** Ebrio no andaba, en dos palabras. **11** Un tipo de sociedad. Dios egipcio.

**VERTICALES.** **1** Como la 11H, aunque deportiva. Editorial de libros de texto y educativos. **2** René...., eminente matemático y físico francés. **3** Nota musical. Obligación. Pronombre. **4** Un tipo de conector de audio. Al revés, así, igual. Sistema antibloqueo de frenos, al revés. **5** Adverbio de lugar. **6** De sur a norte, la antigua Tailandia. San Felipe...., fundador del Oratorio Romano. **7** Carácter ASCII, utilizado en mensajes telefónicos. **8** Animal similar al toro, ya extinguido. Una T entre latinas. .... Jordan, apodo del formidable jugador de NBA. **9** Exmatrícula de provincia manchega. Ion con carga negativa. Símbolo del bario. **10** Al revés, harán una agresión contra la vida o integridad de una persona. **11** Temible policía nazi. Símbolo del hinduismo.



Damero

por Goyo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

5	10	46	52	4	25			
45	6	1	44	54	40			
13	47	11	30	9	3	53	33	
8	19	51	18	2	16	38	35	7
26	22	17	41	37	29			
43	14	27						
32	48	20						
31	23	39						

Cuerda para caballerías

El árbol de la bellota

Los cinco que casi todos tenemos

Tragaluz

Hosco, huraño

Plural de consonante

Nombre de mujer

Cadena, malla

**Texto:** pensamiento de Schopenhauer.

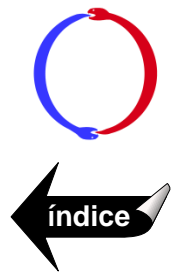
**Clave, primera columna de definiciones:** recobrar, recuperar.





## El obispo leproso (Extracto)





**Gabriel Miró**

Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

## **I PALACIO Y COLEGIO**

### **I Pablo**



E dejó entornada la puerta de la corraliza.

¡Acababa de escaparse otra vez! Y corrió callejones de sol de siesta. Se juntó con otros chicos para quebrar y amasar obra tierna de las alfarerías de Nuestra Señora, y en la costera de San Ginés se apedrearon con los críos pringosos del arrabal.

Pablo era el más menudo de todos, y al huir de la brega buscaba el refugio del huerto de San Bartolomé, huerto fresco, bien medrado desde que don Magín gobernaba la parroquia.

La mayordoma le daba de merendar, y don Magín, sus vicarios y don Jeromillo, capellán de la Visitación, le rodeaban mirándole.



Pablo les contaba los sobresaltos de su madre, el recelo sombrío de su padre, los berrinches de tía Elvira, la vigilancia de don Cruz, de don Amancio, del P. Bellod, ayos déla casa.

—...¡Y yo casi todas las siestas me escapo por el trascorral!  
—¡Te dejan que te escapes!

Y don Magín se lo llevó a la tribuna del órgano.

Se maravillaba el niño de que por mandato de sus dedos —sus dedos cogidos por los de don Magín— fuera poblándose la soledad de voces humanas, asomadas a las bóvedas, sin abrir las piedras viejecitas. Siempre era don Jeromillo el que entonaba o «manchaba», gozándose en su susto de que los grandes fuelles del órgano se lo llevasen y trajesen colgando de las sogas.

Se enterraban en la cámara del reloj para sentirse traspasados por el profundo pulso. Allí latían las sienas de Oleza. Luego, otra vez, torciéndose por la escalerilla, llegaban bajo la cigüeña de las campanas; y desde los arcos, entre aleteos de falcones y jabardillos de vencejos, veían el atardecer, que don Magín comparaba a un buen vecino que volvía, de distancia en distancia, al amor de su campanario. Toda la ciudad iba acumulándose a la redonda. Su silencio se ponía a jugar con una esquila que sonaba, tomándola y deshaciéndola en la quietud de las veredas. Golpes foscos de aperador; golpes frescos de legones; tonadas y lloros; el bramido del Segral. Arreciaba la bulla de las ranas.

—¿Las oyes, Pablo? ¡Las chafaría todas con mis pies, pero con los pies descalzos del P. Bellod, poniéndomelos como botas para andar por los fangales! Oyendo un cántico se piensa en algo que está más lejos que ese cántico. Los grillos parecen de plata. En estas noches olorosas de cosechas se sienten como rebaños que pasturan a lo lejos, como cascabeles de una diligencia que viene por todos los campos. Un grillo, sólo un grillo, vibra en muchas leguas. Pasa un pájaro, y nos abre más la tarde. En cambio, principian a croar las ranas y no vemos sino agua de balsa.

Don Jeromillo se dormía. Solía dormirse en todo reposo, en cualquier rincón apacible de un diálogo; y al despertar se atolondraba de verse súbitamente despierto.

Revolvióse el párroco y con el codo tocó los bordes de la «Abuelona», la campana gorda, que se quedó exhalando un vaho de resonido.



—Deja tu mano encima y te latirá en los dedos la campana. Parece que le circule la sangre de las horas y de los toques de muchos siglos. ¿Verdad que tiene también su piel con sus callos y todo?

Pablo decía que sí, y palpaba los costados de bronce, calientes de sol. Se presentían los clamores en lo hondo de la copa enorme y sensitiva.

—Tienes miedo de que suene, y a la vez estás deseando empujarla. Todo el silencio del pueblo y de la vega es una mirada que se fija en tu mano y en tu voluntad. No nos atrevemos a remover la campana porque la tarde duerme dentro y se levantaría toda preguntándonos.

El niño miraba la «Abuelona»; se apartaba; volvía a tocarla despacito. En él se abría la curiosidad y la conciencia de las cosas bajo la palabra del capellán.

—Ahora vámonos a Palacio!

Con don Magín entraba en Palacio un claror de vida ancha, como si siempre acabase de venir de viajes remotos. Le rodeaban los curiales, le saludaban los fámulos, le buscaban los clérigos domésticos, le consultaban los vicarios forasteros.

Si el prelado no salía a su ventana del huerto para llamarle, o no le mandaba un paje convidándole a subir, el párroco se iba sin llegar a los aposentos del señor.

Algunas veces su ilustrísima le sentaba a su mesa; pero antes había de internarse don Magín por las cocinas y despensas; y, oyéndole, brincaban de gozo los galopillos, y era menester que el mayordomo se lo llevara para reprimir el bullicio.

Aprovechábase de su confianza ganando licencias, socorros, perdones y provechos para los demás. Era valedor, pero no valido, de la corte episcopal, porque no se acomodaba su desenfado ni con la disciplina del poder. El suyo no lo debía todo a la sangre que perdiera en el tumulto de la riada de San Daniel, sino principalmente a su mérito de humanidad en el corazón del obispo. Don Magín equivalía al diálogo, a salir su ilustrísima de sí mismo, descansándose en otro hombre. De manera que nunca pudo enojarse su ilustrísima de no poder enojarse, como Celio, que, harto de la mansedumbre de su cliente, tuvo que decirle: «¡Hazme la contra para que seamos dos!»

Al principio estuvo Pablo muy parado, sobrecoigido del silencio del patio claustral, de la bruma de las oficinas diocesanas. Pronto llegaron a parecerle los techos de Palacio tan familiares como los de la parroquia de





San Bartolomé. Se asomaba a los armarios del archivo, removía las campanillas, volcaba las salvaderas, se subía a los butacones de crin y a los estrados del sínodo. En el huerto ya le conocían los mastines, las ocas, los palomos; y basta las mulas del faetón de su ilustrísima levantaban sus quijadas de los pesebres, volviéndose para mirarle.

Sus juegos y risas alborotaron todos los ámbitos. Y, una tarde, en la revuelta de un corredor, se le apareció un clérigo ordenándole respeto. Pero la voz de alguien invisible que mandaba más se interpuso protegiéndole:

—¡Dejadle que grite, que en su casa no juega!

Todo lo corrió el hijo de Paulina, desde las norias basta la torrecilla del lucernario.

Y otro día se perdió por un pasadizo mural que acababa en tres escalones de manises, con un portalillo como los del «Olivar de Nuestro Padre». Entró, y hallóse en una sala de retratos de obispos difuntos. En el fondo había otros tres peldaños y otra puertecita labrada. Pablo la empujó y fué asomándose a un dormitorio de paredes blancas. Encima del lecho colgaba un dosel morado, como el de la capilla del Descendimiento de la catedral. Vio un reclinatorio de almohadas de seda carmesí, un bufete con atril, una mesa con libros y copas de asa y cobertera, copas de enfermo; y junto a la reja, un sacerdote demacrado, con una cruz de oro en el pecho, que le sonrió llamándole.

—No me tengas miedo. Sentí que venías y esperé sin moverme para no asustarte. Desde mi ventana te miro cuando juegas en el huerto.

El niño le contemplaba las ropas de capellán humilde. Su voz era la voz del que mandó que le dejaran jugar a su antojo.

—Yo te conozco mucho. Una tarde que llovía, tarde de las Animas, pasabas con tu madre por la ribera. Ibais los dos llorando...

—¡Sí que es de verdad!

—Y al verme te paraste, y yo os bendije...

—¡Sí que es de verdad!

—¿Por qué llorabais?

—¡Es el obispo!

Y el hijo de Paulina ladeaba su cabeza mirándole más.

Su ilustrísima lo llevó a la sala del trono, olvidada y oscura, con rápidos brillos envejecidos; le mostró el comedor, todo enfundado, aupándole para que alcanzase confites de los aparadores y credencias de



roble; y en la biblioteca le derramó todo un cofrecillo de estampas primorosas.

Pablo las repasó y las contó sentadito en los recios esterones.

—Dime por qué llorabais.

—Yo no lo sé.

Y Pablo se encaramó al sillón de oro de la mesa prelatia. Resbaló dulcemente, y quedóse sorprendido de tener todo el asiento para él y todo el escritorio para él. En su casa, la mesa del padre le estaba vedada como un ara máxima. Tendió sus brazos con las manos muy abiertas sobre la faz pulida de la tabla. ¡Toda suya! Y se reía.

—¿Y qué os dijo tu padre viendo que llorabais?

—Yo ya no lo sé.

Miraba el sello de lacrar; se apretó en los carrillos la boja de marfil de la plegadera para sentir el filo de frío. Alzaba los ojos al artesón, y se quedaba pensando.

—En mi casa siempre llora la mamá. Es que la mujer y el marido parecen los otros dos.

Se distrajo con un pisapapeles de cristal, lleno de iris. Poco a poco la tarde recordada por el prelado se le acercó basta tenerla encima de su frente, como los vidrios de sus balcones donde se apoyaba muchas veces, sin ver nada, volviéndose de espaldas al aburrimiento. Todo aquel día tocaron las campanas lentas y rotas. Tarde de las Animas, ciega de humo de río y de lluvia. La casa se rajó de gritos del padre. Ardían las luces de aceite delante de los cuadros de los abuelos —el señor Galindo, la señora Serrallonga—, que le miraban sin haberle visto y sin haberle amado nunca. Cuando el padre y tía Elvira se fueron, las campanas sonaron más grandes. Le buscó su madre; la vio más delgada, más blanca. Se ampararon los dos en ellos mismos; y entonces las luces eran las que les miraban, crujendo tan viejas como si las hubiesen encendido los abuelos. Después, la madre y el hijo salieron por el postigo de los trascorales. Todo el atardecer se quejaba con la voz del río. Caminaban entre árboles mojados, rojos de otoño. Pablo agarróse a una punta del manto de la madre, prendido de llovizna como un rosal. Ella no pudo resistir su congoja, y cayó de rodillas. Una mano morada trazó la cruz entre la niebla, y ellos la sintieron descender sobre sus frentes afligidas...

Entre sus ojos largos, un pliegue adusto le rompía la dulzura infantil. Vio una estampa con orla de acero, al lado del velón. Sobre un fondo



ingenuo de cipreses y lirios se reclinaba un niño; un avestruz le hincaba en la frente su pico abierto y voraz.

Su ilustrísima le acercó el grabado.

—Es San Godefrido, un niño siempre puro, que fué obispo. ¿Le tienes miedo a ese pájaro tan alto?

—¡Yo no le tengo miedo! —Lo dijo riéndose; pero se le plegó más la frente, como si se la rasgase el pico anheloso que atormentó los pensamientos de pureza de San Godofredo—. En mi casa hay un pájaro, de grande como una paloma, y no es una paloma, es un perdigote, pero de bulto, gordo, con ojos que miran. Lo tiene tía Elvira de candelero y le pone una vela entre las alas. Y también hay un cuadro bordado de pelos de muertos, y es el nicho de abuelo y abuela que no sé quién son; y una Virgen de los Dolores con cuchillos, que está llorando; todo es de tía Elvira. ¿Quiere venir y verá?

—Yo estuve ya en tu casa del «Olivar» hace mucho tiempo.

—El «Olivar» sí que es de mi abuelo de veras, el que se murió, y mío. Tenemos una lámpara que es un barco de cristales que hacen colores, como esa bola de los papeles. A mí no me llevan al «Olivar».

De repente se le olvidó todo, complaciéndose en la graciosa anforilla del tintero de plata. Lo destapó y asomóse al espejo negro y dormido.

Un familiar entró las luces; y quedóse pasmado de que aquella criatura revolviese la mesa jerárquica. Y el señor, de pie, sonreía consintiéndolo todo.

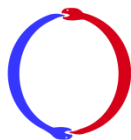
Pasó por el huerto la voz de don Magín llamando al niño.

Fueron a la ventana; Pablo brincó como un cordero; y gritaba y se reía escondiéndose detrás de su ilustrísima.

## II Consejo de familia



ODAVÍA de pañales el hijo, cerraron los condes de Lóriz su casa, trasladándose a Madrid. Ya podían abrirse confiadamente las celosías de don Alvaro. Su calle se internaba de nuevo en un silencio de pureza; verdadero recinto suyo. Y en abril, casi todos los años en abril, volvía esa gente con sus criados señoriles y el ama del condesito, una pasiega grande, magnífica de ropas de colores de frutas y de collares, de dijes, de abalorios y dingolondangos. Parecía un ídolo rural. Elvira la miraba desde



su persiana con rencor y con asco. De seguro que en aquellos pechos, tantas veces desnudos, y en aquellos ojos dulces de becerra se escondía la deshonestidad de una mala mujer. Más tarde, la nodriza se trocó en ama seca, y a su lado principió a caminar la cigüeña de un aya, cansada de idiomas y de virtudes antiguas.

Elvira la aborreció. ¡Qué perversidades no habría detrás de sus impertinentes laicos!

Don Alvaro y sus amigos también la miraban desde la reja del escritorio. En la pared, donde colgaba un trofeo y un retrato del «señor» desterrado, se estampaba el escandaloso resol de una vidriera de los Lóriz. De allí salía, como una fuente musical, la risa de la condesa.

—¡Pero cuándo se irán! —clamaba don Alvaro.

Se iban; y la ausencia de esa gente de elegancias y claridades gozosas entornaba la vida de Oleza. Entornada y todo, la ciudad se quedaba lo mismo. Lo reconocía don Amancio (*Carolus Alba/Longa*), ordenándose su barba nueva, lisa, barrosa. Lo mismo desde todos los tiempos, con su olor de naranjos, de nardos, de jazmineros, de magnolios, de acacias, de árbol del Paraíso. Olores de vestimentas, de ropas finísimas de altares, labradas por las novias de la Juventud Católica; olor de panal de los cirios encendidos; olor de cera resudada de los viejos exvotos. Olor tibio de tahona y de pastelerías. Dulces santificados, delicia del paladar y del beso; el dulce como rito prolongado de las fiestas de piedad. Especialidades de cada orden religiosa: pasteles de gloria y pellas, o manjar blanco, de las clarisas de San Gregorio; quesillos y pasteles de yema de la Visitación; crema de las agustinas; hojaldres de las verónicas, canelones, nueces y almendras rellenas de Santiago el Mayor; almíbares, meladas y limoncillos de las madres de San Jerónimo.

Dulcerías, jardines, incienso, campanas, órgano, silencio, trueno de molinos y de río; mercado de frutas; persianas cerradas; azoteas de cal y de sol; vuelos de palomos; tránsito de seminaristas con sotanilla y beca de tafetán; de colegiales con uniforme de levita y fajín azul; de niñas con bandas de grana y cabellos nazarenos; procesiones; hijas de María; camareras del Santísimo; Horas Santas; tierra húmeda y caliente; follajes pomposos; riegos y ruseñores; nubes de gloria; montes desnudos... Siempre lo mismo; pero quizá los tiempos fermentasen de peligros de modernidad. Palacio mostraba una indiferencia moderna. Don Magín paseaba por el pueblo como un capellán castrense. Y esos Lóriz, de origen liberal, y otros por el estilo, se aficionaban al ambiente viejo y devoto como a una golosina de sus sentidos, imaginando suyo lo que sólo era de Oleza. En cambio, todo eso que nada más era de Oleza: sus piadosas delicias, su sangre tan especiada, sus esencias de tradición, el fervor y el





olor vegetal, arcaico y litúrgico, se convertían para los tibios en elementos y convites de pecado. Los años aun no descortezaban los colores legítimos de la ciudad; ¡pero las gentes...! (Don Amancio, el P. Bellod, don Cruz, don Alvaro, preveían un derrumbamiento.) Las gentes, esas gentes de ahora, las nuevas; los lujos... Don Alvaro tenía un hijo: Pablo. ¡Y ese hijo...!

Pablo sentía encima de su vida la mirada de célibe y de anteojos de don Amancio; la mirada tabicada, unilateral, de tuerto, del P. Bellod; la mirada enjuta y parpadeante de don Cruz; la mirada huera del homeópata; la mirada de filo ardiente de tía Elvira; la mirada de recelo y pesadumbre de su padre. Ninguno le acusó de sus escapadas a Palacio y al huerto rectoral de don Magín, el capellán más relajado y poderoso de la diócesis. Muchas veces tuvo que recogerle la vieja criada de Gandía. Y nunca trataron de este asunto, porque no todas las desgracias pueden desnudarse. Lo pensaban mirándose; y don Cruz asumía la unanimidad del dolor elevando los ojos hacia las vigas del despacho de don Alvaro para ofrecer a Dios el sacrificio de su silencio.

No se resignaba el señor penitenciario a que un crío, y un crío hijo de don Alvaro Galindo, fuese la contradicción de todos, más fuerte que ellos, hasta impedirles la fórmula de su conciencia. Sus palabras y voluntades evitaban, como si trazaran una curva, el dominio de lo que con más títulos habrían de poseer. Esa criatura tan de ellos y tan frágil por ser el objeto de todas las complacencias de Paulina, se les resbalaba graciosamente entre sus manos. Sospechaban en la madre un escondido contento sabiendo que habían de quedar intactas las predilecciones de Pablo.

Don Cruz llegó a decir que las esposas como Paulina, por santas que fuesen, pueden ofrecer hijos a la perdición.

Reconcentróse don Alvaro bajo la sombra de su tristeza.

—No tan débil como se cree. ¡Nada tan resistente como sus lágrimas!

Don Amancio, dueño de una academia preparatoria, abría la esperanza:

—De cera son los hijos, y podemos modelados a nuestra imagen.

—Y su calidad de célibe acentuaba su timbre pedagógico.

—¿Pablo de cera? —tronaba el P. Bellod—. ¡Pablo es de hierro, y el hierro se forja a martillazos!



El homeópata propuso que esa difícil crianza le fuera encomendada a don Amancio.

—Mi casa no es herrería ni escuela de párvulos. Mi casa es academia.

Y como don Cruz se volviese con reproche a Monera, Monera, no sabiendo qué hacer, abrió y cerró la tapa de su gordo reloj de oro, y le cedió su butaca, como siempre, a don Amancio. Entonces hablaron del internado en el colegio de «Jesús». La hermana de don Alvaro se compungió. Bien sabía que Pablo se encanijaba entre sus faldas. Muchas veces se confesó culpable de los resabios del sobrino. ¡Pero ya no podía más! ¡Para que Paulina siguiese viviendo en el dulce regaño de hija única, ella había de vivir en los afanes y trajines de ama y de sierva! ¡Arrancar a Pablo de la madre para encerrarle en «Jesús», imposible! Si Paulina les oyese no acabarían sus lágrimas y sus gritos de desesperación. ¡Este era su miedo!

—¡Es usted un ángel!

Don Cruz llevaba muchos años repitiéndoselo; y se lo repetía como si le dijese: ¡Es usted de Gandía, o está usted muy flaca!

Elvira se sofocó virginalmente.

—¡Ya no puedo más!

No podía. Nunca sosegaba. Los armarios, las cómodas, el arcón de harina, las alacenas y despensa, todo se abría, se cerraba, se contaba bajo el poder, la vigilancia y las llaves de la señorita Galindo. En los vasares enrejados, las sobras de las frutas, de las pastas, de los nuégados y arropes iban criando vello; y las dos criadas, sin postres, lo miraban.

Ese estridor de llaves y cerraduras creía sentirlo Pablo hasta con la lengua, amarga por el relumbre del agua oxidada, agua de clavos viejos, que el padre y tía Elvira le obligaban a beber para que le saliesen los colores.

Elvira se abrasaba en la desconfianza como en un amor infinito. Si una puerta se quedaba entornada, temía el acecho de unos ojos enemigos. Retorcida por una prisa insaciable y dura. Prisa siempre. Y en cambio, Paulina recostaba su alma en el recuerdo de las horas anchas y viejas del «Olivar de Nuestro Padre». Una vez quiso mitigar ese ávido gobierno; y se puso muy dolida la hermana del marido.

—¡Yo nada soy aquí! Lo sé; y me dejo llevar de mis simples arrebatos porque no tengo tu calma y tu primor. ¡Yo guardo para ese hijo



vuestro! Que Alvaro te diga lo que se nos enseñó de pequeños. ¿Que se pudren y se pierden las cosas teniéndolas guardadas? Más se perderían dejándolas abiertas a todas las manos. Siento a ese hijo vuestro tan mío como de vosotros. ¡Y no me lo impediréis aunque mi mismo hermano me eche de esta casa!

Don Alvaro la tomó de los hombros, acercándosela con ansiedad devota. Elvira se acongojó y sus sollozos vibrantes la revolvían en crujidos... ¡Echar a esa hermana de supremas virtudes, la que se olvidó hasta de su recato de mujer, siguiéndole una noche, con disfraz de hombre, por guardarle de los peligros de «Cararajada»!

En presencia de don Cruz, de don Amancio, de Monera y del P. Bellod, supo Paulina el propósito de poner interno a Pablo en el Colegio de Jesús.

Elvira inclinaba la frente esperando los sollozos rebeldes de la madre.

Paulina nada más pronunció:

—Pablo no ha cumplido ocho años—. Después recogióse calladamente en su dormitorio.

La cunada se quedó escuchando.

—¡Es mi miedo, mi miedo a sus gritos, al escándalo de la desesperación!

No venía ni un grito ni un gemido. Y entonces tuvo ella que gemir y gritar; y llamó a Pablo. Se asomó la vieja criada de Gandía.

—También se La escapado esta tarde.

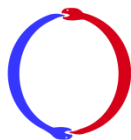
—¡Ya no puedo más!

—¡Es usted un ángel!

Y quedó acordada la clausura en «Jesús».

Anochecido llegó Pablo, y buscó en seguida a su madre para besarla. Después, en el comedor, sus ojos resistieron la mirada de tía Elvira sin esconder la luz de su felicidad, felicidad únicamente suya. Tía Elvira no pudo contenerse.

—¡Aprovechate de los veintisiete días que te quedan, porque el 15 de septiembre se acabó el holgorio! ¡Y veintisiete días..., veintisiete días tampoco, que si quitas el de hoy y el de ingreso...!



Desde entonces, todas las noches, antes de la cena, le presentaba el arqueo de su libertad; y cada noche Pablo se acostaba aborreciéndola más...

### III «Jesús»



SPUCH y Loriga, el curioso cronista de Oleza, tío de don Amancio, dejó inéditos sus Apuntes históricos de la Fundación de los Estudios de Jesús. Yo he leído casi todo el manuscrito, y he visitado muchas veces los edificios, cantera insigne de sillares caleños fajeados de impostas, con tres pórticos: el del templo, en cuya hornacina está el Señor de caminante con su cayada; el del Internado, de columnas toscanas y recantones, donde se sientan los mendigos que piden a las familias de los colegiales, y el de la Lección, con pilastras y archivoltas de acantos, por el que pasan y salen los externos. Tiene el colegio tres claustros: el de Entrada, con hortal; el de las Cátedras, con aljibe en medio; el de los Padres, de arcos escarzanos y medallones cogidos por ángeles. Tiene huerta grande y olorosa de naranjos, monte de viña moscatel y gruta de Lourdes. Hay escalera de honor de barandal y bolas de bronce, refectorios y salas de recreación de alfarjes magníficos que resaltan en los muros blancos; capillas privadas, crujías profundas, biblioteca de nichos de yeso, y en un ángulo, una celda, cavada en cripta, prisión de frailes y novicios. De la viga cuelga el cepo, y en una losa quedan estos versos de un condenado:

«Todo es uno para mí,  
esperanza o no tenella;  
pues si hoy muero por vella,  
mañana porque la vi».

En cuatrocientos mil ducados de oro tasa Espuch y Loriga el coste de la fábrica; y para que mejor se entienda y aprecie la suma, añade: «...que en aquel tiempo no pasaba de cinco ducados el cahiz de trigo, ni de uno un carnero, ni de dos reales el jornal de un buen operario».

Ese «aquel tiempo» es el del fundador, don Juan de Ochoa, pabordre de Oleza, que tuvo asiento en las Cortes de Monzón.

Los estudios—lo repite el cronista—se hermanaron en sus principios con los de San Ildefonso de Alcalá de Henares y los de Santo Tomás de Avila. Como fray Francisco Ximénez de Cisneros y fray Tomás de Torquemada, don Juan de Ochoa está sepultado en su iglesia colegial. El sepulcro es de alabastro, de un venerable color de hueso; y encima de la urna, soportada por cuatro águilas negras, se tiende el pabordre, con manto





y collar. A un lado tiene la espada y el báculo, y al otro los guantes de piedra.

Por la desamortización pasó el colegio del poder de los dominicos al de la mitra, que después lo cedió a la Compañía de Jesús. Era obispo de Oleza un siervo de Dios, de quien se refiere que presentándose una noche en el tinelo, vio en la estera el caballo de espadas que se le cayó a un paje al esconder la baraja. Alzó su ilustrísima el naípe y preguntó el asunto.

—¡Es la estampa de San Martín!

El obispo la besó devotamente, guardándola en su libro de rezos. Rezando le cogió el estruendo de la revolución; y los RR. PP. de «Jesús» partieron expulsados.

Volvieron pronto; y entre las mejoras añadidas al colegio durante la segunda época, todos encarecen la del Paraninfo o *De profundis*. Solemnizóse la estrena con una velada. Espuch y Loriga recitó una prosa apologética; y el P. Rector dio las gracias conmovidamente en lengua latina, con sintaxis de lápida. Y muchas señoras lloraron.

La ciudad se enaltecía. Los sastres, los zapateros, los cereros y todos los artesanos mejoraron su oficio. Los paradores y hospederías abrieron un comedor de primera clase. El Municipio trocó el rótulo de la calle de Arriba por el de calle del Colegio. Se comparaba la fina crianza que se recibía en «Jesús» con la que se daba en el Seminario y en los casones de frailes de sayal gordo. Los PP. ni siquiera se embozaban en su manteo como los demás capellanes; lo traían tendido, delicadamente plegado por los codos, y asomaban sus manos juntas en una dulce quietud devota y aristocrática. Casi todos ellos habían renunciado a delicias señoriales de primogénitos: capitanes de Artillería, tenientes de Marina, herederos de las mejores fábricas de Cataluña...

Los olecenses cedían la baldosa y saludaban muy junciosos a las parejas de la floreciente comunidad que paseaban los jueves y domingos. Y antes de recogerse en casa —no decían colegio, estudios, residencia, sino sencillamente casa—, solían orar un momento en la parroquia de Nuestro Padre San Daniel, patrono de Oleza, y Oleza sentía una caricia en las entrañas de su devoción.

Otro acierto de la Compañía fué que el Hermano Canalda, encargado de las compras, vistiese de seglar: americana o tobina y pantalón muy arrugado, todo negro; corbata gorda, que le brincaba por el alzacuello; sombrero duro, y zapatones de fuelles. Con hábito y fajín de jesuíta, no le hubieran tocado familiarmente en los hombros los huertanos y recoveros del mercado de los lunes. Saber que era jesuíta y verle vestido de hombre



les hacía sentir la gustosa inocencia de que le contemplaban en ropas íntimas, casi desnudo, y que con ese pantalón y tobina se les deparaba en traje interior, como si dijese en carne viva, toda la comunidad de «Jesús». Ni el mismo H. Canalda pudo deshacer la quimera advirtiéndoles que los jesuítas usan, bajo la sotana, calzón corto con atadera o cenojil y chaleco de mangas.

Cuando vino de la casa provincial de Aragón el primer mandamiento de traslado, Oleza clamó rechazándolo. Todos aquellos religiosos eran exclusivamente suyos. No había más Compañía de Jesús que la del Colegio de Jesús. Los Reverendos Padres trasladados tuvieron que salir de noche, a pie, atravesando el monte de parrales de moscateles de casa.

Llegados los nuevos, Oleza confesó que bien podía consentir las renovaciones y mudanzas de la comunidad de «Jesús». Todos los Padres y todos los Hermanos semejaban mellizos; todos saludaban con la misma medida y sonrisa; todos hacían la misma exclamación: «¡Ah! ¡Quizá sí, quizá no! ٥» Y desde que Oleza no pudo diferenciar a la comunidad de Jesús, la comunidad de Jesús diferenció a Oleza en cada momento, en cada familia y en cada persona. Ya no fué menester que las gentes le cediesen la acera. El colegio se infundía en toda la ciudad. La ciudad equivalía a un patio de «Jesús», un patio sin clausura, y los Padres y Hermanos lo cruzaban como si no saliesen de casa.

Eran tiempos necesitados de rigor; y el rigor había de sentirse desde la infancia de las nuevas generaciones. Todavía más en una residencia que, como la de «Jesús», estaba tan poblada de alumnos internos y externos. Cada una de estas castas escolares podía traer peligros para la otra. «Y esto por varios conceptos.» Así lo afirmaban los PP. Y las familias se persuadían sin adivinar, sin pedir y sin importarles ninguno de los varios conceptos.

Un P. Prefecto y un P. Ministro, de algún descuido y flaqueza en la disciplina, recibieron orden de pasar a una misión de Oriente. Ya salían con su maletín de regla bajo el manto, cuando les llegó el ruido unánime y sumiso de suelas de las brigadas que iban al refectorio. Los dos desterrados se retrajeron en un cantón de la claustra para mirar por última vez a sus colegas. Pero los colegas, no sabiendo su partida, temieron que se escondiesen por acecharles. Los inspectores insinuaron un leve saludo de desconocidos.

Los dos jerarcas nuevos vinieron de la misma misión de Oriente. Después de la cena, pasearon por la sala de recreo de la comunidad. Predicadores, catedráticos, consiliarios, iban y volvían, en hileras infantiles, como de «Muchú, Madama, matarie, rie, rie», sin mudar de sitio, andando de espaldas los que antes fueran de frente, espejándose en los



manises de pomos de frutas; los brazos cruzados, o las manos sumergidas en las mangas del balandrán; en la axila, el corte de oro de su breviario, y en el frontal, el brillo de hueso y de prudencia rebanado por el bonete corvo como una tiara.

Un Padre, de los antiguos, mencionó las procedencias de los contingentes académicos: provincias de Alicante, Murcia, Albacete, Ciudad-Real, Almería, Cáceres, Badajoz, Cuenca, Madrid... Los dos forasteros, que ya lo sabían, principiaron a pasmarse desde Ciudad-Real hasta Madrid, exhalando un ¡Aaah! que remataba menudito y fino.

—¿También de la corte?

—Tenemos cuatro de Madrid, hijos de títulos; dos de El Escorial y uno de Aranjuez.

—¡Aaah!

—Nunca hemos lamentado, en casa, amistades particulares entre internos, y queda así dicho que nunca las hubo entre internos y externos.

Aunque no las hubo, corrió una mueca de inquietud de boca en boca. En seguida pasó. Todo pasaba rápidamente, y todo tenía el mismo acento de trascendencia: que hubiera alumnos de Ciudad-Real, Almería, Cáceres, Badajoz, Cuenca, Madrid; que hubiera amistades particulares que nunca hubo.

Les pidieron los antiguos nuevas de los países de Oriente. En realidad, no les afanaba mucho saberlas: unos y otros irían y vendrían cuando Nuestro Señor y los superiores lo dispusieran.

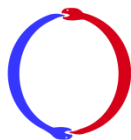
Entonces, los recién llegados glosaron su travesía. Lo más doloroso era la intimidad atropellada, la promiscuidad de la vida de a bordo. (El P. Prefecto siempre decía nave.)

—Las señoras más honestas, los hombres más refinados, los religiosos, los niños, la marinería, todos en la nave acaban por adquirir un gesto de comarca densa y contribuyen al olor de pasaje. Olor de especie, de libertad de especie... Cada puerto va volcando en la nave los agrios de las razas, de los pecados, de las modas, que se confunden en el mismo olor... ¡Ah, ese Singapore!

—Es muy de agradecer —intervino ya el Padre Ministro— la solicitud de la Compañía Trasatlántica. Hace lo que puede por la decencia de las costumbres en el barco.

—Concedo. Hace lo que puede, pero puede muy poco. ¡Da pena el encogido carácter sacerdotal de los capellanes-marinos! ¡Son más marinos que capellanes!

—Claro que la oficialidad de los buques siempre acata nuestros advertimientos, y en la cámara de lujo y de primera llevamos el rosario,



tenemos lecturas, pláticas, certámenes..., y así conseguimos que, poco a poco, se agravie menos a la modestia y a Dios.

El P. Prefecto porfiaba:

—De todas maneras, la vida en la nave es vida de sonrojo. Y ni los nuestros pueden impedir el extravío moral de los pasajeros en las pascuas y en los carnavales. No se contienen ni delante de los camarotes de los misioneros. ¡Ah, y con frecuencia aflige el espectáculo de frailes que fuman y se sientan subiéndose el sayal, cruzando las piernas ingle contra ingle!

—En casa— le interrumpió un Padre de los viejos va no hay colegial que ponga una pierna encima de la otra. El último que lo hacía era Lidón y Ribes —José Francisco—, que había sido externo.

El P. Martí, profesor de matemáticas —de los dos cursos—, gordezuelo y pálido, apartó los doloridos asuntos estampándose una palmadita en la frente.

—¡Aaah, conocerán sus reverencias al señor Hugo, nuestro maestro de Gimnasia, y a don Roger, nuestro maestro de Solfa!—Y en seguida se reprimió la risa con la punta de los dedos, como un bostezo melindroso.

—¿Señor Hugo? ¿Señor Hugo! Entonces ¿será sueco y rubio?

—¡Sueco y rubio es! ¡Oh, cómo lo adivinaron!

Se alzó un coro de risas en escala. Y se deshizo la tertulia. Al recogerse en sus aposentos, cada Padre soportaba en sus gafas y en su frente toda la Compañía de Jesús.

...Otro día, el Prefecto y el Ministro recibieron el saludo del señor Hugo y de don Roger. El señor Hugo, muy encendido, muy extranjero, de facciones largas, de una longura de adolescente que estuviera creciendo, y crecidas ellas más pronto semejaban esperar la varonía; también el cuerpo alto, de recién crecido, y el pecho de un herculismo profesional. Al destocarse, se le erizaba una cresta suntuaria de pelo verdoso. Erguido y engallado, como si vistiese de frac, su frac bermejo de artista de circo. Toda su crónica estaba contenida y cifrada en su figura como en un vaso esgrafiado: el origen, en su copete rubio; el oficio, en su pecho de feria; el nomadismo, en su chalina rozagante y en su lengua de muchos acentos forrados de castellano de Oleza; y la sumisión de con verso, en sus hinojos y en su anclar. Como a la misma hora —diez y media— se daban en «Jesús» las clases de Gimnasia y Música, que con las de Dibujo constituían las «disciplinas de adorno», el señor Hugo llegaba al colegio con don Roger. Siempre se juntaban en la Cantonada de Lucientes.





Don Roger envidiaba con mansedumbre al señor Hugo. En «Jesús» no había más gimnasta que el sueco. Don Roger estaba sometido al P. Folguerol, maestro de capilla y compositor de fervorines, villancicos, dúos marianos, himnos académicos. En cambio, don Roger aventajaba al señor Hugo en la nómina: sueldo y adehalas por profesor de solfeo y bajo solista. Todo ancho, redondo, dulce. Cejas, nariz, bigote, boca, corbatín y arillo, manos y pies muy chiquitines. El vientre le afollaba todo el chaleco de felpa naranja con botoncitos de cuentas de vidrio; los pantalones, muy grandes, le manaban ya torrencialmente desde la orla de su gabán color de topo, desbordándole por las botas de gafas y contera. Nueve años en la ciudad, y todos creían haberle visto desde que nacieron y con las mismas prendas, como si las trajese desde su principio y para siempre. Le temblaban los carrillos y la voz rolliza, como otro carrillo. Se ponía dos dedos, el índice y el cordal, de canto en medio de los clientes; los sacaba, y por esa hendedura le salía, de un solo aliento, un *fa* que le duraba dos minutos.

Los Padres de Oriente le probaron el rejoy del *fa*. El Prefecto le atendía mirando su reloj, mirándole la cara, que pasaba del rosa doncella al lívido cinabrio; le estallaban las bolas de los ojos; criaba espumas. Olía a regaliz, a pastillas de brea y a humo de cocina frugal.

—¡Un minuto y cuarenta y nueve segundos! Pero está bien. ¡Quizá demasiada voz!

— ¡Quizá, sí! —confirmó el P. Ministro.

Demasiada. Era verdad; y era la desgracia de don Roger. Un coro de bajos reventaba en la garganta del solista. En los misereres, misas, trisagios, singularmente en los misereres, la voz de don Roger parecía descuajar la iglesia de «Jesús»; estremecía la bóveda como un barreno en una cisterna. Un temblor que desolaba a su dueño. Cuando más júbilo de artista principiaba a sentir, otro escondido don Roger le avisaba: «¡Desde ahora mismo estás ya excediéndote; calla, que te retumbas!» Y la voz implacable iba envolviéndole como una placenta monstruosa. No la resistió ningún tablado ni sala; y de farándula en farándula, de catedral en catedral, paró en «Jesús». No era posible el dúo con don Roger; se quedaba solo su trueno, y él dejándolo salir de su boca de chico gordo y dócil.

Todas las mañanas se encontraban el señor Hugo y don Roger. El saludo del cantor equivalía a una topada suave, esférica, de globo. Su voz y su persona tocaban al gimnasta con un «Felices días» como un punto geométrico de su superficie curva.

El señor Hugo, todo el sueco, le correspondía con la gracia dinámica de su pirueta en el momento de una aparición en la pista, bajo la gloria de un velario con broche de banderas internacionales.



En el claustro se separaban sonriéndose. Don Roger se hundía en su aula, donde tocaban a la vez catorce colegiales en catorce pianos desgarrados. Pasaba entre hileras de atriles y de lecciones de Eslava; y de discípulo en discípulo, iba dejando el huracán de una enmienda.

Cerca de la gruta artificial de Lourdes estaba el gimnasio, umbrío como una bodega. Alumnos y Hermanos inspectores aplaudían al señor Hugo. Un brinco, una flexión de paralelas, todo lo acometido por el señor Hugo parecía una temeridad. En las ascensiones a pulso por las sogas, el señor Hugo llegaba, rápido y vertical, hasta la cuarta brazada. Desde allí, trenzando las rodillas, saludaba bellamente, como si sus manos esparcieran besos y flores.

Alumnos y Hermanos se emocionaban viéndole muy alto, muy alto. Y el señor Hugo caía en el lecho de arena con sonrisa y elegancia de parada de minué, dando por acabados todos sus ejercicios con un ademán de tribuno que venía a significar: «¡Como esto que habéis visto pudiera yo hacerlo todo, por arriscado que fuese, y no lo hago porque yo he venido a este mundo del colegio para que lo hagáis vosotros!»

Pero, una mañana, un colegial casi párvulo se deslizó bacía arriba de las maromas, impetuoso y leve, torciéndose como uno de los lizos de cáñamo. Llegó a las argollas de las vigas y se quedó colgando. Se le sentía resollar y reír.

—¡Señor Galindo—gritó el Hermano inspector—, señor Galindo y Egea: baje usted en seguida!

Las piernas de pantalón corto del señor Galindo y Egea campaneaban gozosamente; y fué su vocecita la que bajó, tuneándose como un dardo en el maestro:

—¡Hermano, que suba por mí el señor Hugo!

—¡Señor Galindo, póngase de rodillas!

—¡No puedo! ¡Es que no puedo soltarme! —y comenzó a plañir.

Todos se volvieron al señor Hugo mirándole y esperándole. Y basta el mismo señor Hugo sorprendióse de su cabriola de bolero y de Mercurio de pies alados. Dejó en el aire una linda guirnalda de besos y se precipitó a las vigas, hacia las vigas, pero se derrumbó desde la quinta brazada, una más que siempre, reventándole la camisa, temblándole los hinojos, cavándole la garzota de su greña rubia, su ápice de gloria, como un vellón aceitado por sudores de agonía. Detrás, el señor Galindo y Egea, el hijo de don Alvaro, descendió dulce y lento como una lámpara de júbilo.



#### IV Grifol y su ilustrísima



ENÍA don Vicente Grifol de la Huerta de los Calzados, antiguo granero episcopal; y en medio de la calle de la Verónica—querencia de las sastrerías eclesiásticas, de las tiendas de ornamentos, de los obradores de cirios y chocolates—le alcanzó la voz campechana de don Magín.

Aguardóse el médico. El capellán le puso su brazo robusto en los hombros viejecitos, y se lo fué llevando a Palacio.

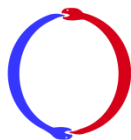
Camino de Palacio, decía don Vicente:

—...Casi todos los recados de enfermos de ahora me cogen en la calle, como si llamaran a un lañador o un buhonero que pasa. Oleza está lo mismo que cuando llegué de Murcia, el día de la Anunciación, hace cuarenta y dos años. Pero algunos olecenses se piensan que su pueblo se ha hinchado como un Londres. ¿Usted no ha ido a Londres? Yo sí que estuve, siendo mozo, como hijo de naranjero. Fui a vender las naranjas de mi padre, naranjas amargas para la confitura. A todas las gentes de los muelles, de los almacenes y lonjas, a todas las recordaba yo a mi gusto, por la noche, en mi cuarto. Pues a mí, de comida a comida, ni siquiera me reconocían los españoles que se albergaban en mi posada. Es una felicidad la insignificancia: no ser espectáculo para los demás y serlo todos para uno. Por eso, un mocito estudiante, no reparando en mí, se abrió las venas en mi alcoba. Pero se engañó. Yo le vi torciéndose encima de la cuajada de su sangre; le remendé los cortes, se los fajé y tuvo que matarse en otro sitio... Oleza se cree tan ancha, tan crecida, que ya no me ve. O me ve, y nada. Es decir, nada sí: algunos me miran y me sonríen por si acaso yo fuese yo. Y ahora, vamos a ver...

...Hablando, hablando, hallóse solo en la meseta alta de la escalera de Palacio, porque don Magín se lo dejó para prevenir a su ilustrísima. Grifol se puso a mirar la antecámara. Un eclesiástico descolorido escribía en su bufetillo de faldas de velludo rojo, sin sentir la presencia del médico. Lo mismo que todo el mundo.

Luego volvió don Magín, y entró a su amigo, colocándole delante del prelado.

Grifol besó una mano enguantada de seda violeta, una mano sin sortija. Y pensó: «Acabo de trastocar mi beso de cortesía, o de reverencia, o de lo que sea; pero ya no he de enmendarlo tomándole la otra mano. ¡Y



qué manos tan gordas! Debajo de los guantes no se le siente la piel, sino una blandura de filas embebidas de aceites...»

Su ilustrísima se desnudó las manos. Don Magín fué descogiéndole los vendajes, y apareció el metacarpo, acortezado de racimillos de vesículas; las palmas estaban limpias y tersas. Su ilustrísima se miraba su carne llagada como si no fuese suya, y al hablar encogía apretadamente la boca.

El médico y el obispo se sonrieron con ternura de compasión y de compadecido.

—Vamos a ver: ¿y las noches? ¿Levantándose, acostándose, con un prurito de uñas, de pinchas? No acaban, no acaban esas noches, ¿verdad?

—Casi todas las noches sin sueño. Me lloran los ojos de dilatarlos. Una avidez de ojos, de oídos y basta de pensamientos; y no es por el dolor que me quema concretamente un tejido, sino esperando que brote ese dolor en otro lado de mi cuerpo. Y me miro todo con una angustia que me hace sudar.

—Las manos. ¿Y en las rodillas, en la cintura, casi toda la cintura, y en las ingles?

—Donde usted dice; y además, entre los hombros, subiéndoseme. Pronto llegará a la nuca.

Don Vicente se quitó los anteojos, les puso su vaho, los estregó entre los pliegues de un mitón. Volvióse hacia el ancho ventanal, y en sus espejuelos limpios se recogían y renovaban las miniaturas de la tarde campesina: un follaje, una yunta, un temblor del cáñamo verde, un trozo de horizonte... Su ilustrísima miraba a don Magín. Y, de súbito, el viejecito le dijo:

—Pero vamos a ver: esto, este mal... —Y se calló; hizo una tos pequeñita; sintió toda la mirada del obispo, y tuvo que seguir—: Este mal no aparece ahora en su ilustrísima...

Al obispo se le hincaron entonces los ojos de Orifol, y humilló los suyos. En seguida esforzóse, y fué ya un enfermo jerárquico.

—No es de ahora mi mal. Pero ahora he principiado a estudiarme. Mi ministerio y mis aficiones me hicieron acudir a las Sagradas Escrituras. He recordado que si la piel presenta una mancha blanquecina, sin concavidades, el *Lucens candor*, quedará el enfermo siete días en entredicho y observación. (Siete días estuve mirándome.) Si persiste, se aguardará otros siete días. (Yo aguardé.) Y si, pasado este plazo, se ensombreciere la piel, no será lepra... Vi el *obscurior* en mi carne, y dije: ¡No es lepra!





Don Vicente respondió con una sonrisa pueril:

—¡Todo eso, todo eso era en aquel tiempo!

Tan elemental resultaba su sonrisa, que el prelado le miró con un poco de desconfianza.

—Es verdad; todo eso era en aquel tiempo, lo sé; la lepra, «diagnosticada» por Moisés en el hombre, no sería únicamente lepra; sería este mal incurable y otros padecimientos de alguna semejanza.

Y el obispo mentó los eczemas, los herpes, el impétigo, la psoriasis y más denominaciones y estudios de la nosología de la piel. Semejaba muy persuasivo en las enfermedades leves. Agotó la memoria de sus lecturas, como si quisiera que el médico se descuidara de verle y de creerle enfermo.

Pero el viejecito se le acercó diciéndole:

—Yo mismo desnudaré a su ilustrísima...

El prelado inclinó su cabeza. Luego sonrió, y los dos pasaron al dormitorio, gozoso de sol y de naranjos que se asomaban desde el tuerto.

Quedóse don Magín en la puerta, vigilando que nadie, ni el familiar de turno, viniese. Tosía; bojeaba libros con ruido para probar que no les escuchaba.

Un corro de canónigos y capellanes de la curia les esperaba en la claustura.

—Cuarenta y dos años en Oleza, y nunca había mirado la vega por el ventanal de su ilustrísima. ¡Me ha parecido todo el campo nuevo!

En el portal se paró el grupo del penitenciario, y destacóse el homeópata Monera, preguntándole.

Don Vicente desconoció a Monera. En seguida se le precipitaron los recuerdos del padre de Monera, el sangrador de la calle del Garbillo.

—...¡Un nombre de bien, del antiguo bien, de esos nombres que van quedando muy pocos! Aunque siempre decimos lo mismo, ¿verdad? ¡De modo que siempre nos queda alguno! Siendo yo un crío, cuando mi abuelo me contaba las virtudes de un viejo de su tiempo y decía: «¡Se acabó la simiente; ya quedan muy pocos de esos hombres cabales!», yo me volvía a pensar de conocido en conocido, y me daba mucha pena haber llegado a



este mundo en época tan ruin y desaborida. ¡Pero como cada tiempo es de uno! —Y adelgazando su sonrisa, se apartó de todos, del brazo de don Magín.

—¡Ni más ni menos! Uno no quiere morirse nunca, pero quiere vivir en su tiempo. Porque, vamos a ver: ¿a usted le agradaría vivir dentro de dos siglos? A mí, no. La felicidad de la vida ha de tener su carácter: el nuestro. Yo no leo libros de entretenimiento porque los hombres que por allí pasan no tienen carácter. (¡Diantre! El señor penitenciario y todos éstos se han quedado sin saber cómo sigue el enfermo.) Es decir: en esos libros cada carácter está va formado desde antes de ocurrirle nada. Eso no es una creación. Hay que crear al Hombre desnudo y que él se las componga. Le confesaré que yo nunca había tratado a un obispo. Después de todo, el fámulo que le calienta el agua para rasurarse todos los días —supongo que se afeitara todos los días—, sigue siendo fámulo. Para mí, un obispo era un pectoral, un anillo con una piedra preciosa, un báculo y una mitra, todo entre cirios de un altar con los mejores manteles y floreros, o guardado y quietecito en su Palacio, que yo creí con poco sol, y no es verdad, porque los aposentos de su ilustrísima son magníficos de luces. Claros y limpios... Calle de la Aparecida. ¿Aun sigue usted pasando todas las mañanas por esta callejita de tapiales?

—Por esta calle y por la calle de la Verónica.

—¡Ah, calle de la Verónica! ¡Ya no es la misma doña Corazón! —Y Grifol se descabalgó los quevedos para enjugárselos.

—Yo no presencié la entrada de su ilustrísima en Oleza. ¡El día 7 de este mes hizo años! No la vi porque estaba injertando un limonero agrio de limonero dulce. Quise producir un carácter frutal, y no pude. No prendió el injerto. Un obispo, nuestro obispo, enfermo. ¡Tengo delante al obispo, con llagas, con costras, con dolor de una dermatitis horrible o de lo que sea! Cuando me habló de Moisés y de enfermedades, yo pensé: ¡Diantre, quiere esconderse detrás de todo eso que dice! Lo mismo que todos. Después, al desnudarse, lloraba de pureza...

Y como don Vicente subía ya el umbral de su casa, el párroco le contuvo, pidiéndole que le dijera su parecer.

—¿Mi parecer? No sé lo que tiene. Pero no se curará.

...Y el obispo mejoró. Se le fueron secando y descamando las cortezas. Ya no le quedaban sino unos rodales morenos sin rebordes, sin deformidad cutánea. Salió en coche. Hizo una visita pastoral y un viaje a Madrid.

Grifol no volvió a Palacio, y don Magín tuvo que buscarle para referírsele todo. Lo encontró adormecido en una butaca de recodaderos remendados. Tenía entre los dedos su cayada de ébano. Por el collarín se

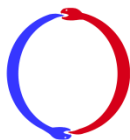


le torcía su breve corbata de luto, y le colgaban en medio de la pechera los lentes empañados.

—Aquí estoy, de día y de noche, visitándome a mí mismo. Nos engañamos sin querer. Lo digo ahora que no estoy solo, y así no me sentiré mi cuerpo de cañizo. Si se sorprendiese acostado, ya no le faltaría ni la postura para morir, y me moriría.

Le bromeó don Magín. Le dijo la mejoría de su ilustrísima, que se quejaba de su ausencia. Grifol movió su cabecita afilada.

—¿Su ilustrísima? ¡No se curará; tiene su mal en las entrañas!



## II MARÍA FULGENCIA

### I El señor deán y María Fulgencia



PARA buena salud y buen cuajo, el señor deán! —decían las gentes; y él no lo negaba.

Ni su memoria, ni su entendimiento, ni su voluntad, ni su corpulencia perdieron nunca su mensura. Ni un latido impetuoso, ni una borrasca en su frente, ni un paso más rápido de lo sujo, ni una costumbre nueva. Presentósele en su casa un sobrino aventurero, capitán de tropas de Manila, lleno de ruindades y deudas.

Comprendió el deán que ni su amor ni su consejo podrían enmendarle. Las cosas y los nombres eran según eran. Aceptada la premisa, no era ya menester el ahinco de los remedios. Es verdad que por la gracia de algunos santos y mujeres se alcanzaban conversiones difíciles; pero él no pecaría creyéndose santo. Entre las mujeres de dulces prendas, con casa de crédito y bienestar, ninguna en el pueblo como Corazón Motos, que heredaría un obrador de chocolates de seis muelas. Y el bigardo del sobrino dejó al canónigo por seguir a doña Corazón.

Elegido vicario capitular de la diócesis, huérfana del anterior prelado, supo el señor deán quedarse inmóvil en todo su gobierno, guardando prudentemente la sede hasta la llegada del nuevo obispo. Volvió, después, a sus máximos afanes, primor de sus ojos y de su pulso: la caligrafía, arte gloriosamente cultivado por muchos varones de la Iglesia, como San Panfilio, San Blas, San Luciano, San Marcelo, San Platón, Teodoro el Studita, el patriarca Méthodo, José el Himnógrafo, el monje Juan, el monje Cosmas, el diácono Doroteo...

El deán de Oleza calcó viñetas, orlas y portadas, copió centones de pensamientos, compuso y minió pergaminos de gracias. No fué su pluma tan rápida como el ala de los ángeles, según se dijo de la del higumeno Nicolás; en cambio, mereció que se celebrase la clara hermosura de su letra aun después de muerto, como fué ensalzada, en su oración fúnebre, la letra del Studita.

El libro de San Nicón refiere que visitando un abad las Casas puestas bajo su obediencia, les pregunta a sus monjes el oficio que ejercen. Uno le responde: Yo trenzo cuerdas. Otro: Yo tejo esteras. Otro: Yo, lienzos. Otro: Yo hago harneros. Otro: Yo soy calígrafo. El abad se apresura a





decirle: El calígrafo sea humilde, porque su arte le inclinará a la vana gloria.

Por ese miedo de caer en la tentación del orgullo, los monjes calígrafos no firman sus obras, o lo hacen confesando sus flaquezas, encomendándose a las plegarias de los lectores, añadiendo a su nombre palabras de menosprecio. Así, el monje Leoncio se llama insensato; Nicéforo, desventurado y mísero; Cirilo, monje pecador.

El deán de Oleza puso ingenuamente su nombre junto al *fecit* y un gentil monograma. Quizá por eficacia venturosa del arte, si su gobierno diocesano y el capitán de Manila le dieron motivos de turbación, puede creerse que los mismos motivos, ellos solos, ya cansados, le dejaron en paz. Pero en el principio de su vejez se le acumularon los trastornos y cavilaciones de la noble casa de los Valcárcel de Murcia, donde había servido de mozo y recibido estudios y, finalmente, el valimiento que le exaltó al deanato de Oleza.

Una tarde, el señor deán presidió el entierro de don Trinitario Valcárcel y Montesinos. Iban los cleros de todas las parroquias de Murcia, y como el señor Valcárcel dejó mandas al Seminario, a los asilos, al Hospicio y a muchos conventos, alumbraban sus despojos los seminaristas, los asilados, los hospicianitos y frailes. Llevaban el ataúd seis jornaleros de las Hadas de los Valcárcel, con sus duros trajes de paño, trajes de boda que guardan para su mortaja y se los ponen también para el luto de los amos. Entre responsos y el desfile del pésame cerró la noche. Quedó el cadáver en la grada de la capilla del cementerio, velándole sus labradores. Estaba vestido de frac, con dos bandas y placas de dos grandes cruces, todo de cuando estuvo de jefe político en Extremadura.

Los buenos hombres hablaban con sumisión. Callaban, bostezaban y se aburrían de mirar el amo muerto, los cirios, el Cristo del altar, Cristo de cementerio al que se encomienda que cuide de los difuntos depositados a sus pies mientras se duermen los que los guardan. Tanto bostezaban los seis labradores, que dos se fueron a mericar tortas y panecillos calientes de la cochura de madrugada, bacalao, vino y olivas. Todos juntos otra vez en la capilla, se hartaron, fumaron, despabilaron las luces y se acostaron en la estera.

Pasó tiempo. Las moscas chupaban en los ojos, en las orejas, en la nariz, en las uñas de don Trinitario, y de súbito zumbaron en un revuelo de huida. El cadáver había movido los párpados. Descruzó las manos, descansó los codos en los bordes del ataúd como en un cojín, fué incorporándose y se sentó. Debió de ser en la vida y en la muerte hombre socarrón y flemático. Estuvo mirándolo todo: sus gentes dormidas, los picheles de vino, los papelones pringosos de la cena, los cirios devorados,



el Cristo delante, acogiéndole; un trozo de noche estrellada, con un panteón viejo y la fantasma de un ciprés...

—¿Y no se murió usted del susto de despertarse allí? —le preguntó el deán cuando fué a Murcia para ofrecerle, un poco medroso, su parabién.

—No, señor —le dijo el resucitado—; porque allí lo que más podía horrorizarme era el muerto, y al muerto no le veía porque precisamente era yo.

Don Trinitario bajó despacito de su tarima, le tomó la manta a un criado, envolvióse y salió.

Por el camino iba pensando en su muerte. No se acordaba de haber fallecido. Ya le parecía que debió morir en fecha remota; ya creía que acababa de jugar su tresillo con el brigadier y Montaña, el relator; no recordando si ganara o perdiera; de modo que jugando se moriría. Le malhumoraba ir con la cabeza desnuda, de frac y condecoraciones —las sobredoradas, las económicas— y sin guantes, sin joyas, sin dinero, sin reloj: bolsillos de difunto—¡qué concepto de ruindad, de miseria inspiraba un cadáver católico!—. En cambio, le habían calzado unas botas nuevas, y se las pusieron rajándoselas, y se las abrocharon con un solo botón: un botón con un ojal que no se correspondían. ¡Qué prisa para el avío tan precario!

Llegó al blasonado portal de su casona. Llamó con el mismo repique de aldaboncillo de siempre. Silencio. Sueño de cansancio de desgracia. En la esquina relumbró el farol del sereno. A lo lejos venía un estrépito de alpargatas. ¡Sus labradores! Entonces sí que se asustó el señor Valcárcel de que se le tuviese por un ánima en pena. Y a voces y manotazos consiguió que las mozas le abrieran un postigo, huyéndole despavoridas.

Para todos, y aun para sí misma, fué ya la mujer una ex viuda. De noche se creía acostada con el cadáver de su marido. Daba gracias a Dios por el milagro de la resurrección, uno de los pocos milagros que nunca se nos ocurre pedir. Se despertaba mirándole. Sin darse cuenta, le cruzaba las manos y, suavemente, le cerraba más los ojos...

Pertenecían los Valcárcel Montesinos a una de las familias más eminentes de Murcia por su rango y Hacienda y por los títulos y méritos con que la ilustraron los dos linajes, en cuyas ramas florecieron guerreros, oidores, tribunos, un purpurado, dos azafatas, dos generaciones de primeros contribuyentes y, por último, don Trinitario, político de agallas, y don Eusebio, cónsul de muy adobada elegancia, que enviudó en Cette.



Don Trinitario se casó, ya maduro, con una labradora que le dio dos hijas; pero sólo una, María Fulgencia, vino al mundo bien dotada de salud y Her mosura.

La otra bija nació convulsa y deforme. A los seis años fué sumergiéndose en una quietud de larva. Cuando murió, nadie lo supo. Estaba lo mismo que cuando vivía: mirándolo todo con la blanda fijeza de sus ojos de vidrio de color de ceniza.

Tan lindas ternuras puso María Fulgencia en el recuerdo y en la pronunciación de mi hermanita», que basta las amistades, que compadecieron y evitaron besar a la enferma, creían verla malograda en una graciosa infancia.

María Fulgencia se exaltaba y desfallecía llorando. El padre quiso que se la llevase su hermano al Consulado de Burdeos, pero ya el cónsul preparaba sus segundas bodas.

No resistía María Fulgencia su soledad infantil en la casa de Murcia. Y don Trinitario llamó a su abijado, el deán de Oleza.

—¿Qué te parece que se haga con esta criaturita? orno la curaríamos?

Ya se sabe que para su protegido las cosas y las personas no tenían remedio: eran según eran.

Don Trinitario se enfureció. Bajo su mando de jefe político de Extremadura todos los conflictos tuvieron remedio. Halló remedio entonces y después para todo, basta para su muerte. ¿No lo habría para las congojas de María Fulgencia?

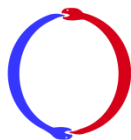
Y lo hubo encomendándosela al deán, que se la llevó a la Visitación de Oleza. No se conocía en muchas leguas a la redonda otro convento donde pudieran acogerse niñas educandas de algún primor de cuna.

Pasó María Fulgencia largos meses de lágrimas y desesperaciones pidiendo su hermanita, apareciéndosele su padre tendido en el féretro y al otro día sentado delante de su escritorio, repasando las cuentas de la funeraria. Domingos y jueves la visitaba el señor deán. Salían las monjas a contárselo todo, y él siempre decía:

—Eso es una crisis. ¡Ni más ni menos!

—¿Y qué haríamos con ella?

El señor deán balanceaba pesadamente su cabeza redonda, inclinada, de calígrafo. Había una intención salvadora en sus ojos gordos. Por



primera vez en su vida descubría remedio para un trance de apuro: devolver la mocita a su casa. Y no lo propuso, sintiendo que la gratitud sellaba su lengua.

Un jueves dejó de ir a la Visitación. Estaba en Murcia, porque don Trinitario había muerto definitivamente. Fué humilde su entierro; ya no le velaron sus huertanos y sobranceros. La herencia se redujo a la casona con escudo en el dintel y a dos haciendas empeñadas, invadidas de hierba borde. La viuda se lo confió todo al señor deán. Le rodearon los acreedores, y él les escuchó y leyó sus documentos de letra procesal sin entenderlos, recordando con ternura a su bienhechor y diciéndose que no se debiera morir más de una vez en este mundo. Y como la viuda necesitaba compañía, le trajo a María Fulgencia, y así pudo internarse en las delicias de sus membranas caligráficas. Cuatro meses de felicidad: un cuadro sinóptico de obispos y pastorales de la silla de Oleza, a tres tintas.

## II María Fulgencia y los suyos



ARÍA Fulgencia quedó huérfana también de madre. Alta, delgada, pálida; la boca muy encendida; las trenzas, muy largas, muy negras. Sola en el viejo casón, con criadas antiguas.

Desde su diócesis venía el señor deán a decirle palabras prudentísimas, y ella las recibía resplandeciéndole sus ojos de niña y de mujer, que siempre miraban a lo lejos.

Apareció tío Eusebio con la esposa casi nueva, una dama bordelesa, que hablaba un español delicioso y breve. Era toda de elegancias, en su vocecita, en sus mohínes, en sus miradas y actitudes, como si su cuerpo, sus pensamientos, su habla y su corazón fuesen también obra de su modisto. Toda moda la consulesa, y el cónsul también todo moda.

Los sastres de Murcia se asomaban al portalillo de su obrador para ver las galas de medio luto, de corte inglés, que paseó el cónsul por la Platería antes de visitar a su sobrina.

—*Voilà*, Fulgencia. ¡Aquí tienes a Ivonne-Catherine!

—¿A quién?

—¡Hija, tu tía! Pero nosotros no decimos tía.

La miraban, aceptando que fuese bonita a pesar de su encogimiento lugareño.





—¿No me preguntas por Mauricio y Javier?  
—¿Mauricio y Javier?  
—¡Mis hijos! ¡Primos tuyos! ¡Claro!... ¿Has visto, *Ivette*, qué primitiva cabellera?

Ivonne-Catherine tomó entre sus dedos las puntas de las trenzas de la sobrina.

—¡Oh! ¡Mañificó!

María Fulgencia se pasmó de que lo hubiese dicho sin mover la boca, empastada tirantemente de carmín.

...Y otro verano vinieron Mauricio y Javier. Semejaban extranjeros, de tan parados y tan rubios. Los sastres de Murcia también salían de sus tiendas para verlos.

Destinado el cónsul al Ministerio, pasaba las vacaciones en sus heredades. Los hijos estrenaron uniformes de cadetes de Caballería. De tarde, paseaban por el viejo jardín de María Fulgencia. Ella, blanca, lisa y dulce. Ellos, rojos, desplegados, flameantes. Contaban maravillas de Burdeos y de Valladolid. Mauricio siempre sonreía mirando a Murcia; porque no miraba un edificio, una calle, una torre, sino toda la ciudad con una sola mirada.

Contemplándole y oyéndole, recogía su prima una promesa de felicidad.

Y después. Después ya no vinieron hasta que Mauricio lució insignias y galas de teniente.

María Fulgencia estaba más descolorida, y sus cabellos negros, más frondosos, la dejaban en una umbría de ahogo apasionado, una umbría de mármol con hiedra, en el olvido de un huerto. Mauricio le besó los zarcillos de las matas de trenzas, y todo el mármol tembló sonrojándose, como si la estatua se viese a sí misma desnuda, llena de sol. Aquel invierno, Mauricio le escribió despidiéndose. Se marchaba lejos. Viaje de estudio; estudio comparativo de los más grandes ejércitos de Europa.

Toda la carta era una definición apologética de las virtudes del soldado. «Un buen soldado necesita saber cómo son los demás soldados. Este conocimiento es el origen de las gloriosas conquistas y resistencias. Un buen soldado ha de tener un espíritu internacional. Estas últimas palabras me las enseñó mi padre».



Si la carta no desbordaba de mieles de requiebros, en cambio era rica de firmes verdades. María Fulgencia la llevó en su pecho. Al acostarse la puso en el cofrecillo de sus joyas, y ya tuvo un perfume de galanía.

En esos días mostróse la huérfana con sobresaltos y deseos de soledad. Los pasaba en la profunda alcoba de los padres, quejándose y revolviéndose vestida en el lecho enorme, de baldaquino de damascos. Estuvo todo un domingo quietecita, ovillada. No quiso alimento; se fajó la frente con un terciopelo morado de una imagen.

Sus viejas criadas la besaban llorando.

—¿Qué tendrás, nenica?

—¡Ay, yo no sé! ¡Tendré calentura!

Todo amargo en su vida; sentía en su boca flores amargas; se le cerraban los ojos con un peso amargo; el agua que bebía era de hiel caliente. Su aliento y sus sienes abrasaban el hilo de los almohadones, dejándoles un olor de amargura.

Se avisó al señor deán, que acudió casi pronto.

—¿Y qué haríamos nosotras; nosotras y usted, señor deán?

—¿Nosotros? Nada. Es un brinco para crecer. ¡De brinco en brinco vamos llegando a la palma de la mano del Señor, que un día, ¡zas!, nos entra en la gloria! Es una crisis del crecimiento. Lleva ya muchas: la primera la tuvo cuando murió la hermanita...

Aquella noche empeoró. El médico de la casa pidió consulta. Reunidos en el escritorio del difunto don Trinitario, dijo el señor deán:

—No me cansaré de advertir que se trata del crecimiento...

—Es tifus. Tifus del peor en esas edades...

—¿Tifus? Pero, bueno, el tifus lo tiene todo el mundo en Murcia; está siempre debajo de Murcia, a dos jemes de profundidad.

No murió María Fulgencia. El canónigo-ayo la visitó doce jueves. En el jueves duodécimo habló complaciéndose en el triunfo de su diagnóstico.

—¿No lo dije yo? El nuevo brinco de abajo hacia arriba. Has crecido. Vuelves a ser de carne blanca y no de tierra; porque parecías de tierra verdosa.

Y entre tanto un viejo peluquero cortaba las trenzas de la convaleciente. La dejó rapadita. En la luna del tocador de su madre se veía



María Fulgencia sus ojos anchos, densos, como dos pasionarias húmedas, que, de súbito, se crisparon, porque allí, en el espejo, se le apareció Mauricio, todavía con uniforme de camino.

Ella se cubrió con las manos su cabecita raída. Alarmóse el deán; se desesperaron las criadas.

María Fulgencia se refugió dentro de un cortinaje, enrollándose toda entre los gordos pliegues, y desde allí salía su gemido.

El maestro apartaba con la punta de su bota los rizos y vellones. Después se aguardó, sin soltar su sonrisa y un frasco de loción.

Fue Mauricio el que sacó a María Fulgencia del fondo de las rancias telas, que crujieron desgarradas. La llevó junto a la ventana. La miró mucho y le dio unos blandos toquécillos en la nuca de cera.

—¡No te apures, hija! ¡Ya te crecerá! ¡Y resultas muy bien! ¡Te pareces a Fernández Arellano, un compañero muy listo de mi promoción, el número siete, que ahora está en la remonta!

En seguida le dijo que su padre, ya cónsul general, acababa de pedir la excedencia.

—Pero te advierto que, por su porte, sigue pareciendo en activo. Ahora viene a Murcia en busca de descanso.

En doce días descansó del todo tío Eusebio, y la víspera de su regreso a Madrid, él y su esposa tuvieron la ternura de visitar a la sobrina huérfana.

La miraban compadecidos, pero sin consentirle que se afligiese demasiado.

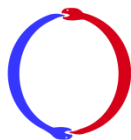
—¡No! ¡Eso, no! *Kate* no puede con las tristezas. Es lo único que no resiste. Estás en lo mejor de la vida. Tienes en el buen deán padre, madre y hermano: toda una familia. ¡Es un agradecido! ¡Ah, *Kate*, si conocieras al deán! ¿Qué cumples, veintidós? ¡Cómo! ¿Nada más que diecisiete?

—¡Un bebé! —suspiró *Kate* o Ivonne-Catherine por el esmalte de su boca inmóvil.

Debajo de aquella boca cromada, egipcia y hermética salía una respiración de bombones.

—¿Diecisiete? ¡No entiendo! ¡Entonces, entonces es Mauricio quien tiene veintidós!

—¡Oh, qué *gafe*!



Y madama aplaudía, muy niña, con sus dedos ceñidos de mitones color de aroma.

El ex cónsul se reía con elegancia mirando a su mujer, mirándose sus zapatos de charol. Finalmente, colgó sus pulgares enérgicos de las sisas del chaleco de merino orillado de felpa.

Se levantó, porque no podía sufrir el ruido de una acequia que pasaba entre los naranjos y magnolios del jardín de la casona.

—¿A ti, Fulgencia, no te desespera oír siempre ese agua? ¿Que no?

No. Cuando estuvo enferma le llegaba un alivio de esa estremecida frescura. Se creía caminar encima del riego, calentándolo con la brasa que soltaba su piel.

—Bueno; pero sería en el delirio de la fiebre... ¿Tuviste fiebre? ¿Mucha fiebre? ¡Entonces has resucitado, como tu padre! Pues en creciéndote el cabello, te vienes a Madrid con nosotros. ¿Verdad, Gothon?

—¡Oh, sí; unos días! —susurró Ivette, Katte, Gothon, Ivonne-Catherine.

—¡Claro, unos días! No te faltarán partidos. Sabemos que pasó ya lo de Mauricio. No seríais felices. ¿Verdad, Ivette?

—¡Oh, no!

Y se marcharon.

### III El Ángel



El señor deán de Oleza recibió carta de un beneficiado de Murcia, muy sutil. Pero la sutilidad, la delgadez, el primor, era lo de menos. El señor deán abandonó las aristas y volutas del colofón de un códice. Las consultas, las crisis, los brincos de María Fulgencia le parecían siempre cosas pasadas, envejecidas. Ni siquiera había de meditar un consejo inédito. Le servían las mismas palabras, los mismos ademanes. Y he aquí que, de súbito, se topaba con lo inesperado: María Fulgencia quería comprar la imagen del Ángel de Salcillo, aunque le pidieran en precio su casa y sus campos, que comenzaban a mejorar y producir.

¡Inesperado! Y una sorpresa para el señor deán era el vuelco de toda su vida. Ni se acordó de poner la frente entre sus manos para cavilar, sino





que alzaba los puños y los miraba desde su sillón sin conocerlos. ¡Un sobresalto tan grande como el de la resurrección de don Trinitario! ¡María Fulgencia era una Valcárcel!

Poco a poco el deán puso la lógica junto al desatino, el ungüento que adoba las inflamaciones.

¡Para qué quería esa infeliz el Ángel, ni dónde lo pondría, si por comprarlo se quedaba sin casa! Además de la lógica, estaba el consejo de familia, y además él. Pero ni él ni nadie podían ya impedir el alboroto de María Fulgencia y las zumbas de las gentes.

Una segunda carta del beneficiado de Murcia estremeció la corpulencia del señor deán. Todo el deán recrujía combándose hacia la decisión, mientras releía los principales conceptos:

«...Yo no he querido apartar de su locura a la señorita Valcárcel con destemplanza y malhumor, sino participando aparentemente de sus puericias, con el *similia similibus*. Esa talla —le dije— es magnífica. Si yo fuese obispo de Murcia, reclamaría el Ángel para mi palacio. Empresa imposible. Y, sin embargo, un obispo en su diócesis es y puede más, mucho más, que una señorita devota en su casa. Bien sé que esa imagen del Ángel es la que debemos amar entre todas las imágenes de todos los ángeles. Los que entienden de belleza dicen que el imaginero tuvo inspiración divina labrando un cuerpo hermoso que no fuese de hombre ni de mujer. No participa de nosotros, y pertenece a todos nosotros. Nos pertenece más a los murcianos por aparecerse junto a una palmera. El artista prefirió la palmera solitaria de nuestros jardines cerrados al olivo de la granja de Gethsemaní<sup>1</sup>. No quiso un ángel con espada, con laúd, con rosas. No un ángel de ímpetu, ni de suavidad ni de gloria: ángel fácil, de buena vida. Nos dejó el Ángel más nuestro y el que estuvo más cerca del dolor humano de Dios; el Ángel que descendió al huerto lleno de luna, para confortar al Señor en la noche de sus angustias. Ángel de los dolores... Lord Wellington pretendió, como usted, llevárselo. Ofreció dos millones y otro Ángel igual y nuevo. Y quedóse sin Ángel. Ni usted da tanto, ni yo soy ni seré obispo. A usted le queda un consuelo de ilusión: llamarse María Fulgencia, como la hija de Salcillo... La señorita Valcárcel me contestó inesperadamente que le importaba una friolera la hija de Salcillo... Yo nada más puedo hacer. Ella sigue consumiéndose. Compra todas las estampas del Ángel que encuentra y que le traen; y el precioso mancebo de Gethsemaní se multiplica en la sala, en el dormitorio, en los libros y en el costurero de la señorita...».

---

<sup>1</sup> El Ángel de Salcillo tiene olivo y no palmera. No se concibe tan grande error en ese beneficiado de Murcia, tan escrupuloso.



Removi6se el deán con un viejo estrépito de escabel y butaca.

Llegaba la hora de reclamar de sí mismo ante sí mismo. La protección de la casa de los Valcárcel no le pedía una perpetua mansedumbre a los antojos de una moza; no le obligaba a salirse de sus sendas tranquilas y pasar una vejez de trajines en el cabriolé de una diligencia. Esta sería su jornada última de Oleza a Murcia.

Llegó y encaminóse a la noble casona. Ordenó que le abriesen y que alumbrasen el inmenso escritorio de don Trinitario, y desde allí llamó a la huérfana. En aquella estancia resultaría la entrevista de un eficaz entono.

Brincando compareció María Fulgencia. Ya tenía una graciosa cabellera de paje; ya le volvían los colores de la salud.

El enojado can6nigo no quiso oírle, porque él no había venido sino a imponer su seso y su voluntad.

—He venido a decirte que no puedes comprar el Ángel de Salcillo, entre otras razones, porque no puede venderse... ¡Y se acabó! ¡Ni más ni menos!

—Ya lo sabía...

—¿Lo sabías?

—Sí, señor, que lo sabía. Lo que yo quiero ahora es ser monja suya, y así viviré a su lado.

—¿Monja suya? ¡Tampoco, tampoco, porque el Ángel de Salcillo no tiene monasterio!

—¡Si no tiene monasterio, yo lo fundaré!

—¿Que tú lo fundarás? ¿Tú?

—Con lo que yo tengo y lo que yo amo a mi Ángel...

—¿Con lo que tú tienes? ¿Con lo que le amas?

¡Pero si él no era quien debía preguntar, sino quien debía decidir! Y el deán siguió preguntándole:

—¿Pero, hija, es que tú te piensas que se pueden cometer ni decir atrocidades y herejías?

—¿Es una atrocidad que yo ame la imagen del Ángel de Nuestro Señor? ¡Mire que lo que usted dice sí que me parece una herejía!

Se precipitaba la contradicción sobre la roja frente del deán de Oleza. Y se puso a cavilar. ¿Podía él vedarle esas encendidas piedades sin caer en peligrosas apariencias iconoclastas? Enjugóse muy despacio los sudores, mirando a la señorita Valcárcel:

—¿Tú le rezas al Ángel?



—¿Yo? ¡Yo, no, señor!

—¡Ya te tengo cogida!

Pero la soltó pronto. Resollaba cansándose de un diálogo tan preciso.

Las cosas eran según eran. Nunca reparó en la imagen del Ángel, que no semejaba ni hombre ni mujer... ¡Claro que no lo sería! ¡Pues que se hartara de mirarla y de quererla! En seguida se le deslizó una sospecha turbia, un barrunto miedoso que no lograba subir a las claridades de la proposición. La belleza de la imagen no sería de hombre ni de mujer; luego participaba de entrambos; y desde el momento en que María Fulgencia se encandilaba y derretía por el Ángel, el Ángel, a pesar de su androginismo, ¿no se revelaría para la huérfana con un espiritual contorno y hechizo masculino? Otra vez se quedó pensando el señor canónigo, y, de repente, le preguntó:

—¿Y por qué no te marchas a Madrid, con tus tíos?

—¿Con tío Eusebio y esa señora Ivonne-Catherine, Ivette, Katte y no sé qué más? ¡Ni los hijastros la resisten!

—Es que yo quiero que salgas de Murcia. ¡Y además de quererlo, tú lo necesitas!

—¡Ahora mismo me marcharía de aquí!

—¿Y a dónde te llevaré? Estuviste en la Visitación... ¡Eras entonces una criatura! Allí, para verte, no había yo de viajar en diligencia...

—¡Lléveme usted a la Visitación!

—¡A la Visitación!...

Muchas cristianas doncellas fueron primorosas copistas de la biblioteca de Orígenes. En los monasterios de mujeres fue también la caligrafía labor honorable y deseada. ¡Ah, si María Fulgencia quisiera!

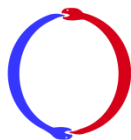
—¡Lléveme en seguida a la Visitación, y allí me quedaré hasta que me canse!

—¡Eso es lo peor; que te cansarás!

...Domingo por la tarde llegó al portal de las Salesas de Nuestra Señora un faetón estruendoso y polvoriento.

Acudió el mandadero, y él y el mayoral descargaron cofres, atadijos, cestos de frutas y pastas, ramos, cajas, sombrillas, chales y una primorosa jaula de tórtolas.

Presentóse don Jeromillo, carne rural y alma de Dios que se atolondraba y agoniaba de todo. Vio los equipajes, se agarró la cerviz, corrió hacia el cancel del convento, y desde allí volvió a la portezuela,



socorriendo al señor deán, que no podía desdoblar sus hinojos y se quejaba, creyéndose cuajado y oxidado.

Asomó en la zancajera del coche un pie, un tobillo, un vuelo de falda... Y rápidamente se escondió todo dentro de la berlina. Venía una brigada de colegiales de «Jesús», la primera brigada, la de los mayores. Se oyó un grito de la señorita Valcárcel.

—¡El Ángel!

El señor deán se revolvió consternado.

—...Con galones de oro y fajín azul... ¡El último de la izquierda! ¡Es el Ángel!

Don Jeromillo se aupó para mirar, se asustó sin entender nada, y saludó al Ángel.

—¡Ése es Pablito, Pablito Galindo, hijo de don Álvaro, don Álvaro el que se casó con Paulina, la dueña del «Olivar de Nuestro Padre»!...

Pasaron al locutorio de la Visitación, y quedóse María Fulgencia entre las madres, que la besaban llorando y riendo.

Ella sentía un júbilo infantil. Corrió por los claustros, por el hortal, por la sala de labores y de capítulo. Todo lo preguntaba, y decía que de todo se acordaba. Lo creía todo suyo, en una posesión sentimental de sobrina heredera de Nuestra Señora. Abrió los cofres, los arconillos, las cestas. Derramó sus ropas, sus sartaes, sus brinquños, sus esencias. Repartía flores y dulces; besaba sus tórtolas, meciéndolas en la cuna de su pecho. Quiso ver su aposento; lo engalanó. Pidió vestirse de novicia y profesar cuanto antes. Se llamaría Sor María Fulgencia del Ángel de Gethsemaní. En verano se marcharía con toda la comunidad a sus haciendas de Murcia, que ya daban gozo...

La abadesa, blanda y maternal, la sonreía siempre con un dulce estupor de sus arrebatos.

La clavaria, grande, maciza, de ojos abismados por moradas ojeras que le ponían un antifaz de sombra en sus mejillas granadas de herpes, la miraba con recelos, y hacía un grito áspero de ave en cada retozo de aquel corazón. ¡Cuánto dengue y locura! Se obligó a vigilarla; y se puso a su lado.

De noche, en el coro, cuando la madre dijo:





—Por la salud de nuestro reverendísimo prelado: *Pater Noster*...

María Fulgencia inclinóse hacia la clavaria, preguntándole:

—¡Cómo! ¿Qué le pasa al pobre señor? Será muy viejecito, ¿verdad?  
¿Tiene sobrinas?

—¡Calle y rece!

María Fulgencia no quiso recogerse sin hablar a solas con la madre, para saber de Su Ilustrísima. El señor obispo llevaba mucho tiempo recluido en sus habitaciones privadas de Palacio. Le asistía un médico forastero; y aunque se ocultaba con rigor su mal, ya no era posible ignorarlo: Su Ilustrísima padecía una enfermedad horrible de la piel. Una desgracia para toda la diócesis de Oleza. La señorita Valcárcel imploró que le dieran pronto el hábito para ir a cuidar al venerable enfermo.

Sonrió la abadesa elogiando su propósito y pidiéndole que se acostara.

—¿Pablo Galindo? ¿Quién es Pablo Galindo?

Sobresaltóse la madre, principalmente porque acababa de aparecerse la clavaria, advirtiéndoles que ya reposaba toda la residencia.

A la madrugada, la señorita Valcárcel tuvo congojas. Y desde el segundo día de su ingreso se la vio sumirse en una vida espiritual, ganando en virtudes monásticas.

La clavaria desconfió más. Todas las noches desmenuzaba sus escrúpulos y avisos a la madre.

—¡Es menester probarla mucho! Es hija de casa principal, bien lo sé; pero tiene torbellinos en la sangre... Su padre resucitó, y no era ningún santo... ¡Yo no sé, no sé! Sólo digo que es menester probarla mucho.

Gozaba fama de prudente y sabidora en toda la Orden.

Y la abadesa la probó, quedando más confusa. La señorita Valcárcel subía a la virtud de las virtudes, al dejamiento de sí misma en Dios, según palabras del santo fundador. En el regazo divino se recostaba su alma. Pero algunas veces le parecía que el Señor la pusiese en tierra. La ejercitó en todo género de abnegaciones, imitando a Santa María Magdalena de Pazzis cuando fue maestra de novicias. La retiró del coro mandándola que fuese a contar los ladrillos de la sala de costura, y María Fulgencia los contaba haciendo tonada de escuela. La envió al huerto a coger hormigas, y ella las cogía con entusiasmo. La quitó de la oración más interna y sabrosa para



que sacase agua del aljibe, y todas, menos la clavaria, la proclamaron humilde y hermosa como la Samaritana. Hasta se la obligó a servir en el refectorio, vestida de sedas de las galas que trajo del siglo, y también vieron todas en esa criatura la suma alegría de la mortificación.

Se supo que Su Ilustrísima había empeorado. Y la señorita Valcárcel redobló sus penitencias y sus preces.

Todo se lo dijo la madre al señor deán. Y el señor deán respiró complacido.

—¡Ya la tenemos encaminada! Hemos acertado. ¡Ni más ni menos!



**SEGUIR LEYENDO**



Nuevos horizontes





Notas marroquíes





Osvaldo Beker

**U**NA vez que me instalé, orondo, en el ferry (enorme, nuevo, nostálgico) que iba hacia la andalucísima ciudad de Tarifa, me dirigí hacia el segundo piso de la nave donde pude degustar un rico café en una pequeña tienda de bebidas y comidas que, sin embargo, tenía mucha mercadería en oferta. Lo necesitaba, más por toparme ante un instante de relax que por alguna forma de la sed: me lo sirvieron en un pocillo minúsculo acompañado de una rosquita blanca de pan árabe cuyo nombre ignoré y que nunca más volví a probar todos estos años. Desde allá arriba podía ver a todos los pasajeros que ingresaban, paulatinamente, uno por uno: lo que tenía enfrente de mí (o hacia abajo, en rigor de la verdad) se trataba de un mosaico variopinto de cutis y nacionalidades —había algunos turistas: la mayoría, cosa evidente, eran locales—. Tánger. Lamentaba profundamente (todavía hoy recuerdo mi sensación quejumbrosa) tener que dejarla: la ciudad portuaria formó parte de uno de los varios puntos de mi periplo euroafricano. Pero no fue una escala más: algo de mí había alcanzado el nivel de la resignificación en este lugar. Afuera había un sol contundente, no se veía ninguna nube por ningún lado y el viento, ocioso, se había puesto a dormir una siesta.

Mi amigo marroquí, Aschraf, era un legítimo espejo para mí: ninguno de los dos pudo hacer demasiado, minutos antes, como para contener las lágrimas ante mi inminente partida. Lo había conocido la semana anterior, cuando por primera vez pisé esa tierra inigualable, proveniente de la península ibérica. Haber cruzado el estrecho de Gibraltar me hizo recordar



la antigua denominación del lugar, cosa que desde chico había leído en distintos libros y enciclopedias: “Las Columnas de Hércules”. También, en alguna clase de ¿italiano? había caído en la mágica idea de que la palabra “Gibraltar” proviene del árabe y significa algo así como “el campo de Tarik”. Con Aschraf, eximio y genuino guía de turismo, por aquellas jornadas de finales de enero, visitamos muchos puntos emblemáticos de la ciudad.

Parece que en Tánger la historia no se quiso tomar ninguna forma de descanso. Bañada por el Atlántico, y con el rango de protectorado durante buena parte del siglo XX, la ciudad ostenta numerosas leyendas que se remontan incluso hasta la Antigüedad. De hecho, Aschraf me llevó hasta un lugar llamado “Grutas de Hércules”, unas cuevas resultantes de la acción del viento y del mar, y que, según cuentan, fue un espacio en el que el héroe griego pernoctó antes de llevar adelante uno de sus proverbiales trabajos: robar las manzanas del jardín de las Hespérides.

Al ferry, de pronto, subió una familia que contaba con alrededor de quince integrantes: matrimonio, hermanos, cuñados y un reguero de niños revoltosos. Los vi desde arriba y temí que se decidieran por hacer lo mismo que yo: tomar una infusión que burlara el hastío del viaje. Se cumplió lo que pensé y se acercaron hasta la mesa que estaba al lado de la mía. Se terminó mi calma. Entonces me incorporé, me pedí otro café y fui a acomodarme al otro extremo del lugar desde donde, sin embargo, no pude esquivar el bullicio de la parentela alborotada. Todos vestían a la manera musulmana, ellas con sus *hiyab*, ellos —no tan ortodoxos— con alguna que otra *kufiya*. Los niños, a su vez, lucían los mismos atuendos. Desde lejos, más allá de mi búsqueda de relax, intenté adivinar (fue una tarea vana) un poco la cosmovisión de esa familia.

Yo no sabía que el ferry iba a demorarse dos horas en zarpar. Por algún momento me preocupé por el viaje en micro que había reservado de Tarifa a Sevilla y de otro viaje en micro desde Sevilla hasta Lisboa. Luego, cuando los largos minutos fueron pasando, me dejé de preocupar y me resigné: ya había perdido esos tramos (varias decenas de valiosos euros se disolvieron con las reservas correspondientes como por arte de magia). No me importó mucho en realidad: siempre, y esto hay que aprenderlo, pueden irrumpir las eventualidades a lo largo de un viaje. Además, llevaba incorporada una buena dosis energética marroquí en mi corazón. Todavía es el día de hoy que recuerdo esos días en el norte africano y, de manera inmediata, se me dibuja una sonrisa en los labios. Aquella semana construí una muy buena vivencia y me enorgullezco de ello hoy, ahora, que apelo a la porosa memoria para rescatarla.





El poder de la palabra

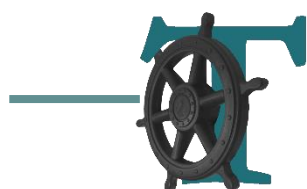




Ginés J. Vera

A Miquel Medina, agradecido. *Omnia vulnerant postuma ne cat.*

Tres podrían guardar un secreto si dos de ellos hubieran muerto.  
Benjamin Franklin



ENEMOS un problema —escribió el mensaje de Whatsapp y aguardó respuesta dejando el teléfono sobre una la mesilla de cristal. Se impacientó al punto de tomarlo de nuevo para escribir... no supo bien qué. En ese momento, el aparato vibró en sus manos: «Por aquí no, ya te lo he dicho. Nos vemos en el Parador esta tarde. Sé discreto».

Las horas se le hicieron eternas, aparcó en una de las plazas reservadas y entró en la cafetería del Parador Nacional para tomarse un copazo que le calmase los nervios. Como era previsible, algunas personas se acercaron para saludarlo o, simplemente, le hacían un gesto al que él correspondía fingiendo una sonrisa. Era parte de su trabajo, como concejal, se repetía, caer bien a la mayor parte de sus votantes. Al menos, intentarlo. Pero su mente estaba fuera de allí. El chivatazo le tenía de los nervios. Dio una encogida al escuchar una voz a su lado; el tipo lo saludó y se sentó pidiendo un vermut.

—Espero que sea importante, tenía planes con mi mujer para cenar





y, en vez de eso, estoy aquí. —No lo miró, se limitó a dar las gracias al camarero y a recordarle al concejal que fuera discreto.

—Hay... hay un periodista..., está haciendo mucho ruido. Preguntas...

—¡Va! Un periodista, ¿eso es todo? Me habías preocupado. —Bebió un trago largo con parsimonia—. Se le paga y punto. Este proyecto es demasiado grande —bajó la voz— como para salirnos ahora por ¿cuánto?, ¿mil o dos mil euros tapando unas bocas?

El concejal había negado tímidamente con la cabeza aguardando para responder.

—Creo que este es de los otros, me lo han dicho. Es joven y ha husmeado en las adjudicaciones de...

—Ssssshhh. Coño, Luis, ¿qué te he dicho? Que seas discreto. No sabemos quién está escuchando. Escríbeme el nombre de ese periodista —le acercó una servilleta de papel— y yo me encargo. No te pongas nervioso.

La estilográfica del concejal rasgó el papel, luego, emborronó con tinta la segunda servilleta que le acercó el funcionario de la Junta. Finalmente, garabateó dos palabras y se guardó la estilográfica dándole las gracias.

—Vete a casa, descansa, duerme o haz lo que te dé la gana, pero no la cagues, Luis —enfaticó—. ¿Estamos? Ah, y esta la pagas tú —añadió, alejándose decidido hacia la puerta, sin más saludo ni despedida.

\*\*

Miquel no se acostumbraba al calor andaluz. Echaba de menos su Tarragona natal, incluso el almuerzo a media mañana, para reponer energía, hasta la hora de comer. Se preguntó qué aspecto tendría el delta de l'Ebre desde el Montsiá, evocando las excursiones, a la Foradada, desde Sant Carles de la Ràpita, cuando se escapaba con sus amigos de los turistas de sol y playa. El cursor del ratón parpadeó al principio de una hoja en blanco, en su portátil, como aguardando impaciente a que el periodista descargase todo lo que le rumiaba por la cabeza. Dejaría el titular para el final, una costumbre heredada de sus tiempos de facultad, de su maestro y mentor en el oficio. Consultó sus notas, las declaraciones de los testigos y entrevistados, las fotografías de los olivares y, rascándose la sombra azulada de su barbilla, a falta de un buen afeitado, comenzó a teclear.

Las compañías extranjeras sabían lo que hacían, pensó, a la hora de presentar a la Administración los proyectos de plantas de aerogeneradores. Fragmentaban las licitaciones para que los estudios de impacto ambiental fueran más benignos y la Junta los aprobase sin mucha demora. Expropiación forzosa de terrenos de cultivo, en su caso, y, meses después,



donde antes veías olivos, emergerían torres de metal con sus aspas a merced del viento, produciendo megavatios de electricidad “limpia”. Sonrió al pensar en aquel engañoso adjetivo. El problema es que nunca llovía a gusto de todos, sonrió de nuevo por la ocurrencia, mientras tecleaba casi frenético. Una cosa era instalar aquellos monstruos en roquedos o campos baldíos, y, otra bien distinta, robarle el sustento a humildes agricultores que habían estado cultivando la tierra durante generaciones. El olivar no daba para mucho, cierto, menos aún sin las ayudas de la Unión Europea, pero mantenía a muchas familias que de otra forma se verían abocadas al subsidio... o a la ruina. Se detuvo para releer lo escrito. Había sabido que esas plantas de energía “limpia”, no solo no eran tan limpias y ecológicas, como hacían creer a la ciudadanía. Tras unos años de explotación, se desmantelaban y, en los terrenos ocupados, ya no podía volver a cultivarse como al principio.

Se encogió con la melodía, a su lado, cerrando el portátil para atender una curiosa llamada de teléfono. Cuando regresó al artículo, lo releyó para continuar, pero se dio cuenta de que a la noticia le faltaba lo más importante: el drama, las personas. En lugar de mandarlo a la papelera, abrió otro archivo orbitando una taza de té maca sobre la desordenada mesa de trabajo.

\*\*

A Sebastián le quedaban un par de años para jubilarse, apenas eso, dos años. Sus olivos habían dado frutos desde antes de nacer sus abuelos, pero uno de los proyectos de aerogeneradores en la región iba a dejarlo sin su sustento. Lo que le darían por la expropiación apenas cubriría gastos. El resto de los propietarios de los terrenos de titularidad privada habían sido más fáciles de “convencer”. No querían ser esclavos de la agricultura y preferían vender e invertir el dinero en pisos en la capital. Sebastián, en cambio, había decidido luchar; sobre todo, cuando los ecologistas lo convencieron de que podía ganar. Estos hicieron ruido, acampadas en sus terrenos y una recogida de firmas para presentar a la Administración.

Algo huele mal aquí, se dijo para sí Miquel, dejando de teclear, para que cuando existían instrumentos legales no se pudiera desestimar el proyecto, incluso con una evaluación de impacto ambiental en contra. Se levantó de la mesa, inquieto. Sospechaba qué podía haber pasado para que, de un día para otro, los ecologistas mirasen a otro lado y levantasen el circo mediático en los olivos de Sebastián. Miró a través de la ventana abierta, resoplando por el calor, pero con una idea en la cabeza. Le costaría un poco tirar del hilo de las mordidas, pero estaba dispuesto a enfangarse si era necesario. Esa era otra de las frases que recordaba de su mentor. No hay honor sin dolor.



\*\*

La servilleta de papel del concejal tuvo un recorrido corto. El funcionario de la Junta llegó a casa antes de lo previsto. Cenaría con la familia, para alegría de su esposa que se lo agradeció nada más llegar. Necesitaba que estuviera contenta, se dijo para sí, pues temía que, en algún descuido, en una de sus salidas nocturnas, sospechase que no solo iba a cenas de negocio. Cuidar las formas era siempre la clave. No había llegado tan lejos en la política por casualidad, se recordó. Anunció que se ducharía antes de la cena y, en el baño, sentado en el inodoro, hizo una llamada con un viejo celular, casi de juguete, que usaba solo para las emergencias. Y aquello parecía una. No tuvo que decir nada a su interlocutor, solo el nombre del periodista antes de colgar. Sabía que podía confiar en la persona al otro lado de la línea.

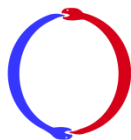
A la hora de la cena, no encendieron el televisor, demasiadas malas noticias, bromeaba. Le costaba más que sus hijos adolescentes no tuvieran sus móviles a mano, como un invitado más a la reunión familiar. Le empezaba a preocupar Luis, el concejal del municipio donde iba a construirse, en breve, una planta de aerogeneradores, si todo iba bien. Saldría bien y punto, se convenció en silencio, asintiendo a lo que su mujer le fue contando sobre su día.

\*\*

La pieza que necesitaba encajar en el puzle, Miquel la obtuvo haciendo algunas llamadas y pidiendo un puñado de favores a Madrid. No se equivocó mucho. Un poco de dinero bastó para que los ecologistas cambiaran de discurso. La planta de aerogeneradores de la serranía jienense parecía tener más ventajas ya que inconvenientes. Sería por olivos, oyó en una de las conversaciones. Sin duda, había muchos intereses alrededor del proyecto, no descartó a algún político de turno de por medio, así que debía ser cuidadoso a la hora de enfocar el artículo para que la dirección del medio digital en el que trabajaba no le llamase al orden sin poder aportar pruebas contundentes.

Justo una de esas llamadas, casi por casualidad, lo puso en contacto con el concejal de Urbanismo, Luis Bonachero. Al principio, este se mostró frío, remitiendo al periodista al Departamento de Prensa del consistorio, pero Miquel tenía en mente los preceptos de su mentor; le había ido bien seguirlos, entre estos, uno era el de tentar con un farol, asumiendo el riesgo, claro.

La segunda llamada de Miquel al concejal logró ponerlo nervioso y supo que era momento de recoger sedal. Afirmó tener pruebas del acuerdo con los ecologistas para que dejaran a Sebastián a su suerte, información



que el periódico publicaría, más pronto que tarde, y que la verdad saldría a flote, aunque se llevase por delante a algún cabeza de turco. Miquel rellenó el silencio contándole un dato curioso sobre un lugar, muy especial, en Tarragona. Más de mil quinientos olivos milenarios, en Ulldecona, el conjunto más grande del mundo. Uno de los olivos estaba considerado el árbol más viejo de España. “Lo que habrán visto y oído esos olivos, señor Bonachero. Y siguen dando frutos, qué curioso, ¿verdad? Como decía un profesor de periodismo de mi facultad: ‘La mentira es un árbol que da flores, pero nunca frutos...’. Que pase buena tarde”.

\*\*

La noticia, días después, tuvo de protagonista a Miquel. No como firmante de un artículo de denuncia social. Había logrado una cita con el concejal en la que esperaba exprimir aceite en frío, bromeó para sí por su acertado paralelismo. Pero se desayunó con una llamada en la que le advirtieron que una compañera del medio lo había denunciado por acoso. Lo dejó helado, sin comprender. ¿Quién? ¿Por qué? En el periódico le aconsejaron que lo mejor era quedarse en casa, por una temporada; hablar lo justo y preparar su defensa con un buen abogado. Sus artículos se los pasarían a otro compañero. *Mientras no se demostrase nada, su trabajo no peligraba*. La frase hasta le pareció una dentellada. No recordaba haberse propasado con ninguna compañera, ni tan siquiera con nadie en las salidas de fin de semana. Pero supuso que era parte de la realidad imperante que había visto los últimos años. Una denuncia “falsa”, una vista oral en juzgados y a demostrar, lo mejor posible, la verdad, su inocencia. Era consciente de que ganaría el contencioso, pero el daño ya estaba hecho. La noticia en los medios no ocupó lo mismo que si hubiera sido un futbolista o un cantante, al menos. Pensó en Sebastián, también en su familia, en La Jana, a la que tuvo que llamar y asegurar que estaba tranquilo por ser inocente.

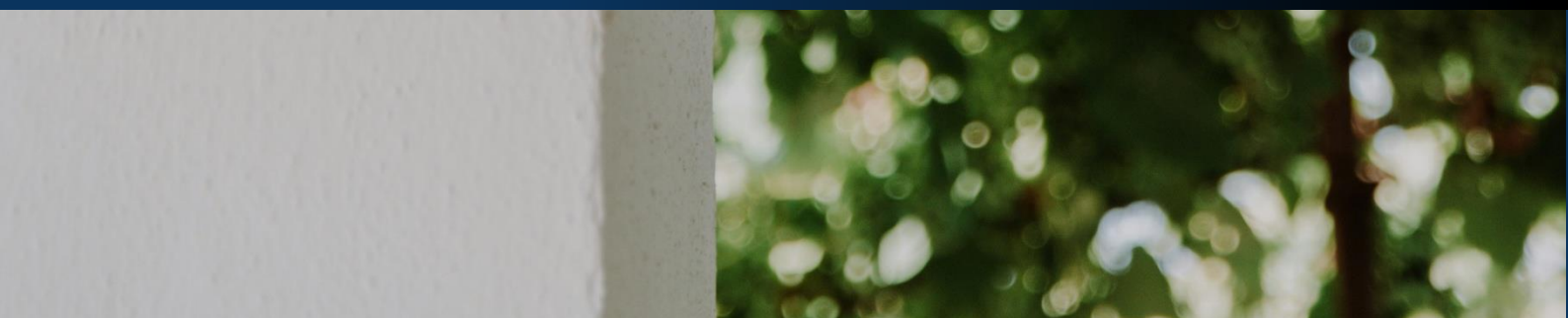
\*\*

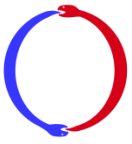
La casualidad hizo que la denuncia se desestimara la misma semana que unas máquinas con voracidad mecánica arrancasen con sus dientes de metal las primeras hileras de olivos de la finca de Sebastián. Él no quiso verlo. Tampoco atendió la llamada del periodista. Miquel se sentía feliz por una parte y decidido por otra a llegar al fondo del asunto. Aunque tuviera que hundir las manos en la tierra, pensó; descubriría y publicaría el turbio negocio de las adjudicaciones de los parques eólicos. Tenía un hilo y lo seguiría; con los años, la piel se le haría rugosa, casi como la de aquellos árboles que no habría podido salvar, pero que se merecían justicia.





El nido





Goyo



i la memoria no me falla, debe hacer diez años que nos visitan las golondrinas y siempre recuerdo la hermosísima canción mexicana universalmente conocida que compuso en 1862 Narciso Serradell Sevilla, y que Sam Peckinpah incorporó en la inolvidable película *Grupo salvaje* (1969), cantada por los agradecidos vecinos de un pueblo mexicano liberado por los forajidos protagonistas de la película.

¿A dónde irá  
veloz y fatigada  
la golondrina  
que de aquí se va?  
quizá en el viento  
se hallará extraviada  
buscando abrigo  
y no lo encontrará...



Mi mujer y yo vivimos en una villa marinera del norte de La Coruña, en un cuarto piso. El ático del quinto tiene terraza y la amplia protección que brinda la terraza a nuestro salón motivó que las golondrinas anidaran en el lateral izquierdo, suponemos que por la orientación NE-SO de nuestra calle y que protege el nido de los violentos y frescos vientos del NE, muy persistentes en primavera y verano.

Tardamos en advertir el nido hasta ver el continuo trasiego de los pájaros y avisamos a nuestro vecino, puesto que el nido estaba más cerca de su ventana y no lo podían ver directamente. Compartimos la alegría por haber sido elegidos por estas maravillosas aves, que en nuestra zona vienen a mediados de abril y se marchan a mediados de septiembre coincidiendo con el inicio del otoño, con ligeras variaciones a causa de los cambios de temperatura. Hace cinco años reparamos en que el nido estaba abierto y parcialmente destruido después de su marcha y temimos que no volverían, pero construyeron otro nido a menos de un metro del anterior, ahora en los dominios de nuestro piso.

No fallan en sus visitas, es una alegría verlas alimentar a sus crías que asoman sus cabecitas a través del escueto hueco del nido sin que se posen ni entren en él. Las llegadas y salidas son muy rápidas y los cambios de dirección vertiginosos, obtienen el alimento al vuelo a base de muchos insectos y hemos observado que solo recorren unos centenares de metros de nuestra calle, la secuencia de alimentación es extremadamente frecuente en varios sectores del día.

La trayectoria de entrada y salida es paralela a los ventanales del salón y cuando el viento no es fuerte nos asomamos a la ventana y se aproximan mucho a nosotros sin tocarnos, emitiendo su trisar, creemos que con objeto de intimidarnos para que no molestemos a sus crías.

¿Por qué vuelven siempre al mismo lugar? He leído que pueden recorrer desde África hasta ocho mil kilómetros. Como su vida dura de tres a cinco años, suponemos que sus descendientes reconocen el nido, pero lo consideramos siempre un milagro.





Pluma, Tinta y Diario





**Miguel Quintana**

DIARIO. —Siempre he pensado que se necesitaría el auxilio de la Musa, como dice frecuentemente este, para que soplara al oído del que escribe, o del que habla o del que piensa; para que su soplo levantara el polvo que se va depositando encima de la piel de la memoria y sobre todo dentro del alma, pero ya tengo cierto barrunto de que esto de esperar soplos de musas debe de ser el cimiento donde estriba la esperanza de los necios, por lo que voy a ignorar a toda una diosa, porque las Musas son diosas, ¿no?, y además tampoco es que se necesite demasiada altura de miras poéticas o históricas para levantar ese polvo...

TINTA. —(Dando claros signos de fatiga). ¿Qué polvo?

DIARIO. —(Abre los brazos y parece que con sus manos quiere indicar todo cuanto está delante de sí). El polvo que borra la pizarra de la memoria... (Tras pausa meditativa, añade con decisión). No, no se necesita altura, así que váyanse a paseo las Musas, o a dormir, o a hacer gárgaras.

TINTA. —No seas necio tú, Diario.

DIARIO. —De verdad, no necesitamos ese aliento del que tanto se ha hablado, que empuja y pone en trance o algo por el estilo. ¡Qué trance ni qué gaitas necesitamos para hacer un esfuerzo y que la memoria despierte! Ninguno. Y si la memoria se quedara dormida y el polvo ese permaneciese encima de los párpados, pues que siga ahí. ¡Quién no nos habría de dejar mentir!



PLUMA. —(Como despertándose). O sea, que planeas mentir.

DIARIO. —(Con aire académico). El mentir a veces no se planea, pero sin planearlo se miente. Se miente aquí y allá, antaño y hogaño, ¿y no habrían de permitirse entonces mentiras en un diario?

TINTA. —Pues vaya diario de pacotilla si no solo hay en él mentiras, sino que incluso se afirma que las hay o que las habrá.

DIARIO. —Por otra parte, tal vez no haya cosas más hermosas que las mentiras... Además, a pocos les interesa deslindar lo uno de lo otro, y ocurre, para más *inri*, que en un siglo equis la proposición zeta es verdadera, pero en el siglo siguiente es falsa. Por lo tanto...

PLUMA. —Tanto monta, monta tanto.

DIARIO. —Efectivamente.

TINTA. —¿Se llamaban, tal vez en algún tiempo, cínicos a los que decían cosas similares?

DIARIO. —(Encoge sus hombros). Tal vez. Es cuestión de palabras. Como todo, es cuestión de palabras... Afortunadamente no es cosa grave.

TINTA. —Por la misma razón podrías también decir que nada es cuestión de palabras, es decir, que afortunadamente solo las palabras son cuestión de palabras.

PLUMA. —(Con aire de cierto desprecio). Es poco fecundo discutir boberías... Así como es fértil discutir, o pudiera serlo, discutir boberías convierte en yerma la lengua.

TINTA. —Oh, yo realmente no es que quiera discutir boberías, aunque reconozco que me faltan demasiadas noches de insomnio leyendo y estudiando para poder discutir algo distinto, pero lo que no entiendo es lo que quieres hacer, Diario, cuando dices que quieres mentir en tus páginas. ¿Es esto lo que has dicho? ¿O es que no te he entendido bien? Porque si es eso que yo he entendido es que quieres escribir tú, tú mismo..., ¿no? Y si esto es así, la verdad, no sé dónde vamos a parar.

DIARIO. —Parar, parar, a ningún lado. Depende de nuestro dueño: que no abandona la huelga y sigue haciendo mutis por el foro..., pues nada, aquí acaba la cosa, en nada. Y tú, Tinta, ya te puedes ir preparando para emigrar a más hábil tintero y que te empleen mejor. Y lo mismo te digo a ti, Pluma: bien tonta serías si te metieras en un cajón, pues acabarías en la oscuridad tus días, en el vacío.

PLUMA. —Y tú, ¿qué piensas hacer?

DIARIO. —Pues en el caso de que nuestro dueño siga haciendo el tonto y el vago... (se toma un gran espacio de tiempo pensando, como si tuviera mucho donde buscar y no viera la forma de encontrar lo que busca), la verdad es que no tengo mucho previsto en la manga... (Con decisión, rayando la ira). Pero a lo que me niego en rotundo es a sentarme para ver cómo se llenan de humedad mis páginas y las invade ese odioso y pertinaz ejército del amarillo bárbaro...

TINTA. —(Con ingenuidad posiblemente falsa, aunque no exenta totalmente de duda). ¿El amarillo?



DIARIO. —(Le vuelve la espalda y declama con retórica). Sí, las canas del papel empiezan en amarillo y terminan...

PLUMA. —(Interrumpiendo). Bah, no te queda bien la idea.

TINTA. —Oh, Dios, a mí realmente me da una pena horrible que esto acabe así, así y ahora, es decir, si acabara ahora y así...

DIARIO. —La verdad es que es una pena lo de nuestro dueño..., ¡Dios mío, qué vago es! Porque esto de ahora, creedme, no es que esté enfadado conmigo por haberle revuelto el pasado, no, no, qué va, es pura vaguería..., ¿se dice así? Sí, es una pena, porque sería razonable que nos abandonara si es que estuviera dedicado en cuerpo y alma a otra cosa, pero a qué dedica su tiempo. (Nadie le responde, por lo que se ve obligado a contestarse a sí mismo). Pues a nada, a papar moscas y hierbas semejantes.

TINTA. —Eres injusto con él, Diario, porque tú no puedes saber a qué dedica su tiempo.

PLUMA. —Es verdad, Diario, que no puedes saber a qué dedica o a quién dedica sus pensamientos.

TINTA. —Ni hacia dónde ni con qué velocidad caminan sus sentimientos.

DIARIO. —(Con prosopopeya). Queridas mías, no lo sé con certeza, pero intuyo algo, mucho de lo que sé y digo lo intuyo, y no demasiadas veces ni demasiadamente grave he errado, aunque ciertamente no me ufano de ello. Y mi intuición me dice que este hombre ha pecado muy gravemente de vagancia, ¿se dice así?

TINTA. —De todas formas, sea vago o animoso, el caso es que he sentido cierto placer en sus manos cuando me derramaba, ayudada por la pluma, por encima de alguna de tus páginas, Diario.

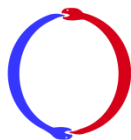
PLUMA. —Sí, también yo he vibrado no poco entre sus dedos cuando me aprieta y, cargada de tinta, aplica mi punta acerada y húmeda sobre el papel de tu cuerpo, Diario, para depositar sobre tu blanca superficie...

DIARIO. —¡Sí, para depositar más de un negro pensamiento! ¡O un errabundo pensamiento, de esos que sonrojan!

TINTA. —(No parece que le interese el tema, por lo que cambia). ¿Por qué pensáis vosotros que nos ha abandonado?

DIARIO. —(Por las muecas, se diría que está convencido de lo que dice). Yo creo que no nos ha abandonado. Es posible que tarde en volver a nosotros, pero otra vez mi intuición me dice que no puede vivir sin emborronar unos papeles. O, aunque no los emborrone así literalmente, seguro que está tomando notas mentales, o notas en cualquier papel por ahí para venir después otro día y sorprendernos con cuatro o cinco apretadas páginas escritas de un tirón.

TINTA. —¿No crees que se alejó de nosotros porque tú, Diario, te hayas ido de la lengua? (Ante la sorpresa del interpelado, aclara la pregunta). Por irte de la lengua con esa historia de la que llamas Aurora. No debió de gustarle que un mero cuaderno de papel especulase sobre su pasado.



DIARIO. —¿De su pasado? ¡Qué dices! ¡Querrás decir de un momento mínimo de su pasado!

PLUMA. —¡Jolines, pero qué momento!

TINTA. —Sí, es cierto, Diario. Es como si fueras andando por la calle y vieras de repente colgado de algún sitio el cuadro de tu vida. (Se cruza de brazos, y mirando hacia arriba, continúa). O como si fueras al cine y pusieran allí la película de tu propia historia. Y además narrada como le hubiese dado la gana al narrador o al guionista o al diablo que sea. El caso es que...

DIARIO. —(Dándose importancia, como si su presencia pudiera trastocarlo todo). ¡Oh! ¿Pero he sido injurioso yo con él? ¿Dije tal vez algo engañoso?

TINTA. —¿Cómo se va a decir algo falso cuando se cuenta una historia de amor?

DIARIO. —(Continúa con tono fatuo). ¿No será tal vez que esté enfadado consigo mismo porque quisiera estar lúcido y a la altura de las circunstancias cuando habla de Wolfgang? Porque hay que reconocer que lo que escribe de este...

PLUMA. —Pues no me parece lo peor.

TINTA. —(Con voz aparentemente quejumbrosa). Por cierto, la idea puede ser interesante, aunque la realización de la misma por parte de él deje que desear... ¡Pero la idea como tal parece válida!

PLUMA. —Yo también creo que fuiste tú, Diario, con el cuento que contaste... Él se hacía el dormido, pero estoy segura de que estaba bien despierto escuchándote. Y, la verdad, no sé cómo no te cogió en sus manos y te desencuadró en el acto.

DIARIO. —¿En qué acto?

PLUMA. —Ipsa facto.

DIARIO. —Ah, ipsa facto.

TINTA. —Sí, no sé cómo vives, pues otro estoy segura de que habría cogido su diario locuaz e impertinente y lo hubiera..., ipsa facto.

DIARIO. —No, os equivocáis, no podría romper ni una sola de mis hojas, no podría tachar ni una sola palabra de una sola de mis páginas... ¡Quién se cercena así como así un dedo, una mano, la lengua!

PLUMA. —Pues entonces es que está hasta la coronilla de sus dedos, de sus manos, de sus lenguas.

TINTA. —Qué quieres decir.

PLUMA. —Nada, que es bobada especular y especular sin base. Os propongo, en cambio, un plan.

TINTA. —Un plan, para qué

PLUMA. —Un regalo.

DIARIO. —¿Un regalo?

PLUMA. —Sí, os propongo hacerle un regalo.

TINTA. —Qué quieres regalarle.

DIARIO. —¿Y para qué?

PLUMA. —Pues... estoy pensando en regalarle tiempo...





DIARIO. —(Sobresaltado). ¡Tiempo!

PLUMA. —Sí, pero como no creo que podamos nosotros regalarle tiempo, se me ha ocurrido que podríamos escribirle unas cuantas páginas sobre lo que él está pensando: sobre Wolfgang.

DIARIO. —¡Páginas sobre Wolfgang! ¡Tú estás loca! (Con gran solemnidad). ¿Sabes quién es Wolfgang? ¿Sabes lo que representa? ¿Sabes el berenjenal en que uno se mete cuando uno se mete con ese?

TINTA. —Espera, espera, Diario, deja a la Pluma que se explique.

PLUMA. —Es bien sencillo... Ya se sabe lo que pueden dar de sí y por sí mismos una pluma, un poco de tinta y unos papeles..., nada...

DIARIO. —¡En efecto, nada! ¡Qué vamos a dar de nosotros y por nosotros mismos, en efecto!

TINTA. —(Muy ensimismada y dando grandes muestras de su decepción). Nada.

DIARIO. —Eso ya lo sabemos.

TINTA. —¿Entonces?

PLUMA. —Entonces..., entonces..., pues tiene que haber alguna solución. ¿No se dice que todo tiene solución?

DIARIO. —Veamos. Lo que insinúas es que así, a pelo, la Tinta, tú y yo escribamos algo sobre el Wolfgang de mis amores y se lo regalemos a este... O sea, que vamos paso a paso, así como quien no quiere la cosa, nos llegamos donde esté durmiendo, o donde esté ordeñando musarañas, carraspeamos un poco con el famoso ¡ejem, ejem! y le decimos Eh, amigo, toma, mira esto que escribimos para ti, acéptalo como un presente de tus siervos..., ¿es algo así lo que insinúas, oh, Pluma?

PLUMA. —(Con gran dulzura). Algo así, pero no hace falta llevárselo ni carraspear... Es mejor dejarle que siga durmiendo, o soñando, si es que sueña donde duerme, es mejor que descubra todas las clases de musarañas que haya y que las ordeñe, si lo necesitan... Ya irá él solito, digo, ya vendrá a nosotros, te cogerá a ti primero, Diario, tal vez eche la vista a tus páginas pasadas y relea algo, tal vez corrija alguna palabra, cláusula o expresión, tal vez tache o añada párrafos, y tal vez llegue al final, a la última página escrita por él, y él mismo entonces se dará cuenta del regalo que le habremos hecho.

DIARIO. —¡Sí, coimes, pero el busilis del asunto está en el propio problema de qué diantres podemos escribir nosotros en algunas de mis páginas sobre Wolfgang...! Oh, Dios, este hombre parece que va a estar persiguiéndome *in aeternum* como si fuera un fantasma... Pero..., ¿qué sabes tú, ¡oh, Pluma, de Wolfgang? Es decir..., no se trata de decir dónde nació, cómo vivió y tal, se trata...

PLUMA. —(Con excesivo ardor, como si quisiera aniquilar una montaña). Se trata de lo que se trate, y de todo se tratará sin excluir del trato nada, ¡hasta escribir un tratado!

DIARIO. —¡Pero mujer! ¿Vas a estas alturas a querer escribir dónde nació, dónde murió, dónde amó, dónde odió?

TINTA. —Sin embargo, a mí tampoco me parece disparatada la idea.



DIARIO. —(En tono incrédulo). ¿Pero sabéis vosotras algo de música? Es decir, ¿de técnica musical? Porque pensar en escribir sobre un músico o sobre música sin saber música me parece de nota. Digo, de mala, malísima nota..., o mejor, de nota falsa.

TINTA. —¿Te refieres a cosas así como las semicorcheas, a los demás tipos de figuras, o a los modos mayor y menor, a los distintos tipos de compases, o a los intervalos, por ejemplo?

DIARIO. —Por ejemplo. Pues ¿cómo vas a escribir sobre un músico si no sabes lo que son ni para qué sirven las ligaduras, ni tienes remota idea de cómo entonar una escala diatónica...? Por poner otro ejemplo, ¿en qué se diferencia la escala natural del modo mayor de la del modo menor? O ¿cuántos tetracordios tiene la escala de Do mayor?

PLUMA. —¿Importa realmente saber cuántos tetracordios tenga en su vientre una escala para amar a Wolfgang? O, en su caso, para odiarlo...

DIARIO. —Importa, y mucho. Y saber al dedillo la distancia que separa los tetracordios, entender por entero las diferencias que haya entre las escalas naturales, comprender qué sean y para qué se usan los matices, juzgar de las diferencias entre altura, volumen y duración de un sonido, discernir un semitono cromático de uno diatónico, en fin... En fin, estas cosillas que son el abecé más elemental y del que obligatoriamente hay que partir para...

TINTA. —¡Valiente majadero que necesita el aliento de un tetracordio para escuchar e impregnarse de la magia!

DIARIO. —Acepto que me llames majadero, pero me gustaría oír el sambenito que te cuelgas tú si quisieras hablar, analizar la sonata esta, sin ir más lejos, la sonata con que estaba últimamente nuestro amigo torturándonos, me parece que era la sonata en Do menor... ¡Porque mira que le gusta torturarnos con una pieza...! Se le antoja cualquiera del catálogo, le empieza a entrar una obsesión, no sé cómo llamarla, por ella, y ¡zas!, ¡obra que tortura y torturará nuestras meninges noventa veces al día y doscientas por la noche! Pero vuelvo al principio: veamos, estoy esperando tu análisis..., ¡vamos, analízame esa sonata! Por cierto, ¿qué es eso de la magia?

PLUMA. —Yo creo que, para nuestro nivel, el escalón donde nos encontramos y por donde nos movemos, no tiene mucho sentido hablar de música. Solo es necesario decir Me gusta, o Me gusta mucho, o Me gusta muchísimo, o decir No es para tanto, o No le veo mucha chicha, y fórmulas similares, fórmulas vagas, fórmulas vulgares que todo mundo entiende, en las que debajo de ellas esté, naturalmente, la verdad. Creo que con esto basta y debe de ser la mejor crítica de gente como nosotros. Y si me apuras para analizar, como dices, esa sonata de marras, he de decirte que coincido con él en que me gusta muchísimo. ¿Me gusta muchísimo porque también es buenísima? ¿Porque es malísima? Qué importa, sí, qué importancia habría de tener que fuera buenísima la sonata y a mí me gustara muchísimo, o bien que a mí me gustara muchísimo, aunque fuera malísima. Ninguna importancia. No sé si es buena o mala, pero puedo



decirte que, o bien estoy engañada totalmente y estoy soñando, o esta sonata me pone los pelos de punta. Y esto es lo importante. Quiero decir, lo verdaderamente importante es que está ahí la sonata, y está ahí porque es producto de un genio, y todo lo demás, me guste o disguste, no tiene importancia. No sé por otra parte en qué tonalidad está escrita, ni las partes que tiene, ni si está o no construida siguiendo unas reglas preconcebidas o establece ella misma otro tipo de reglas, tampoco sé ni las figuras que tiene ni me importa descubrir mucho de sus silencios, ignoro asimismo las transacciones que haya desde Do menor a otras tonalidades, ignoro en fin, querido Diario, todas esas cosillas que dices tú hay que saber para escuchar música, pero aun ignorándolas puedo decirte que la sonata me gusta, qué digo, me eriza todo el alma, y no lamento, oyéndola, sino no saber interpretarla al piano... Sí, nuestro dueño la ha escuchado tantas veces..., tantas veces que sin yo quererlo..., ¡aunque es difícil que tenga voluntad una simple pluma!, se me ha metido dentro infectando mis entretelas... Supongo, Diario, que dirás que soy cursi, pero ¿habría también de importarme tu opinión? En efecto, me ha infectado con la belleza de esa sonata, con la que sabes bien cómo nuestro dueño nos atormenta..., y déjame poner comillas sobre las palabras, pero no solo con ella, sino también con otras, como por ejemplo..., por ejemplo la Misa también en Do menor, o el Cuarteto en Re menor, o la Sonata para piano en Si bemol, o el Quinteto en Sol menor, o el Concierto para piano en Si bemol, o el Quinteto con clarinete en La, o el Concierto para violín en La, o las sinfonías finales..., sin contar con las grandes obras, con la ópera... ¡Tantas veces me ha envenenado el alma con esta magia, querido Diario!

DIARIO. —(Con acusado sarcasmo). Ah, resulta que esta es la famosa magia.

TINTA. —Es la magia de la poesía que suena.

DIARIO. —¿También tú, oh, Tinta, disfrutas con el veneno del amigo Wolfgang?

TINTA. —Oh, sí, podría suscribir lo que dice la Pluma, y no tendría empacho alguno en cargar las tintas...

DIARIO. —¿Y también estás dispuesta a secundar su plan?

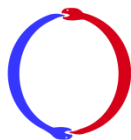
TINTA. —¿No permitirías tú, por tu parte, que usáramos de tus páginas para sorprender a nuestro dueño con unas cuantas ideas de nuestro coleteo sobre su música?

DIARIO. —No estoy seguro de poder aguantar la risa cuando me sembrarais de sinsustanciadas... Porque ya estoy viendo lo que pudierais escribir por vuestra cuenta y riesgo: simplezas por aquí, niñerías más allá, me gusta esto, esto no tanto, y para de contar... ¿Creéis que esto es un plan de escribir sobre música?

PLUMA. —¡Pero vamos a ver, mendrugo, qué problema hay en que el que puede cinco dé cinco y el que pueda dar tres dé tres, o el que pudiera siete diera siete, qué problema ves en ello!

DIARIO. —Ninguno, ciertamente.

PLUMA. —Pues en estas estamos.



DIARIO. —Estoy ansioso esperando ver el resultado. Lo que temo por mi propia integridad, pues no sería de extrañar que él, al ver las simplezas que se os ocurran, no tenga tiempo para ir corriendo a la chimenea y alimentarla con vuestro esfuerzo...

TINTA. —(Con acusado sarcasmo). En tu opinión, es mejor escribir de esa Aurora que te sacas de la manga... Porque creo haberte escuchado decir antes que había que echar a paseo a las Musas y ponerse manos a la obra sin esperar a que ellas soplen en la oreja de uno. Es decir, que te proponías escribir tú algo, ¿no? ¿No decías antes algo parecido?

DIARIO. —Sí, estoy tan cansado de oír a nuestro dueño tantas lamentaciones porque la Musa le desampara... Pero espera..., parece que va a despertarse..., hay que tener cuidado... No, no hay problema, sigue durmiendo. Falsa alarma. ¡Parece mentira, cuánto duerme! Y después se queja... Parece también mentira que mientras él duerme estéis vosotras maquinando para escribirle lo que tendría que tener él escrito ya hace veinte o treinta semanas, o meses, qué sé yo... El caso es que no deja de ser sorprendente que él duerma y queráis vosotras escribirle, repito, lo que tendría que escribir él..., aunque, por cierto, casi es igual que se lo escribáis vosotras o que lo escriba él, pues no me parece que haya mucha diferencia, porque si sinsustanciadas él escribe, sinsustanciadas escribís vosotras, y dos o tres lugares comunes, y cuatro o cinco niñerías... Y no me extrañaría, por otra parte, que estuviera ahora, ahora que está dormido, pergeñando en sueños alguna historia..., porque, como sabéis, de vez en cuando suelta un sueño y te deja seco, o llorando... Recuerdo..., sí, recuerdo varios, pero supongo que vosotras también se los oísteis, pues estáis cerca. No sé si os acordáis de cuando un día estaba totalmente deprimido porque decía que en sueño había escrito una escena estupenda, con excelentes diálogos, con acotaciones ingeniosas de todo tipo, dando relieve y carácter fuerte a tres o cuatro personajes de no sé qué cosa, y el caso es que al querer sustanciar todo lo que había escrito en sueños y pasarlo al papel, resulta que todo se le había esfumado y, decía él, que parecía como si alguien hubiese quitado el tapón de su botella y la hubiese invertido, yéndose al carajo todo su hermoso licor tan onírico como dramático... No, no me extrañaría que estuviera ahora también escribiendo otra estupenda escena en sueños, otra escena inmortal, tan inmortal que tan pronto como despierte muera, sin haber sido ensayada una sola vez por los actores... Por cierto, ¿sabes tú, Pluma, o tú, Tinta, entrar en su mente dormida y rastrearla, rebuscar por sus pasillos y salones, subir y bajar por sus escaleras... y ver dónde está él mismo si a la mesa o en la cama...?

TINTA. —¿Quieres decir si está dormido totalmente, totalmente inconsciente? ¿O si está inconsciente pero activo; parado pero trabajando?

DIARIO. —Quisiera ver cómo las ruedas de la máquina de su cabeza giran, quisiera saber si en efecto está colonizado temporalmente por la muerte, como es pública sospecha que sucede en el sueño, o si por el contrario corre entre sus dedos incluso en sueños la vida aún, y si es cierto eso que cuenta que trabaja dormido escribiendo... O, en su caso, quisiera





saber, si vosotras pudierais introduciros en su mente, para saber si es presa del horror tan usual al parecer en los humanos que tras un día de sudor viene una noche húmeda de angustia...

TINTA. —Todo pudiera ser. Pero también pudiera estar inmerso en medio de un juego de lazos eróticos...

PLUMA. —¡Sí, tal vez pudiera descansar más en los brazos de Venus que en los de Morfeo!

TINTA. —No sé si podría entrar del todo dentro de su maquinaria y husmear cómo giran esas ruedas que dices, pero sí puedo deciros de buena tinta que le he oído a veces pensar otros proyectos..., sí, pensar en otros proyectos, y como consecuencia de ello darnos carpetazo..., así como suena, carpetazo.... El caso es que si ello llega a ser lo sentiría bien de veras, porque me divertía. Pero sí, amigos míos, otros proyectos están haciendo girar esas ruedas de su cabeza.

PLUMA. —¿Quieres decir que está planeando escribir de otra cosa?

TINTA. —Sí.

DIARIO. —¿Y abandonar a Wolfgang?

TINTA. —No, abandonarlo no quiere, pero me temo que esté pensando en meterte, Diario, en un cajón y esperar...

DIARIO. —¿Que a las ranas les salga pelo?

TINTA. —Porque ahora le acucian dos o tres tentaciones que tiene dentro de la cabeza y encima de la mesa...

PLUMA. —Dos tentaciones.

DIARIO. —O tres.

TINTA. —Sí. Por ejemplo, está tentado por escribir la historia de una casa a donde va un hombre a vivir, una casa antigua. Al poco de instalarse en ella comienzan a llegar cartas dirigidas a otros posibles inquilinos que vivieran allí antes. Al principio el hombre no les daba importancia alguna a las cartas, las dejaba encima del buzón y al cabo de poco tiempo los sobres desaparecían... Pero algo más adelante comenzó a intrigarle la gran variedad de cartas dirigidas también a gran variedad de anteriores inquilinos..., anteriores inquilinos, pensaba él..., y tras no pocas dudas se decidió a abrirlas. Cogió un día una y la leyó... Volvió a cerrarla cuidadosamente y la dejó encima del buzón. Otro día abrió y leyó otra carta, después otra, y otra... Había, como digo, gran variedad de misivas...

DIARIO. —¿Y todo esto se lo oíste tú pensar a nuestro dueño?

TINTA. —Sí, sí, todo se lo he oído pensar. Solo se necesita para oír, saber escuchar... Pero hay, además, como digo, más proyectos.

DIARIO. —Veamos pues el proyecto siguiente.

TINTA. —Pues el siguiente proyecto gira también en torno a un hombre que poco a poco va perdiendo su memoria... Oh, es un proyecto, diría yo, dramático, en el que ese hombre se da cuenta cómo poco a poco va perdiendo la memoria..., incluso pierde palabras, tiene dificultades para hablar, y cuando quiere decir, por poner un ejemplo, que piensa ir a visitar una cierta catedral, resulta que no sabe ni puede decir la palabra catedral, o la palabra visitar...



DIARIO. —Es decir, en este proyecto se habla de un rey que reina en el reino de la confusión..., si es que, a pesar de lo bobo de hablar así, se me dejara decirlo así..., ¿no?

TINTA. —No te rías, que a mí, que he asistido a ciertos aspectos o episodios de la historia, me parece, como digo, dramático, pues el hombre sabe que le faltan datos de la memoria que no puede recuperar, sabe que faltan palabras que no puede usar, con lo que supone de angustioso el fenómeno ese de no poder expresarse como solía y como quisiera, sabe, en fin, que, como si fueran escamas de la piel de una serpiente, o partículas, o partes, grandes porciones de su vida se le han caído a las raudas aguas del río que está atravesando y las olas y remolinos vertiginosos se las llevan..., se las llevan a la mar, que es el morir..., si se me permite esta otra forma tonta de hablar...

DIARIO. —Se te permitirá, qué diablos, porque cómo habríamos de poder taparte la boca.

PLUMA. —Creo que va a gustarme más el proyecto número uno que ese del desmemoriado. Parece más productivo proyecto, como si estuviese más y mejor preñado..., pues no hay que olvidar que parece más fecundo algo a lo que se suman cosas que algo de lo que se resta..., no sé si...

DIARIO. —A propósito, ¿no tenemos debajo de la faltriquera algún proyecto en el que se divida, o en el que se multiplique?

PLUMA. —Caso de haber alguno, ¿cuál quisieras tú?

DIARIO. —Parece también más productivo, más fértil e ingenioso uno en el que se multiplique. El dividir siempre fue más desagradable...

PLUMA. —Por cierto, Tinta, no nos has dicho qué decían las cartas.

TINTA. —¿Qué cartas?

DIARIO. —Coimes, las cartas de marras, esas cartas que llegaban a la famosa casa habitada por no se sabe qué fantasmas.

TINTA. —La casa la habitaba un hombre, un hombre de carne y hueso, un hombre que solo tenía sábanas en la cama, un hombre, por otra parte, curioso..., es decir, que tenía curiosidad en saber...

DIARIO. —No nos expliques lo que significa curioso, que nadie lo ignora.

TINTA. —Bueno, pues un hombre curioso... Lo que ocurre es que anteriormente había estado ocupada por otras personas, y estas personas eran las que aún recibían allí cartas.

PLUMA. —Oh, esto promete... ¡Claro...! Habían vivido allí sucesivamente cinco personas..., pongamos este ejemplo de cinco personas. Una era una profesora de francés... Siempre, siempre tiene que haber por medio una profesora de francés. Venga o no a cuento, siempre ha de rondar cerca una profesora de francés, un tanto pusilánime, aunque tratada en cercanías, nada de pusilánime, sino atrevida y atrevidísima, tanto como la propia ignorancia... Además de la obligada *mademoiselle* gala, sabihonda e inquisidora, y con una voz harto más nasal que cantarina que a no pocos podría estomagar, digo que además de esta atildada profesora parece conveniente y procede poner a un carnicero...



DIARIO. —¡Pero qué diablos estás diciendo!

PLUMA. —¡Hombre, los inquilinos anteriores! ¿No habría de haber un carnicero? Es casi más perentorio que..., ¿cómo digo perentorio?, no, no es perentorio, pero sí es necesario: un carnicero es totalmente necesario introducirlo en cualquier lista, y si no se incluye no hay forma de dar esa extraordinaria pincelada con el pincel de lo sublime que cualquier oyente, lector, espectador o incluso cualquier durmiente espera y desea ver, leer u oír...

TINTA. —Yo no tengo ningún óbice en que uno de los moradores sea o haya sido o hubiera querido ser carnicero, ninguno, pero tengo unos como escrúpulos con ciertas dificultades que veo... De todas formas, no es pertinente bajo ningún aspecto exponer mis propios sentimientos, por consiguiente, ¡adelante con el carnicero!

PLUMA. —Bien, pues con tu anuencia, vamos teniendo una remilgada y repolluda profesorita de francés..., que si la rogáramos mucho seguramente recitaría unas cuantas escenas de Racine..., tenemos también un flamante y robusto carnicero con rostro amoratado, consecuencia, a lo que se supone, del acendrado amor que profesa a la botella del morapio, y como tercer poblador de la casa, ¿a quién tenemos?

DIARIO. —¡Un empleado de banco!

TINTA. —¿Un empleado de banco? ¿No sería mejor el dueño de un banco? ¿O tal vez la viuda de un banquero? ¿No sería incluso más fértil aún la segunda mujer del banquero?

PLUMA. —O sea, que ya hubiera muerto la primera.

TINTA. —No necesariamente, me podría referir a la segunda mujer del banquero, la segunda mujer después de la primera.

DIARIO. —¿Pero estando vivas ambas?

TINTA. —¡Naturalmente! ¿Qué te han hecho a ti las mujeres de los banqueros para que quieras así darles pasaporte para la eternidad? ¡Vivas, naturalmente, vivas y coleando ambas!

PLUMA. —¿Y crees que sería fértil tener por inquilina en la casa de autos a la amante de un banquero?

DIARIO. —(Con demasiada convicción, aunque no fuese idea suya). Fertilísimo.

PLUMA. —Sea bienvenida entonces la segunda del banquero, y si quiere el propio banquero venir también con la primera a nuestra casa a tomar café, juramos por Zeus no poner en su taza ninguna pócima ponzoñosa.

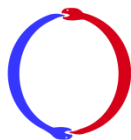
TINTA. —¿Estamos todos pues de acuerdo en que la inquilina número tres sea la número dos de un banquero?

DIARIO. —Sea, pero yo me pido la número cuatro.

PLUMA. —Puedes pedírtela, pero cuídate muy mucho de que no sea... un enterrador.

DIARIO. —¿Un enterrador? ¿Qué es un enterrador?

PLUMA. —Un aqueronte.



DIARIO. —Ah, siendo así, efectivamente, no puede ser otra persona que no sea un enterrador.

TINTA. —Pues me parece con ello que se nos carga un tanto esto, algo así como si nos cayesen en la palma de la mano gotas de plomo fundido..., porque debe de ser como beber lágrimas de hiel esto de leer la correspondencia de un enterrador. ¡Vamos, yo no leería ni media carta dirigida a, o escrita por uno de ellos, ni siquiera me atrevería a tocar el sobre!

PLUMA. —Y qué, ¿no habrían de poder recibir cartas los enterradores? Imagínate que uno de ellos tiene una hija en Pernambuco, por poner un ejemplo, ¿no iba a poder comunicarse por carta la de Pernambuco con el enterrador de su padre, aquí, en la casa de marras?

DIARIO. —Sí, señor, no hay ningún inconveniente en fisgar las cartas que quien sea escribiera a un enterrador, digo, al enterrador que vivió hace años en la casa de autos y que desapareció sin dejar rastro. Por cierto, parece cosa dificultosa esto de seguir el rastro a los enterradores...

PLUMA. —Bah, no sé lo que quieres decir, pero estoy de acuerdo contigo en que ha de ser la correspondencia de los enterradores tan aterradora o tan seráfica como la correspondencia de los jardineros, por consiguiente, puede haber estado viviendo el enterrador en la casa, pues también me parece fértil. Sin embargo, falta el número cinco.

TINTA. —Yo propondría para nuestro número cinco y último un personaje sorpresa, o un personaje oscuro, o un personaje indescifrable..., pues creo que en cualquier sociedad o comunidad hay o puede haber personajes indescifrables, personajes oscuros y personajes que dan cada día una sorpresa.

DIARIO. —No está mal, pero nos lo pones bastante difícil, pues quién va a escribir o qué le van a escribir a un personaje sorpresa, oscuro o indescifrable. ¿No podríamos poner un oficio más usual?

PLUMA. —En efecto, si se quiere grandeza..., grandeza de miras, hay que poner personajes que no puedan fácilmente descifrarse, ciertamente, o que supongan un sorpresazo tras otro en casi cualquier cosa que digan o hagan, y sobre todo que sean oscuros, personajes oscuros, sombríos, tenebrosos, tanto al menos como la boca del más sangriento de los lobos.

TINTA. —Todo lo cual no quiere decir, de todas formas, que sea nuestro personaje inexorablemente malo.

PLUMA. —Ni mucho menos.

TINTA. —Es más, podría ser bueno.

DIARIO. —¿Y con bondad necesaria?

TINTA. —Como si fuera Dios.

DIARIO. —¡Recojostras! ¿Íbamos a meter de inquilino en nuestra famosa casa al mismísimo Dios, y que cuando se largara de ella siguiera recibiendo todavía allí cartas?

TINTA. —No, no me parece buen negocio eso de meter en una casa a Dios. No es tarea fácil, la verdad, sobre todo porque no necesita Dios de nadie para entrar en cualquier casa, como, de hecho, sin que nadie le haya





metido está dentro de todas, cosa que saben todos. No, no es Dios, no deber de ser Dios, aunque este sea indescifrable, oscuro y sea bueno con bondad necesaria.

DIARIO. —Dejemos pues a Dios, no le hagamos inquilino de una humilde casa sita en una oscura calle de una casi desconocida ciudad de cualquier reino en la vieja Europa...

PLUMA. —Pues creo que sería asunto fértil, fértil y fertilísimo esto de hacer asentar sus reales en nuestra casa a Dios... Aunque, por otra parte, creo que nos iban a parecer sosas y demasiado oídas y leídas cualesquiera cartas que se escribieran a Dios, ¿no?, por consiguiente, voy a desdecirme de lo dicho y digo ahora que no debe de ser tan fértil tener a Dios por inquilino, porque, efectivamente, nos aburrirían las cartas que cualquiera pudiera escribir a Dios...

TINTA. —En esta última parte creo que yerras, o tal vez te ofusque la soberbia, pues ¿no crees que si, por ejemplo, Aristóteles escribiera esas hipotéticas cartas a Dios habrían de ser insulsas? Todo lo contrario, no me puedo imaginar la cantidad de sal, y sales, con que el Filósofo cargaría sus misivas.

PLUMA. —No lo dudo, pero pocas cartas de Aristóteles iban a llegar a nuestro buzón y sin embargo este se saturaría pronto con cartas y más cartas de beatos y beatas, menos alegres seguramente que el mismo Aristóteles.

TINTA. —Vuelves a errar dando por sentado dos falsedades. Primera, que iban ser escasas las cartas del Filósofo. Incluso aceptando eso, todavía con que escribiera solo una creo que fuera bastante... Y segunda, ¿por qué crees que nos aburrirían las cartas de los beatos o beatas?

DIARIO. —Bueno, ¿queréis a Dios como inquilino en la casa de autos? ¡Sea! Pero habéis de tener en cuenta que el elemento sorpresa queda prácticamente eliminado, que lo de oscuro queda a su vez bastante aclarado, y lo de indescifrable ídem de ídem, porque todo ello desaparece sabiendo que el personaje de marras es Dios.

TINTA. —Y qué más da que se sepa que es Dios...

DIARIO. —¡Ah, cuidado...!, que parece otra vez que nuestro amo se despierta... Parece que quiere abrir los ojos..., respira de otra manera... ¿Qué hora es? ¡Cuánto lleva dormido! ¡Pero qué vago es! En vez de estar durmiendo, tendría que estar... Pero chitón, que no sé si de esta se despertará de una vez... ¡Pero no sé por qué tenemos miedo de que despierte, cuando nos estamos quejando de que duerme mucho! Por otra parte, podríamos despertarle nosotros y preguntarle sobre esta historia..., sobre este proyecto que está pensando de la casa con sus inquilinos huidos y recibiendo todavía cartas... Pues sí, parece que esto pudiera prometer... Me estoy preguntando, por ejemplo, lo que podría recibir aquella ínclita profesorilla de francés... Puede prometer el caso... Pero el caso es que ¿cómo sabemos que es profesora de francés la que recibe una carta dirigida a nombre de Fulana de Tal? ¿O cómo sabemos que es la manceba del



banquero la que tendría que recibir una carta dirigida a Mengana de Cual? En fin..., pero, por otra parte, ¿cómo era el asunto aquel de la memoria?

PLUMA. —¿Qué memoria?

DIARIO. —La historia esa que nos contaste, Tinta, de aquel pobre hombre que iba perdiendo la memoria y que no se acordaba ni de la madre que lo había parido...

PLUMA. —Oh, qué bruto y exagerado eres.

DIARIO. —Hablabas antes, Tinta, si no recuerdo mal, de tres proyectos que tenía nuestro durmiente encima de la mesa.

TINTA. —Sí, y uno de ellos era algo así como exaltando los cielos...

DIARIO. —Los cielos..., por cierto, ¿de cuántos cielos estaríamos hablando? Pues creo recordar que tanto los sabios como los ignorantes de otros tiempos un tanto antiguos podían contar hasta siete.

PLUMA. —Sí, ¿hablar de los cielos, como si de repente le interesase mucho la meteorología?

TINTA. —Tal vez, pero realmente, he de confesarlo, sé de buena tinta que todos estos planes son o pueden ser tapaderas... Sí, porque lo que le interesa de verdad es un proyecto que tiene secreto, y del que soy sabedora yo por pura casualidad, y también del que no puedo ni debo revelar ni un ápice.

PLUMA. —Y entonces, con tanta empresa como tiene rebullendo en la mollera, debe de estar planeando abandonar a Wolfgang, ¿no?

TINTA. —Oh, no, pienso que no, que no puede... Si no le hubiese conocido, hubiera podido vivir sin él. Pero habiéndole conocido, habiéndole escuchado, habiéndose dejado empapar..., habiéndose dejado empapar por su poesía, reconoce humildemente que sin él no podría vivir. No podría vivir sin su poesía, porque sin su poesía, piensa él, le faltaría el aire, o la luz, o el agua, o la vida, le faltaría la vida si no tuviera cerca, en el pecho o en la espalda, si no tuviera dentro de sí su poesía, su música, sobre cierta sonata, cierto concierto, cierta misa, cierta sinfonía, cierto quinteto. Si de pronto desapareciera toda esa inmensa poesía..., tan alta, tan brillante, tan sonora como las estrellas, creo que se ahogaría, se asfixiaría, moriría. Si no le hubiera conocido hubiera vivido sin él, como vive el polvo, como vive una piedra, tal vez como vive una flor. Pero habiéndole escuchado, tanto la flor como las piedras o el polvo tienen otro sentido, tienen belleza, porque la música de Wolfgang...

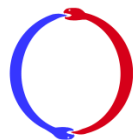
DIARIO. —Me parece que eso te está quedando demasiado espeso...

TINTA. —No, quiero decir que la música de Wolfgang es como unos anteojos con cuyos cristales, labrados por un mago con el vidrio más prodigioso, hacen que todo lo que se mire a su través sea bello... Es esto lo que querría decir él, ¿no es así, Pluma?

PLUMA. —Digamos eso.

DIARIO. —Pero volviendo a lo de antes, a lo de la casa, ¿ya viste tú algo?

TINTA. —Lo hemos visto nosotras dos... Claro, como tú eres un cuaderno que no habla más que de Wolfgang, no te enteras de las demás



cosas que trae entre manos. Nosotras, como somos necesarias para dar cuerpo a sus ideas, o más bien a sus sueños, nos enteramos más y mejor. Sí, ya hemos estado colaborando con él en sus dibujos.

DIARIO. —¿Y ya habéis entonces recibido alguna de las cartas de las que hablábamos antes?

TINTA. —Algunas hemos recibido y escrito, sí.

DIARIO. —¿Me habéis dejado entonces por tonto, cuando estábamos dilucidando quiénes eran o podían ser los inquilinos aquellos que fueron ocupando sucesivamente la vivienda a donde fue a vivir finalmente el protagonista de aquella historia!

PLUMA. —No es exactamente así, pero si quieres dar por bueno tu razonamiento, hazlo. Y noerrarás del todo...

DIARIO. —Entonces, ¡diablos!, ¡ya conocéis alguna carta!

TINTA. —Sí, pero, la verdad..., me da un poco de pena que nuestro dueño duerma tanto y no quiera seguir escribiéndote, Diario.

PLUMA. —Es verdad, también lamento yo que se haya negado a seguir escribiendo en tus páginas sobre Wolfgang... Porque ¿cuántas páginas tienes aún en blanco?

DIARIO. —Espera, a ver..., por lo menos sesenta.

TINTA. —¿Solo sesenta páginas?

DIARIO. —No, sesenta hojas..., que harán unas ciento veinte páginas.

PLUMA. —¡Ciento veinte páginas! ¡Todo un mundo!

TINTA. —Podría dedicar cada página a una sola obra.

DIARIO. —No es mala idea, y cuando despierte se lo diremos.

PLUMA. —¡Todo un mundo! ¡Ciento veinte páginas en blanco!

TINTA. —¿Te imaginas lo que pudiera hacer Wolfgang con ellas?

PLUMA. —¿Y Platón? ¿Y Shakespeare?

DIARIO. —Por cierto, a nuestro amo durmiente le encanta barajar y barajar a estos pájaros, y me temo que no haya leído con provecho, ni sin él, ni al uno ni al otro...

TINTA. —Todo pudiera ser, que por algo hace tiempo inventaron aquello de dime de qué presumes y te diré de qué careces. ¿Cacareas mucho algo? Malo, no tienes de ello demasiada idea...

DIARIO. —También podríamos despertarle y preguntárselo.

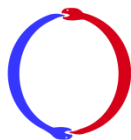
PLUMA. —No sé si aclara algo el pasaje presente, pero creo haberle sorprendido alguna vez lamentando su suerte..., sí, lamentaba su suerte, pues acababa de leer un libro y decía que él mismo se daba pena, que después de leer lo que había leído, tal vez en alguno de los libros de esos pájaros, era la cosa más estúpida y torpe y absurda ponerse a escribir.

DIARIO. —Sí, hay que reconocer que los pájaros de marras vuelan alto.

PLUMA. —Decía con gran convencimiento que era estúpido escribir, y que lo único inteligente que podía hacer era leer, y dormir...

TINTA. —¡Pero eso no deja de ser una actitud retrógrada!

PLUMA. —Y, además, pura cobardía, ¡qué carajo!



TINTA. —Pues sí, hay pájaros que vuelan alto, de la misma forma que también hay pájaros que se sostienen en el aire tanto como una bola de plomo..., ¡y qué! ¿No tiene tanta dignidad una gallina como un azor?

DIARIO. —No sé..., esto me parece estéril.

PLUMA. —(Al Diario). ¿No te interesa la dignidad de las gallinas?

DIARIO. —No le veo futuro, la verdad. Y no me pidas la razón, pero esto me parece improductivo.

PLUMA. —(A la Tinta). ¿Quieres decir que tiene tanto derecho una gallina a poner su huevo, como un águila?

TINTA. —No entiendo de derechos de gallinas, pero no parece errática en demasía en este caso la afirmación.

PLUMA. —Bien, el caso es que nuestro amo, que se parece mucho al péndulo de un reloj, es movido frecuentemente por las bocanadas del aire.

DIARIO. —¿Bocanadas de aire?

PLUMA. —Sí, viene el ventarrón de Shakespeare y le desanima, le destruye, y cuanto más alto piensa él que un pasaje dado del Poeta vuela, con mayor fuerza le empuja al abismo de la desilusión, a pesar empero del enorme placer que le producen las circunvoluciones de la pluma del Poeta...

DIARIO. —No deja de ser una tragedia...

TINTA. —¡Qué! ¿Pero no le has visto tú abatido no dando crédito a ciertos pasajes, aunque los lea cuatro o cinco veces? Digo, abatido porque cree imposible se haya podido llegar a decir tal o cual cosa, y porque él se siente incapaz de imaginar algo, aunque sea diez veces menos...

DIARIO. —Menos qué.

TINTA. —Ya me entiendes.

PLUMA. —¡Pero hay que reivindicar el huevo de las gallinas, canastos!

DIARIO. —Oye, otra cosa, ¿cómo es eso del proyecto secreto?

TINTA. —Es secreto, él lo mantiene velado y no voy a dar luz yo al arcano. Si él ha puesto un sello, que quede hermético hasta que él rompa sus sellos.

DIARIO. —Pero, sin embargo, podrías adelantar tú algo.

TINTA. —Es una tragedia... Decías tú antes que es una tragedia, y en efecto aquí respira una, teniendo siempre en el horizonte vigilándote el águila de los escritores...

PLUMA. —Las águilas no vigilan desde el horizonte, sino desde el cenit.

DIARIO. —(A la Tinta). Bueno, qué, ¿no puedes adelantarnos algo del proyecto secreto?

TINTA. —Solo en términos muy generales, porque es tan secreto que seguramente ni él mismo lo sepa bien, y es muy posible que se ponga a escribir, a pesar de los escrúpulos que decimos, e irá ejecutando la obra según salga..., algo así como dejar que Rocinante camine haciendo camino al andar por donde quiera...

PLUMA. —¿Está pues relacionado con Cervantes? ¿Con Machado, acaso?





TINTA. —Hombre, difícilmente se podrá escribir y no estar relacionado con Cervantes. Es más, si no hay relación con él, no hay escritura verdadera...

DIARIO. —¿Y Platón? ¿Estaba relacionado...?

PLUMA. —¡Pudiera ser tan secreta que fuera una obra erótica! ¡O erotiquísima!

TINTA. —Pues no creas, que no pienso que desconozca el paño, y solo tendría que cerrar los ojos para no ver las caras de asombro...

DIARIO. —No te entiendo, pero es igual. El caso es que es secreto...

TINTA. —¿Ya no os interesa el proyecto del hombre desmemoriado? Esto sí que era una tragedia. Qué horrible...

PLUMA. —Eso depende. Porque si resulta que se parte de la idea de que todo se deteriora con el paso de la lengua abrasiva del tiempo por encima de las cosas..., entre las que está incluida la memoria de ese hombre, y posiblemente la de todos, entonces debe de ser un alivio verdadero comprobar cómo, en efecto, esa lija deja sin relieve la memoria. ¡Y qué! ¿No es mejor así, por otra parte? ¿O es que es preferible conservar ese baúl repleto de los fantasmas que conociste y que te parece que tal vez un día vivieron, y que se agiten dentro pugnando por respirar de nuevo las brisas reclamando vivir otra vez un acontecimiento, o sumergirse en otro día de placer, o ahogarse en las tinieblas de una noche más de felicidad? ¿No es acaso un auténtico y doloroso potro de tortura recordar? Aunque..., tal vez, si la memoria existe es que debe de ser buena..., y si la memoria se esfuma en este o aquel, debe de ser también bueno que se esfume o la borre el tiempo...

DIARIO. —¿Crees que merece la pena que me opongá a cuanto has dicho, o piensas que te haría feliz refrendándolo?

TINTA. —Mejor incluso que no solo la memoria fuera lijada por esa lengua piadosa del tiempo, sino también el resto de las facultades..., como de hecho ocurre... Porque, ¿qué mayor fortuna puede tener uno que abrir de forma inocente la puerta a la Parca...

DIARIO. —Ahora que citas a esa Parca...

TINTA. —...como si pensara que es una amiga que viene, por ejemplo, a pasar el rato echando una partida de ajedrez contigo?

PLUMA. —¡Pero así es, es una amiga, y una amiga que te está echando toda la vida una partida de ajedrez!

TINTA. —Sin embargo, nuestro dueño no la considera así, y eso que dice de su amigo Wolfgang que a partir de una fecha en concreto sí que consideraba a la Parca como su mejor amiga...

DIARIO. —¡O, sí, pero hay amigos y amigos!

PLUMA. —Y cambiando de tema, esto de los cielos, ¿qué es?

TINTA. —¿Los cielos? ¿Qué es eso de los cielos?

PLUMA. —¿No decías antes que nuestro durmiente..., por cierto, no hay forma que despierte..., no estará ahora él en los brazos de esa Parca...? Digo, ¿no hablabas antes de un proyecto que tenía en mente de escribir de los cielos?



TINTA. —Sí, y es algo que ya tiene empezado, y a lo que acude de vez en cuando. Se trata de una exaltación de los cielos, en efecto, pero no solo de ellos, sino también de los suelos..., quiero decir, que es una especie de miscelánea o más bien revoltijo...

DIARIO. —¡Parece como si no supiera más que hacer revoltijos!

PLUMA. —Claro, con lo fácil que le sería contar una historia como esa que le forzabas tú a contar, de aquella Aurora...

DIARIO. —Ya sabes que de la abundancia del corazón habla la lengua, como divinamente se dijo.

TINTA. —¿La lengua o la boca?

PLUMA. —Y en vez de ello, ¡zas!, revoltijo por aquí y por allá sin pies ni cabeza.

TINTA. —Tienes tú mucha información sobre ese asunto...

DIARIO. —Sí, pero a la vejez viruelas.

TINTA. —La boca. De la abundancia del corazón, habla la boca..., bien es cierto que con la lengua. Que con la lengua se habla, vamos.

PLUMA. —Y las cuerdas vocales.

TINTA. —¿Por qué dices a la vejez, viruelas?

DIARIO. —No parece que estemos ahora para pedir cotufas en el golfo...

PLUMA. —Pero hablando de planes..., deberíamos de intentar escuchar, como antes decías tú, lo que sueña, piensa o siente ahora que está dormido... ¿No os parece? Intentar escudriñar en su interior...

TINTA. —Me parece tan indecente como escuchar detrás de una puerta para oír cosas que no se dicen para uno.

PLUMA. —Pudiera, sí, parecer un ataque a la intimidad.

DIARIO. —Es posible, pero qué delito puede cometer atacando a cualquier intimidad una pluma o un poco de tinta o unas hojas de papel.

PLUMA. —¡Pudiera ser que soñara en verso!

DIARIO. —El problema no sería la forma en que soñara, sino el fondo del sueño.

TINTA. —Oh, parece también fértil esto del fondo del sueño. Podríamos investigarlo con detenimiento.

PLUMA. —Pues sí, es cierto, porque si resulta que sin que le funcione la máquina de la voluntad estuviera en sueños redactando un testamento..., o estuviera en situación delicada ante alguna dama...

DIARIO. —Importaría poco si fuera verso o prosa, la verdad.

PLUMA. —¿No se le oye decir nada?

TINTA. —De momento, nada.

PLUMA. —Oh, pero escucha mejor. ¿Cómo sabes que no sueña ni dice nada? ¿Le escuchas bien?

TINTA. —Esfuerzo mi oído para captar algo, pero solo veo rigidez, apenas rota intermitentemente por su respiración... Pero espera...

DIARIO. —¿Qué, ya se oye algo?

TINTA. —No sé, no sé si oigo.

DIARIO. —¡Cómo no vas a saber si oyes o no oyes!



TINTA. —¡Porras, mira tú a ver si oyes algo!

PLUMA. —A ver, déjame acercarme más... Veamos..., veamos...

DIARIO. —Parece que le estás auscultando.

PLUMA. —Por supuesto, le estoy escuchando... ¡Espera, espera...! Oí algo... Sí, parece que dice algo... Algo lejano, no, profundo..., no, brumoso...

TINTA. —¿Algo así como si sus pensamientos fueran algodones negros envueltos en...?

PLUMA. —¡Calla, calla, que sigue hablando! Le he entendido la palabra oro..., está soñando con el oro...

TINTA. —¡Vaya fiasco! ¡Jamás pensara que nuestro amo soñase con el oro!

DIARIO. —¿No te parece digno de un sueño soñar con oro?

TINTA. —¡Me parece indigno preocuparse tanto por el dinero que hasta en sueños te revuelque esa idea!

PLUMA. —Pero ¿quién habla de dinero?

TINTA. —¿No dijiste que está soñando cómo hacerse de oro?

DIARIO. —¿Le crees tan estúpido que se ponga a desear convertirse en oro, aún en sueño?

PLUMA. —No sé si está pensando en hacerse de oro..., solo digo que le oí la palabra oro. Veamos, hay que escuchar mejor... ¡Mira, ahora lo ha repetido más claramente...!, dice *Oro supplex et acclinis*... ¿*Oro supplex et acclinis*? Sí, *Oro supplex et acclinis* dice, y con bastante claridad... Parece que continúa... *Cor contritum quasi cinis, gere curam mei finis*... ¡No os decía yo que a lo mejor soñaba en verso!

DIARIO. —¿Y es verso esto que sueña?

TINTA. —Me suena esto que sueña, la verdad... Ah, ya caigo... ¡Caramba, está con el Réquiem!

DIARIO. —Pues también es ganas de soñar, soñar con un Réquiem...

TINTA. —¡Está claro, ahora está canturreando el *Confutatis maledictis*! ¡Córcholis, canturreando en sueños el Réquiem de Wolfgang!

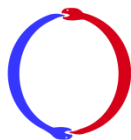
PLUMA. —¡Calla, calla, que ahora parece que se le entiende mejor...

Todos los árboles, de pie, guardaban silencio...

TINTA. —Oh, Dios, me está dando la impresión de que estamos cometiendo un delito, algo así como leer la correspondencia ajena, espiar indebidamente esto o lo otro..., no sé, seguramente debería de estar acuñado en algún código el delito de escuchar los sueños ajenos sin consentimiento del soñador...

PLUMA. —Es posible, pero jamás una pluma puede ser considerada culpable de oír lo que oiga, aunque no esté escuchando..., o aunque lo estuviera... Pero calla, que parece que quiere seguir declamando...

*Quarens me, sedisti lassus*..., *tantus labor non sit cassus*... es una sinfonía, todos los árboles puestos en pie, y en silencio, *ingemisco*



*tamquam reus, culpa rubet vultus meus*, me alegro tanto de haberte encontrado, pues no haces alarde de tus dotes, sino que sencillamente las usas para que hablen tus ideas o para que griten tus pasiones, ¿tus pasiones?, sí, y tus sentimientos. ¡Se habla tanto en cualquier sitio de sentimientos!, es una sinfonía de silencio, *voca me cum benedictis, flammis acribus addictis...*

TINTA. —No tiene esto mucho sentido...

DIARIO. —¡Verás, va a tener sentido un sueño!

PLUMA. —Sentido tiene, pero lógica...

DIARIO. —Pues eso, ¿qué lógica quieres?

TINTA. —Trastoca el hombre los versos..., dice primero unos que están detrás, y...

DIARIO. —Callemos, que podemos despertarle con la cháchara y adiós entonces el sueño, la lógica y el sentido... Veamos por dónde diablos le lleva al trote tendido el rucio de su pensamiento dormido, y que cada cual lo entienda y lo interprete como quiera y sepa y pueda...

PLUMA. —Por cierto, podríamos escribir nosotros una reseña del Réquiem... Acordaos de aquel plan que se me había ocurrido de regalarle a nuestro dueño una cosita... Pues mira, podría ser una enarración del Réquiem... Seguramente le vendría de perlas...

DIARIO. —¿Una enarración? Coimes, qué es una enarración.

PLUMA. —Bueno, sea lo que fuere, el caso es que ¿no os gustaría hablar del Réquiem?

DIARIO. —En absoluto.

TINTA. —¿En absoluto sí, o en absoluto no?

DIARIO. —Del Réquiem, como de cualquier aspecto de la música..., como de cualquier otro aspecto, hemos de confesar que no tenemos ni idea. Es posible que nos hayan tocado algunas manos y mentes maestras..., o por lo menos que os hayan tocado a vosotras, no lo niego, pero..., no me acuerdo cómo se decía, algo así, que la ciencia y la belleza no se pegan porque estés cerca de un sabio o porque estés mirando a una persona bella.

TINTA. —¡Dios mío! ¡Qué embrollado te ha quedado!

PLUMA. —Pues no te creas que me importaría a mí coger por los cuernos a ese toro... Ya sé que podría hacer el ridículo, pero no creo que esté del todo anatemizado desempeñar temporalmente el oficio de payaso...

DIARIO. —Verás..., si te oyeran los payasos se te iban a enfadar... ¿Hacen el ridículo los payasos?

PLUMA. —Bueno, ya sabes a lo que me refiero... ¡Pero espera, que vuelve a agitarse la máquina del sueño!

*Tuba mirum spargens sonum per sepulchra regionum coget omnes ante thronum.*

DIARIO. —¡También tiene sus bemoles esto de soñar en latín!





TINTA. —Calla, hombre, que vas a despertarle...

*Mors stupebit et natura.* Oh, qué *Tuba mirum*, Wolfgang, qué *Tuba mirum*. Siempre me acusarás de esto o de lo otro... Sí, te acuso de haber cerrado tan temprano los ojos a... ¡Fui piadosa cerrándole los ojos pronto...! No, eres horrible, horrible, mala, eres mala porque te llevas demasiado temprano a los gusanos, al polvo, a la nada el todo de la música, el todo de la belleza, ¡la misma Belleza toda...!

TINTA. —¿Oh, Dios, me ha asaltado una duda pavorosa! La espantosa sospecha de que tal vez..., de que tal vez seamos nosotros, nosotros tres, hijos solo de su fantasía. De que seamos hijos de su sueño en vez de creer ser los medios reales de que se sirve para contar sus sueños...

PLUMA. —¡Pero qué! ¿No ves, no puedes palpar la realidad de mi punta acerada, que si careciese de tinta pudiera buscar sangre bajo cualquier piel para poder seguir escribiendo? ¿No es acaso real el pinchazo que pudiera daros, y que os doy cuando escribo de hecho?

TINTA. —Tal vez tú te sientas pluma y muy pluma, y con muy agudo acero, mas tal vez a pesar de ello seas solamente sueño, o seas solo el vano intento de la tremenda vanidad con que calza nuestro dueño...

PLUMA. —Y si fuera yo solamente sombra del acero, ¿qué serías tú?

TINTA. —¡Oh, Dios mío, no quisiera saberlo!

DIARIO. —¡Veamos, veamos! Tomemos aliento... ¡Por Zeus! ¿Qué pasa? Pensemos...

TINTA. —¿No habíais sospechado esto que sospecho?

DIARIO. —¡Pero las sospechas siempre miran con los ojos ciegos!

TINTA. —¡No, Dios mío! ¡No quisiera saberlo!

DIARIO. —¿Y crees que sería acaso la ignorancia privilegio?

TINTA. —Solo sé que yo no quiero saberlo... Sí, porque pudiera ser que solo fuera un espectro..., nada, la errante serpiente de un eco que huye raudo al verse reflejado en el recuerdo..., nada, nada más que un agujero habitado por la podredumbre o por el hielo... Así pues, ¿qué pierdo si me empeñara en no querer saber lo que siento?

DIARIO. —Veamos..., veamos..., no puede ir así esto... ¿No estábamos hablando antes de proyectos? ¿Cómo puede pretender el que proyecta algo encontrarse muerto?

PLUMA. —No sé..., no sé si recuerdas que quien proyectaba antes era nuestro dueño...

DIARIO. —Sí, es verdad. Era él el que tenía encima de la mesa dos o tres planes..., como lo de la profesora de francés...

PLUMA. —Y lo del carnicero. Por cierto, me ha venido la siguiente duda: ¿cómo se puede saber que en esa casa había vivido en efecto un carnicero, o una profesora, o la mujer de un banquero? Porque, al parecer, lo que sí hay..., o había, eran cartas dirigidas a un carnicero, etcétera, pero eso no demuestra la existencia del carnicero.



DIARIO. —¿Y cómo habrían de recibirse cartas en la casa dirigidas a un carnicero sin que viviese en la casa el carnicero?

PLUMA. —¡Facilísimo!

DIARIO. —¡Sí, claro! ¡Cualquier persona del mundo escribe una carta dirigida a un carnicero y se la envía a una casa donde no vive!

TINTA. —También pudiera ocurrir que la carta fuera enviada al carnicero, pero que este ya no estuviera viviendo en la casa, y le leyera la carta el enterrador, el cual había venido a vivir a la casa después... Porque creo recordar que el protagonista de la historia comenzó también a leer en un momento dado cartas que no iban dirigidas a él...

PLUMA. —¡Pues también podría ser fértil esto de ver la reacción del enterrador leyendo la carta dirigida a un carnicero!

DIARIO. —O viceversa.

TINTA. —O ver cómo reacciona la manceba del banquero leyendo una carta dirigida a Dios...

DIARIO. —¡Cómo va a reaccionar, como cualquier manceba!

TINTA. —Lo que no sabemos, de momento, es cómo reaccionaba el protagonista de la historia leyendo aquellas cartas...

PLUMA. —Como se ha dicho, era o debía de ser un hombre curioso...

DIARIO. —¿De esos a los que nada humano les es ajeno?

TINTA. —No, más bien creo que este hombre debía de tener una peculiar curiosidad, según la cual deseaba que le fuera ajeno casi todo lo humano...

DIARIO. —¿Es decir, que se trataba de un profundamente necio o discretamente sabio el pájaro de marras?

PLUMA. —Creo que no iba por esos derroteros la historia. Por otra parte, el intensamente necio y el profundamente sabio..., si es que esto último pudiese llegar en algún caso a una cuarta parte de la mitad de lo que digo, son prácticamente el mismo hombre, y en definitiva...

DIARIO. —(Con tanta resolución que casi se le podría creer). Yo creo que, si un día escribiera la historia de alguien, preferiría la de un necio intenso... Me parece más brillante...

TINTA. —¿En tu opinión brilla más la necedad?

DIARIO. —No solo pienso que sí, sino que solo se ve el brillo de la necedad. La sabiduría siempre fue considerada una estrella apagada.

PLUMA. —¿Apagada o fugaz?

TINTA. —¿Quizás como un cometa?

DIARIO. —Pues sí, porque no hay sabio que se preste que no tenga tanta pelambreira como cualquier cometa, y mucho más revuelta que la del astro..., porque los cometas son astros, ¿no?

PLUMA. —Sí, y los sabios andan desastrados.

TINTA. —El problema no es que anden, sino que piensen desastrados, y que con su pensamiento errabundo hagan estrellarse a los que les siguen, lo cual tantas veces...

DIARIO. —Callad, que vuelve a hablar la voz, la voz del amo...



TINTA. —Me parece indigno de nosotros espiar de forma tan palmaria, ¡como si no tuviéramos otra cosa que hacer!

PLUMA. —No sé si tendrás otra cosa que hacer, pero recuerda que no está claro del todo, como tú misma dudas, que tengas los suficientes átomos de realidad como para que puedas hacer..., hacer algo... Pero ¿qué dice?

DIARIO. —Le he podido entender algo de la Parca...

Oh, Parca, cómo se te ocurre estar aquí y ahora en mi estancia, donde piensa Wolfgang, donde Wolfgang ama...

TINTA. —¡Y qué! ¿No continúa?

PLUMA. —A los sueños no hay que forzarlos...

DIARIO. —¿Está entonces aquí también la Parca?

PLUMA. —Parece que sí. ¿Quién es si no, la reina de la noche, o la reina del sueño?

TINTA. —¿Por qué dices que tal vez no tenga yo los suficientes..., ¿átomos de realidad, dijiste?, como para hacer yo voluntariamente algo? Porque yo solamente...

PLUMA. —Espera..., espera, que habla...

Siempre, en cualquier obra, encuentras, Wolfgang, un verso al menos que me emociona, cuando no es toda una estrofa, o cuando no es todo el poema...

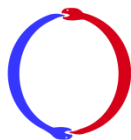
TINTA. —Pues sí, es cierto lo que dices, Pluma: porque pudiera ser que fuéramos, como te dije antes, solo meras entelequias... Aunque la verdad es que no sé lo que quiero decir. (Al Diario): Imagínate por un momento que no existes, que no tienes hojas, que no hay celulosa, ni blancura, imagínate, Diario, que no existes como un objeto más entre los demás objetos, y que lo que yo me he derramado sobre tu piel no es siquiera ni humo, ni niebla, ni sombra de palabras..., nada..., imagínate, Diario, que eres nada y que nada sobre tu nada se hubiera escrito...

DIARIO. —¡Qué optimista eres, chica!

PLUMA. —Y por el mismo mecanismo de imaginación, me dirás a mí que piense que no soy pluma ni que tengo en mis venas acero, que piense que todo lo que dibujo es humo, bruma o viento, cuando tú misma, Tinta, eres testigo de nuestro concierto con el que ponemos a veces contrapunto a su tedio o subrayamos aquí o allá algún afecto...

DIARIO. —Eso está mejor, la verdad... Pero, ahora que este hombre ni sueña ni vela, podría parecer oportuno volver a aquello del hombre desmemoriado, por ejemplo...

PLUMA. —(No haciéndole caso). Porque, sí, creo que si tú y yo, Tinta, estuviéramos tirándole de la lengua, insistiendo y porfiando, si quisiéramos sacarle cosas y recuerdos de aquí y allá, seguramente



llenáramos pronto las páginas de este... (Al Diario): ¡Te llenaríamos pronto las páginas con Wolfgang!

TINTA. —Es tan fácil, por otra parte, llenar cualquier cosa con Wolfgang...

PLUMA. —Y si eso fuera así, no podríamos decir entonces que no íbamos a ser reales, que no iba a picar mi acero...

TINTA. —Blasonas, querida Pluma, blasonas de tus aceros, y no sé si tu metal habrá sufrido suficiente fuego como para poder lidiar y cantar victoria en este reto.

PLUMA. —Pero si tanto dudas, Tinta, ¿no habrías de existir, al menos?

TINTA. —Pudiera ser que solo fuéramos deseo, que la sangre que corre por nuestras venas sea solamente anhelo y que cuando abrimos la boca apenas salga de ella el gorjeo que exhala lánguido el pico de un mirlo muerto...

PLUMA. —¡Oh, por Dios! ¿No ves que todo respira sosiego? ¿Por qué aireas tanto entonces tu color más negro? ¿Por qué quieres envenenar mi pecho con repulsivos conceptos preñados de miseria y desconsuelo?

TINTA. —Tarde o temprano habrá que beber este veneno...

DIARIO. —¡Un momento, amigas mías! Un momento..., que vuelve a soñar nuestro dueño...

TINTA. —(A la Pluma). Tarde o temprano habremos de callar para siempre..., o conocer el secreto...

PLUMA. —Siempre habrá quien nos empuñe y nos maneje con más tiento...

TINTA. —Tal vez a otras plumas, tal vez con otra tinta, tal vez sobre otro cuaderno, pero nosotros, nosotros mismos, si es que somos algo ahora, algo aquí...

Sí, decía más o menos: Querido Antonio: solo dos líneas para decirte que recibí “eso”, lo coloqué encima del... Y allí quedó resplandeciente. Entonces despertó él y comenzó a “volar” vertiginosamente por el cielo de mi estancia mientras ejecutaba la sonata que se me había atragantado, no sabría decir cuánto. ¿Cuánto? ¡Horrible! Es más hermosa que fácil. Volaba él y no sé qué buscaba, pues no tiene insectos voladores mi atmósfera. No, es infinitamente más hermosa que difícil. ¡Y ellos creen que sueño! Habrá que dejarles en la ignorancia...

DIARIO. —¿No dice más? Me inquieta un tanto esto. Sí, me inquieta, porque además de lo que dijiste antes, Tinta, parece que hay que añadir la duda de si este nuestro amo durmiente está en realidad dormido o se finge durmiente.

PLUMA. —Hay dos posibilidades.

TINTA. —Por lo menos.

DIARIO. —¿Os reís de mí, listas?





PLUMA. —¿Tú qué crees, que finge dormir, o que lo hace como un lirón?

TINTA. —¡Por otra parte, como si fuera distinto dormir o velar!

DIARIO. —Os digo que tal vez creamos nosotros estar espiándole, y resulte que seamos meros juguetes en sus manos, meros hilos con que mueve de forma un tanto grotesca sus muñecos..., os digo que tal vez creamos...

PLUMA. —(Interrumpiéndole). Un momento..., ¡pero eso que dijo era una carta!

DIARIO. —¿Las cartas se dicen? ¿No se escriben las cartas?

PLUMA. —Y se leen, coimes. Y a veces también se leen en sueños, como todo parece indicar eso que oímos.

TINTA. —¿Quién será Antonio?

DIARIO. —¿Pero esta carta se escribía o se leía?

TINTA. —Nada parece ser seguro. El caso es que quien escribe al tal Antonio toca al parecer una sonata..., ¿cómo dijo?, ¿más hermosa que fácil, o más hermosa que difícil?

PLUMA. —¿Hay diferencia alguna?

DIARIO. —También decía, me parece, que en su atmósfera no había coleópteros.

PLUMA. —¿Cuándo o dónde oíste tú coleópteros?

DIARIO. —¿No dijo que no había insectos voladores?

PLUMA. —¿Pero no pudiera referirse a los himenópteros? ¿Por qué deduces tú que los insectos voladores iban a ser coleópteros? Además, no estoy segura yo de que tanto unos como otros vuelen..., o que sean insectos...

DIARIO. —(Con gesto ensoñador). ¡Me gusta tanto que haya coleópteros en una atmósfera! Fíjate..., si fueran himenópteros, la cosa ya no sería igual...

PLUMA. —Veamos..., por ejemplo, un moscardón..., el clásico moscardón enloquecido zumbando sin parar y estrellando su estúpido corpachón contra cualquier puerta, ventana o pared..., este elemento, ¿qué es, himenóptero o coleóptero?

TINTA. —Yo tampoco sé lo que será, pero sí sé que desquicia los nervios del más templado. Cuando se posa en cualquier sitio con sus horriblemente peludas patas, mirándote fijamente con mil ojos de asesino que seguramente te asesinarían cada uno de ellos con un rayo si pudiese..., y burlándose de ti cuando vas a espantarlo o simplemente a aplastarlo... Lo que digo, desquiciaría al más templado. ¿Y quién puede mantener, ¡Dios mío!, los nervios dentro de su quicio cuando contempla el más nauseabundo de los espectáculos más nauseabundos posibles, que es cuando se observa cómo ha depositado sus huevos encima de...? Y no puedo seguir, porque...

PLUMA. —¡Qué exagerada eres, Tinta! ¡Un pobrecillo moscardón que no deja de ser una mosquita muerta un poco grandecilla...! ¿Por qué no abrimos las ventanas a ver si se marcha volando afuera, y santas pascuas?



TINTA. —De todas formas, lo más importante es que al parecer alguien volaba por la atmósfera de allí como si quisiera atrapar o cazar insectos voladores..., se supone que para comérselos..., lo cual añade una nueva pincelada al cuadro.

PLUMA. —Si eso fuera así, en efecto, una pincelada..., qué digo, un brochazo nuevo se daría en el cuadro, y un brochazo de betún. Tal vez de Judea.

Raudo, vertiginoso, preciso, un enorme murciélago surca infatigable pasando y repasando mil veces el aire que me cubre...

DIARIO. —¿Será este murciélago el que va tras el moscardón?

PLUMA. —Pues podría cazarlo pronto, porque ya solo el zumbido de ese bicho alado me pone nerviosísima.

TINTA. —Pero tal vez el murciélago no busque un asqueroso moscón zumbante, y prefiera sangre más limpia, sangre más cálida, más roja sangre y más tierna carne...

DIARIO. —Esto del murciélago me da muy mala espina... No sé por qué, pero cuando empiezan a volar por cualquier sitio murciélagos, la cosa cambia.

PLUMA. —¿Qué cosa?

DIARIO. —Cualquier cosa, todo... Nada es igual si vuelan cerca los murciélagos.

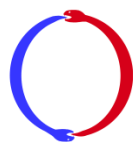
TINTA. —Por ejemplo, ese cerezo de ahí fuera, o aquella acacia preñada de fragantes flores, o la magnolia, o el olivo, si junto a ellos pasa un murciélago, ¿los cambia?

DIARIO. —Totalmente.

TINTA. —¿Ah, sí?

DIARIO. —Enteramente...

*Cuncta stricte discursurus! Quarens me, sedisti lasus...*



## Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada: **Yuliia Sereda**

<b>6</b>	Aixa de la Cruz	<b>67</b>	Luca Dorata
<b>10</b>	Photo Claude T-NGOC	<b>68</b>	Olga Prudnikova
<b>17</b>	Dosseman	<b>71</b>	Francisco Javier Parcerisa
<b>19</b>	Photo Claude T-NGOC	<b>72</b>	Muhammadh Saamy
<b>26</b>	Ian Borg	<b>80</b>	K. Mitch Hodge
<b>27</b>	Marta Jara	<b>118</b>	Michail Dementiev
<b>45</b>	JPxG	<b>119</b>	cat_collector
<b>46</b>	Bologna-Kommission	<b>122</b>	Giuseppe Gallo
<b>49</b>	Carlos Arteaga	<b>128</b>	Serjan Midili
<b>65</b>	Mos design	<b>131</b>	David Pennington
<b>66</b>	Daniel Morris		





Oceanum 2605-4094